

A U R O R A

Y

EL

MESTIZO

José de Jesús Martínez





José de Jesús Martínez nace en la Patria de Sandino en el año de 1929, pero se injerta desde la infancia a la vida y los dolores de Panamá. En su obra "Aurora y el Mestizo" se toca un problema, mejor dicho, una llaga, en todo el centro del alma hispano-americana: el de la raza. Además, el tema aparece tratado con la sinceridad y la audacia que caracteriza a este autor y al calor de esa guerra de liberación contra el imperialismo capitalista que soterrada o abiertamente se está liberando en toda la América Latina. Seguramente para darle la generalidad que el tema tiene, el autor emplea un lenguaje en donde abundan expresiones idiomáticas de diversos países americanos. Es obvio sin embargo que la fuente de inspiración ha sido la heroica guerra de Sandino.

El carácter de fracaso de la acción de este drama, manifiesta claramente el pensamiento del autor, profundamente en desacuerdo con el del personaje central. En efecto, es indudable que la obra trata de desenmascarar esa alienación cultural que pregon la conquista de la cultura, del mundo de las ideas, antes de la conquista material de la tierra. Ciertamente que en ningún momento de la obra se dice esto, pero es lo que la obra da que decir. Y ya sabemos que es por esta segunda dimensión, la del dar que decir, que el arte dice sus cosas.

Lo único que nos desconcierta es la dedicatoria. Más parece que viniera del personaje central de la obra que de su autor.

La producción dramática de José de Jesús Martínez es bien conocida en España y América. Sus piezas "Caifás", "La Mentira", "La Perrera", "Enemigos", "La Retreta" y "Juicio Final" han sido puestas en escena muchas veces. Esta última aparece en la antología de teatro hispanoamericano del Fondo de Cultura Económica y "La Perrera" circula por la América Latina en adaptación pirata radiofónica de un programa de la Palmolive.

De su producción poética, tan íntimamente ligada a la dramática, cabe destacar "Poemas a Ella", "Hacer la Paz" y "Aquí, Ahora". Este último libro fue editado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Doctor en Filosofía, José de Jesús Martínez ha sido profesor de la Universidad de Panamá en los últimos seis años, hasta que, por motivos que no merecen la pena ser mencionados, fue retirado de esa institución.

ambas cubiertas fueron hechas por ALBERTO DUTARY

JOSE DE JESUS MARTINEZ

AURORA Y EL MESTIZO

(PIEZA TEATRAL EN TRES ACTOS)

Obra premiada en el Concurso "Ricardo Miró"

EDICIONES DEL DEPARTAMENTO DE BELLAS ARTES
PANAMA, 1964 ✓

Rigoberto, perdóname. . .

Personajes, según el orden en que intervienen:

CAPITAN

CABO

CRIADA

PANCHO

PABLO

EMILIANO

DOCTOR

MUJER DE PANCHO

VIUDA

MARIA

MARGARITA

UNIVERSITARIO 1o.

MR. WILLIAMS

PRISIONERO 1o.

PRISIONERO 2o.

PRISIONERO NACIONAL

UNIVERSITARIO 2o.

SOLDADOS

Tiempo: el nuestro.

Lugar: América.

Derecha e izquierda, las del público.

PRIMER ACTO

Amplio salón de un hogar campesino. En el lateral izquierdo, dos puertas. La de primer término comunica con la cocina, la otra, con el comedor. Disimula el espacio que hay entre las dos el retrato de algún antepasado ridículo que conmemora la sola vez que vistió bien. La pared del fondo la ocupan casi por completo dos grandes ventanas que miran un paisaje típico de cañaverales. En su extremo derecho, una puerta muy grande de dos hojas que permanecerá siempre abierta. En el centro del lateral derecho, una puerta que comunica con uno de los cuartos dormitorios. En el espacio que la flanquea por su lado izquierdo cuelga un pomposo diploma. En el espacio del flanco derecho: espuelas, algunos machetes y una vieja escopeta patriarcal de dos cañones. Más en primer plano, termina este lateral derecho por una pared perpendicular a él y paralela al proscenio que corre hacia la derecha formando un pasillo que se pierde, rumbo al resto de la casa. En el principio de él se puede apreciar una grande y hermosa reproducción de una Virgen de Murillo, debajo de la cual arde una lamparita votiva adornada de flores. En la habitación, los muebles que se juzguen necesarios. Estos han de ser fuertes, rústicos, y con todo el mal

gusto que permite su humildad. En el centro, una mesa grande. Dispersas por los sitios apropiados, hay muchas plantas que son como la avanzada de una selva próxima. Es medio día afuera.

(Cuando sube el telón, la escena aparece momentáneamente vacía. A través de la puerta medio abierta del comedor entran voces entrecortadas y animadas y ruido de tenedores y platos. Aparece el Capitán y el Cabo detrás de la ventana izquierda. El Capitán se asoma y llama)

CAPITAN.— ¡Don Francisco!

(No recibe respuesta y prosigue su camino hablándole al Cabo. Se les ve pasar por la otra ventana y luego aparecer y entrar por la puerta. Ambos van muy irregularmente uniformados)

CAPITAN.— Que estén atentos a la llegada del mensajero y que me avisen enseguida, en cuanto llegue. Yo pasaré por ahí, de todos modos.

CABO.— Sí, mi capitán. *(Marca el mutis)*

CAPITAN.— Ah, sí; y vete a comer, que ya deben ser las dos.

CABO.— Sí, mi capitán.

CAPITAN.— Pero después. Primero da la orden de que estén atentos a la llegada del mensajero. Y que se me notifique inmediatamente.

CABO.— Sí, mi capitán. *(Mutis)*

CAPITAN.— ¿No hay nadie en casa? ¡Don Francisco!

(Entra casualmente la Criada por la puerta del comedor cargada de trastos, rumbo a la cocina, sin darse cuenta de la presencia del Capitán)

CAPITAN.— Hágame el favor, ¿está don Francisco en casa?

(La Criada se sobresalta al oír su voz y, sin contestar, se regresa rápidamente sobre sus pasos y vuelve a salir por la puerta del comedor. Inmediatamente cesan los ruidos de adentro y entra Pancho, típico exponente de su raza, campesino desde hace siglos, y un poco aturdido ahora por los acontecimientos. Poco rato después, la Criada vuelve a salir por la puerta del comedor y entrar por la de la cocina. Sus sucesivos movimientos, siempre cargada de trastos, quedan a gusto de la dirección)

PANCHO.— Dispense, capitán; no lo oí entrar.

CAPITAN.— Dispéñeme usted a mí, don Francisco, que vengo a interrumpir su almuerzo, pero tenemos que hablar de cosas muy importantes. Muy importantes.

PANCHO.— No, no se preocupe. Había terminado ya. ¿No quiere usted sentarse?

CAPITAN.— No. No. Así estoy bien. *(Es un hombre que se siente firme sobre sus piernas)* A veces sí me siento cansado. . . No, no cansado. . . Bueno, sí, cansado, pero de otra forma. Y cojo mi caballo y me voy por ahí, por esas tierras. Que ahora son nuestras. *(Mira por la ventana)*

(Pancho se apercibe al fin de que, en su prisa, había salido con la servilleta prensada al cuello. Se la quita rápidamente y busca un sitio apropiado donde ponerla. Al no encontrarlo, se la guarda en un bolsillo del pantalón)

CAPITAN.— Como le decía, don Francisco, tengo que hablarle de un asunto muy importante. Es. . . probable. . . que de un momento a otro tenga que retirar mis fuerzas del pueblo. . .

PANCHO.— ¿Que va usted a. . . ? ¡Pero. . . !

CAPITAN.— Déjeme, déjeme explicarle. Yo. . .
(Mira por la ventana) Tampoco quisiera irme. ¡Pero es la revolución! Tiene que seguir su marcha.

PANCHO.— ¡Pero si usted mismo dijo que había peligro de que nos atacaran los yanquis!

CAPITAN.— Sí, sí. Cabalmente. Pero es posible que sólo manden pequeños contingentes con el fin de entretenerme aquí mientras se concentran en atacar el campamento de San Fernando. De todos modos, yo dejaría unos cuantos hombres aquí, para repeler el simulacro.

PANCHO.— ¿Y si no es simulacro? ¿Qué vamos a hacer nosotros si nos atacan de verdad? Piense usted, capitán, que al ayudarle los hombres de este pueblo nos hemos comprometido.

CAPITAN.— Lo sé, lo sé, don Francisco. Tenemos que arriesgarnos. No nos queda otro remedio.

PANCHO.— No es por mí que me preocupo.

CAPITAN.— También sé eso, don Francisco.

PANCHO.— Yo soy el responsable de que los hombres del pueblo se alzarán y atacarán a los guardias. . .

CAPITAN.— La Patria se lo agradece.

PANCHO.— ¿Comprende? Me sentiría culpable.

CAPITAN.— Son órdenes. Mi General está en San Fernando y hay que defender esa plaza a toda costa. Ahí sí que no podemos arriesgarnos. Todos nuestros pertrechos, todo lo que tenemos, lo tenemos ahí.

PANCHO.— ¡Y aquí, aquí tenemos puerta abierta al Norte! Usted mismo habló el otro día de la importancia estra. . . tégica de este pueblo.

CAPITAN.— Sí. Mi General lo sabe. Lo sabe mejor que nadie. Y he recibido órdenes suyas de dejar aquí una fuerte guarnición. Bueno, lo más fuerte que se pueda. Por si las moscas. Y quería pedirle, don Francisco, que si me voy. . . Porque en realidad no lo sé todavía. Espero un mensajero con las órdenes. Es posible que siga aquí. Pero en el caso contrario, quería pedirle que fuera usted quien se quedara al mando de los hombres que dejaré.

PANCHO.— ¿ ?

CAPITAN.— No podrán ser muchos. Unos. . , quince. Más esos universitarios que se nos han venido a unir de la capital.

PANCHO.— No, capitán. Eso sí que no. Yo no tengo ninguna experiencia en esto. Soy un hombre de campo. Nada más.

CAPITAN.— Aquí todos somos hombres de campo. Hasta mi General.

PANCHO.— Sí, pero yo. . .

CAPITAN.— Nadie mejor que usted conoce el pueblo y su gente. Y no me diga que no tiene experiencia. Si no fuera por su certera ayuda militar no hubiéramos podido tomar el cuartel así tan fácilmente. Se portó usted como un hombre de mucho valor.

PANCHO.— (*Sarcástico*) ¿De mucho valor? (*Mira por la ventana*) Fueron necesarios treinta años de esclavitud en ese ingenio, allá, para recoger ese valor que usted llama. Pero, ahora, se me ha acabado ya, capitán.

CAPITAN.— No diga usted tonterías, hágame el favor. Una a la suya la esclavitud de sus padre, y la de sus abuelos, y la que le espera a sus hijos, y ya verá cómo tiene todavía de donde recoger. Esta tierra es nuestra, amigo Francisco. Hemos pagado ya sangre y sudor por ella. Nos la han dado bien cara, pero por eso ahora es bien nuestra. Y hay que defenderla.

PANCHO.— Yo no sé usted, capitán, pero yo no entiendo. Yo no entiendo cómo se nace sobre esta tierra, se trabaja sobre ella toda la vida, toda la perra vida, y al final resulta que no es nuestra, que todavía tiene uno que comprar un pedacito para que lo entierren a uno.

CAPITAN.— Nuestra es, don Francisco.

PANCHO Pero todavía tenemos que defenderla, y yo, capitán, yo no veo por qué.

CAPITAN.— Pues se lo voy a decir. Porque los yanquis le han dado dólares a cinco desgraciados de la capital y vienen a recobrar su mercancía con el más cochino de los pretextos: a intervenir en aras de nuestra paz, dicen ellos, a traernos cultura.

PANCHO.— Sí. Ya lo sé.

CAPITAN.— Nosotros no tenemos más que nuestro amor a la patria para defenderla. No tenemos aviones, como ellos, pero a punta de machetes y de . . . los vamos a sacar de aquí. Yo se lo juro.

PANCHO.— (*Decidido de pronto*) Y tenemos dientes, capitán. Y uñas. Váyase usted tranquilo. No me quitarán mi pueblo.

CAPITAN.— Así quería oírlo. Le repito, a lo mejor no me voy. Todo depende de las órdenes que reciba de San Fernando. Pero, de todos modos, (*Le estrecha la mano*) queda usted nombrado teniente de nuestro ejército liberador. Ordenaré que se le den las insignias y el uniforme correspondiente.

PANCHO.— No, no. Yo. . . ya estoy uniformado.

CAPITAN.— Bien. Como usted quiera. Todavía hay un asunto sobre el que tenemos que hablar. Los prisioneros esos, hay que juzgarlos. Y entre más pronto mejor. Por si las moscas, usted sabe. Antes de fusilarlos quiero que usted los juzgue.

PANCHO.— ¿Antes de. . . ? Dispénsese usted, señor capitán, pero. . . no le entiendo. ¿Para qué quiere que los juzgue si los va usted. . . , si se les va a fusilar de todas maneras?

CAPITAN.— Pues. . . , con el fin de darle más autoridad a su cargo. Para que lo vean los hombres, y lo respeten. Para que le tengan miedo, que es la base de la disciplina. Naturalmente, si no cree usted que deban ser fusilados esos desgraciados. . . , si juzga usted conveniente alguna otra sentencia, se le acatará, naturalmente. ¿Es que no piensa usted pasarlos por las armas?

PANCHO.— No sé. Primero debo juzgarlos, ¿no?

CAPITAN.— Sí, cómo no. Dispénsese. Es que ya tengo mucha experiencia en esto, y he conocido a muy pocos. . . , en fin. Usted dará la orden, teniente.

PANCHO.— Teniente.

CAPITAN.— Y una cosa más. Con respecto al antiguo dueño del ingenio, al patrón ese. . .

PANCHO.— Mister Williams.

CAPITAN.— Sí. Quiero que con él especialmente. . .

(Se ven pasar a Emiliano y a Pablo por las ventanas y luego entrar por la puerta principal. Pablo viene armado. No así Emiliano)

PANCHO.— Aquí están mis hijos. —Vengan acá.
—Dispense que lo interrumpa, capitán; quiero presentarle a mis hijos. No sé si los ha visto ya.

CAPITAN.— *(Por Pablo)* A éste sí lo conozco.
—¿Cómo estás, muchacho?

PABLO.— Mucho gusto, mi capitán.

CAPITAN.— Tú estabas entre los que atacaron a la guardia, ¿verdad?

PANCHO.— (*Asiente*) Al lado de su padre.

CAPITAN.— Lo felicito, don Francisco. Tiene usted buena sangre. (*Por Emiliano*) A éste no me parece haberlo visto.

PANCHO.— (*Disculpándolo*) Es mucho más joven. Es Emiliano, el que va a la Universidad.

CAPITAN.— ¿Ah, sí? Mucho gusto, joven. También ustedes son soldados, no crean. Pero de otra clase. De la paz.

EMILIANO.— Encantado, capitán.

CAPITAN.— ¿No ha visto usted a ese grupo de universitarios que llegó anoche?

EMILIANO.— ¿Universitarios? No, señor.

CAPITAN.— Sí, de la capital. De todas partes, aun del extranjero, llegan hombres a unírseos. Desde peones hasta profesores. Vaya usted a verlos. Quizás haya algún compañero de usted.

EMILIANO.— Sí, señor, sí iré.

CAPITAN.— (*Más bien a Pancho*) Han llegado los pobres muertos de hambre, y sin más zapatos que el cuero de los pies. Pero ya se curtirán.

PANCHO.— ¿Ya comieron ustedes? (*Pablo le dice que no con la cabeza*) De paso acompañan al doctor y a la viuda de Chamorro.

CAPITAN.— ¿Es que está aquí el doctor?

PANCHO.— Sí, estos días está almorzando con nosotros.

EMILIANO.— (*Temiendo una respuesta afirmativa*) ¿También está Margarita?

PANCHO.— (*Lanzándole al Capitán una mirada y una sonrisa de inteligencia, como para jactarse frente a sus hijos de su confianza*) Sí, hombre, también está Margarita. Vayan a comer.

EMILIANO.— No, si yo no tengo hambre todavía.

PANCHO.— Vaya a comer, le digo.

(Emiliano se dirige, mal de su grado, al comedor. Pablo ya había salido)

CAPITAN.— *(A Emiliano)* Mire, hágame el favor: dígale al doctor que quiero verlo.

EMILIANO.— Sí, señor. *(Mutis)*

CAPITAN.— Le dije que me vacunara a esos muchachos. Mientras no tengamos disciplina. . . *(Al Doctor, que entra)* —Doctor, le dije que me vacunara a esos muchachos que llegaron anoche. ¿Qué espera usted para hacerlo? Mientras no tengamos disciplina el enemigo podrá hacer con nosotros lo que le dé la gana.

DOCTOR.— Sí, capitán, perdone. No sabía que fuera tan importante.

CAPITAN.— Una orden es importante sea lo que sea. *(Pausa)* Bien, ¿qué espera para ir a vacunarlos?

DOCTOR.— Enseguida, capitán. Vine sólo a almorzar.

CAPITAN.— ¿Y es que ha estado usted almorzando toda la mañana?

DOCTOR.— No, capitán. Tuve que hacer unas visitas.

CAPITAN.— *(Ha comprendido mal)* Tuvo que hacer ¿qué?

DOCTOR.— Unas visitas, a enfermos graves.

PANCHO.— Es el único doctor del pueblo, capitán. Ha venido a almorzar y a ver a mi hija.

CAPITAN.— Ah, dispense, don Francisco. No sabía que tuviera una hija enferma. —De todos modos, procure vacunármelos antes de mañana.

DOCTOR.— Sí, capitán. ¿Puedo retirarme ya? *(El Capitán no le contesta, pero le da la espalda. A*

Pancho, como pidiéndole permiso) —Entonces voy a acabar de comer, para ver a María, y luego a vacunar a esos universitarios.

PANCHO.— Gracias, doctor. (*El Doctor hace mutis*) No me gusta verlo así, tan humillado. El antes era autoridad. ¿Por qué se siente ahora humillado?

CAPITAN.— No se preocupe. ¿Es algo grave lo de su hija?

PANCHO.— No. Nada grave. Está encinta.

CAPITAN.— ¡Ah, caramba! Hasta con nietos, ¿eh? ¡Pesa usted sobre la tierra, amigo Francisco!

PANCHO.— (*No quiere hablar de ello*) Sí, sí. (*Pausa*)

CAPITAN.— Bueno, don Francisco, no quiero quitarle más el tiempo, porque. . .

PANCHO.— No, no.

CAPITAN.— . . , porque quiero ir a arreglar de una vez eso de los prisioneros, para que me los juzgue y les pase sentencia. ¡Ah, sí, me olvidaba! Con respecto al dueño, al exdueño, mejor dicho, del ingenio, este. . .

PANCHO.— Mister Williams.

CAPITAN.— Usted era su capataz, si no me equivoco. (*Pancho asiente*) Entonces lo conocerá bien. He tenido quejas de sus antiguos trabajadores. Por eso quiero que con él sea especialmente duro, en su sentencia.

PANCHO.— No se preocupe, capitán.

CAPITAN.— Bueno. Regresaré más tarde. Hágame el favor de decirle a su señora que no la saludo ahora, pero que cuando regrese tendrá el placer.

PANCHO.— Sí, capitán. No se preocupe.

CAPITAN.— Hasta luego, (*Subrayado*) teniente.

PANCHO.— Gracias, mi capitán. Hasta luego.

(Mutis del Capitán. La Mujer de Pancho se asoma por la puerta del comedor)

MUJER DE PANCHITO.— ¿Ya se fue?

PANCHITO.— Ven acá, mujer. No tengas miedo. Ya se fue.

MUJER DE PANCHITO.— ¿Y qué quería? ¿Por qué se ha hecho tan amigo tuyo?

PANCHITO.— ¡Cómo que por qué se ha hecho tan amigo mío! Si no es por mí no cogen nunca el pueblo. Lo ha sabido el General y le ha ordenado que me nombrara teniente.

MUJER DE PANCHITO.— ¿Teniente? ¿Militar?

PANCHITO.— Sí, claro.

MUJER DE PANCHITO.— Eso no me gusta, Pancho. Tendrás que irte a pelear con ellos y tú tienes tres hijos.

PANCHITO.— No, no me mandarán a ninguna parte. He aceptado sólo con esa condición: de quedarme aquí, al mando de los soldados que me deje para proteger el pueblo, cuando se vayan ellos.

MUJER DE PANCHITO.— ¿Se van ya, por fin? ¿Te dijo que se iban?

PANCHITO.— No se sabe todavía. Esperamos órdenes de San Fernando. Pero no se lo vayas a decir a nadie. Es secreto.

(Han entrado el Doctor y la Viuda de Chamorro. La Viuda es delgada, muy delgada. Viste de riguroso negro. Neurótica)

MUJER DE PANCHITO.— ¡Qué alivio! ¡Menos mal que se van! Esos soldados han acabado con el pueblo en la escasa semana que tienen de estar aquí. Langostas, eso es lo que parecen.

VIUDA.— (*Alegre*) ¿Se van ya? ¿Se van por fin del pueblo? —¿Ha oído usted, doctor?

PANCHO.— ¿No ves? No puedes guardar un secreto. Mañana sabrá el enemigo que quedamos sin defensa y nos atacarán.

MUJER DE PANCHO.— (*A la Viuda*) Cállese, comadre. No hable tan alto.

VIUDA. (*Voz baja*) ¿Pero es verdad que se van ya los soldados?

MUJER DE PANCHO.— Todavía no se sabe, pero es mejor que no hable de eso.

VIUDA.— Es que ya no hallo las horas de poder regresar a mi casa. Me da vergüenza molestarla tanto, comadre, (*Solloza*) pero ya sabe usted que dos mujeres solas, en esa casa, con tanto soldado borracho por ahí. . .

MUJER DE PANCHO.— Déjese de tonterías, comadre. Aquí no molesta a nadie.

VIUDA.— ¡Qué suerte la de ustedes, la de vivir tan retirados!

MUJER DE PANCHO.— (*Acompañándola hacia el pasillo*) Váyase ahora a dormir la siesta. Le sentará bien.

VIUDA.— (*Obedece. De pronto se quiere regresar*) ¿Y Margarita? ¿Dónde está Margarita?

DOCTOR.— Con María. Déjela. Vaya usted a acostarse un rato.

VIUDA.— (*Dejándose llevar*) ¡Dos mujeres solas en el mundo! ¡Dios mío!

MUJER DE PANCHO.— Venga, comadre, venga. (*Salen las dos por el pasillo*)

DOCTOR.— ¡Pobre viuda! Son ustedes muy generosos albergándola, y a su hija. Son ustedes muy generosos, Pancho.

PANCHO.— No es eso en lo que está pensando, doctor. Piensa que esos soldados liberadores son

una maldición, como. . , langostas. Que son indios borrachos todos y que no hay seguridad para las mujeres.

DOCTOR.— No, Pancho, no. Son soldados. Y los soldados son todos así. En cuanto a las mujeres, pues, es lógico que estos hombres, lejos de sus mujeres. . . Además, hombres malos los hay en todas partes. Ya ve usted. . .

PANCHO.— Lo de María, ¿verdad?

DOCTOR.— No. Pero sí, también lo de María ilustra lo que quiero decirle.

PANCHO.— (*Voz de mando*) ¡Doctor, he dado orden de que no se hablara de ese asunto en mi casa!

DOCTOR.— (*Extrañado, pero humilde*) Sí. Perdona, Pancho. (*Pausa*)

PANCHO.— (*Queriendo acercársele espiritualmente*) ¿Qué le ha pasado a usted, doctor? ¿Por qué ha cambiado tanto últimamente? ¿No ve que todo esto, que esta guerra, es a favor de usted, de nuestros principios, de esa libertad de la que siempre hemos hablado?

DOCTOR.— (*Con un dejo de amargura. Sin verlo así, naturalmente*) Sí, Pancho, sí lo veo. Veo también que eres muy amigo del capitán.

PANCHO.— (*Con vergüenza*) Sí. Me ha nombrado teniente.

DOCTOR.— ¿Teniente? ¡Vaya, vaya! Te felicito.

PANCHO.— Es un cargo temporal. En caso de que se vayan.

DOCTOR.— Te felicito. Por lo menos así respetarán tu casa. Te sirvió, pues, de algo atacar la guarnición de guardias. Eras otro ese día, Pancho. No se te reconocía.

PANCHO.— Es raro que no se nos reconozca cuando somos verdaderamente lo que somos. Usted no sa-

be lo que pasamos en ese ingenio, doctor, los que hemos dejado allí la vida. Usted no sabe muchas cosas. . . Las humillaciones. . .

DOCTOR.— Sí, Pancho. Sabes que tuviste mi apoyo, que le hablé a los hombres para que te siguieran ese día. Sólo que ahora. . . No sé, Pancho. No sé.

PANCHO.— (*Sabe*) Sí.

DOCTOR.— No es que yo quiera que se vayan, Pancho, pero los campos no se trabajan. Las máquinas del ingenio comienzan a oxidarse, y no pasará mucho tiempo para que cunda el hambre. Esta misma mañana, en casa de doña Tomasa, la viejecita esa. . . , se desayunaban sin pan. ¿Cómo quieres que sane, la pobre?

PANCHO.— Primero hay que ganarse la tierra, después se la trabaja.

DOCTOR.— Me pides mi consejo, Pancho, y yo te lo doy. Si los campos no se trabajan cundirá bien pronto el hambre. Los soldados matan todas las reses de Mister Williams. No perdonan ni las terneras. Han saqueado todas las tiendas. Yo no digo que ustedes, o que nosotros, más bien, no tengamos derecho sobre las tierras de Mister Williams. Pero no se trabajan, Pancho, no se trabajan.

(*Entra la Mujer de Pancho por el pasillo*)

MUJER DE PANCHO.— ¡Uf, qué señora! Está desecha.

DOCTOR.— Precisamente, doña Clemencia, le decía aquí a Pancho que son ustedes muy generosos albergándola a ella y a su hija en estos días de agitación.

MUJER DE PANCHO.— ¡Cómo va a creer, doctor! Esto se lo debemos a mi compadre Pedro, que en paz descansa. ¿Cómo iban a quedarse solas esas mujeres en el pueblo? ¡Con tanto soldado y

desorden! Por lo menos aquí vivimos un poco retirados y pueden estar tranquilas. ¿Dónde está Margarita? Hay que decirle que vaya a acompañar a su madre. Está desecha. Se la comen los nervios.

DOCTOR.— Deje a Margarita con María. Se divierten.

MUJER DE PANCHO.— ¿Ya examinó a María, doctor?

DOCTOR.— No, todavía no. Pero hay tiempo. (*Recuerda y mira a Pancho*) No, no hay tiempo, se me olvidaba.

PANCHO.— (*Comprende*) ¡Déjese de pendejadas, doctor!

MUJER DE PANCHO.— ¡Ya estás otra vez diciendo malas palabras! Cada vez te haces más patán. —Haga usted la digestión, doctor. Voy a traerle una tacita de café.

DOCTOR.— No se moleste, señora.

MUJER DE PANCHO.— Si no es molestia. No faltaba más. —Ahora vengo, Pancho. Quiero que me cuentes todo eso sobre el cargo que te han dado. ¡El propio General ha dado la orden, ¿eh?! (*Mutis por la cocina*)

PANCHO.— (*Mirando por la ventana*) Tiene usted razón, doctor. No hemos recogido las cosechas y se pudren en el sol. Se pudren en el sol y ahora mismo llegará el hambre.

DOCTOR.— Debemos ahorrar alimentos. Especialmente ahora que no entra casi nada al pueblo. No hay que dormirse sobre los laureles. Y ustedes no deben ser tan generosos. Conmigo, por lo menos, invitándome tanto a comer. Le hará falta a sus hijos cada bocado que me den.

PANCHO.— No se preocupe, doctor. Hablaré hoy mismo con el capitán. Nosotros somos todos hombres de campo, no soldados.

(Vuelve a entrar la Mujer de Pancho por la puerta de la cocina)

MUJER DE PANCHITO.— Ahora se lo traen, doctor. *(Por la Criada)* Esta india vieja cada vez se vuelve más inútil.

DOCTOR.— No se moleste, señora.

MUJER DE PANCHITO.— Ahora cuéntame cómo fue eso, y si te vas a tener que ir a la guerra con ellos.

PANCHITO.— No, mujer. No tendré que irme a ninguna parte. Es un cargo. . . especial, por si se van ellos. Quedaré al mando de la tropa que dejen.

MUJER DE PANCHITO.— Tú no te debes meter en esto, Pancho. Ya has hecho más de lo suficiente. Los campos están sin trabajar, y tú. . .

PANCHITO.— Sí, ya lo sé.

MUJER DE PANCHITO.— ¿Y te van a pagar algo, por ese cargo?

PANCHITO.— ¿Pagarme? *(Señala los campos por la ventana)* Mira, mujer, mira. . . Todo eso es nuestro ahora, y de nuestros hijos, y de los que tendrán ellos. ¿Quieres que cobre más?

MUJER DE PANCHITO.— ¿Te darán escrituras, papeles. . . ?

PANCHITO.— Tú no comprendes.

MUJER DE PANCHITO.— Bueno, ¿y qué es lo que tienes que hacer?

PANCHITO.— Ya te lo he dicho. En caso de que se vayan ellos yo quedaré aquí al mando de las fuerzas que dejen. Además, seré algo así como juez, como el que teníamos de alcalde.

MUJER DE PANCHITO.— ¡Haberlo matado! No debieron haberlo matado. El hombre era malo, sí, pero no para que le dieran un tiro, como a un pe-

rrero. —¿No cree usted, doctor? (*Gesto del Doctor. Prefiere no opinar*) —Ese capitán será muy amigo tuyo, pero es un salvaje.

DOCTOR.— La guerra, doña Clemencia. Es la guerra.

MUJER DE PANCHITO.— Pero pudieron echarlo preso, como al patrón, como a esos otros prisioneros.

(*Entra la Criada con una tacita de café. Se la da a la Mujer de Pancho y ésta se la pasa al Doctor. La Criada se interesa un poco en la conversación*).

MUJER DE PANCHITO.— Vete a ver esos tamales. (*Mutis de la Criada*)

DOCTOR.— Gracias, señora. Es usted muy amable.

MUJER DE PANCHITO.— Te aseguro que hará lo mismo con esos pobres americanos que tienen presos.

PANCHITO.— No. Yo. . . , juzgaré a esos.

MUJER DE PANCHITO.— ¿Tú?

PANCHITO.— Sí. Ahora soy el juez del pueblo.

MUJER DE PANCHITO.— ¿Vas a juzgar a los prisioneros, a los yanquis?

PANCHITO.— A todos. Y al patrón también.

MUJER DE PANCHITO.— ¡No, Pancho! ¡No te metas en eso! ¡No te metas en eso, por favor!

PANCHITO.— ¿No te estoy diciendo que soy algo así como juez?

(*Al oír el Doctor lo del juzgamiento de Mister Williams, vuelve a ver a Pancho y se le ríe en la cara, con la suficiente poca discreción para que éste se dé cuenta*)

PANCHO.— *(A su Mujer. Conteniéndose la rabia que le ocasiona esa risa burlona)* Voy a acostarme un rato. Que me avisen cuando venga a buscarme el capitán.

(Hace mutis por el pasillo. Su Mujer va tras él, la vista vuelta hacia atrás, mirando al Doctor que ya se había arrepentido y puesto serio. La mirada de la Mujer de Pancho pareciera pedirle disculpa por la fría indignación de Pancho. Emiliano, que había entrado por la puerta del comedor, ha alcanzado a oír lo del juzgamiento. Va hacia el Doctor)

EMILIANO.— No debe usted ser tan cruel, doctor.
¡Reírsele en su propia cara!

DOCTOR.— Ah, Emiliano. No, no me reía de él.
Eh. . . el café, estaba muy caliente. Me atoré.

EMILIANO.— Sea franco, doctor; sea usted franco. Se reía de él. Y con razón. Todo esto es un espectáculo cómico, grotesco.

DOCTOR.— Lo que sí me extraña mucho, Emiliano, es que haya usted cambiado tanto. ¿No andaba diciendo por ahí, y hasta publicando, cosas sobre nuestra autonomía nacional? Pues ya la tenemos. Ya somos libres.

EMILIANO.— No se trata de eso. *(Ve, casualmente, la imagen de la Virgen, pero no se refiere a ella materialmente)* Mire usted, el otro día leía que Murillo usaba a una amante suya para modelo de sus vírgenes. Y está muy bien que Murillo adore a esa mujer, que la endiose. Pero no me va a negar que es patético ver a una india adorando a la amante de Murillo. Me refiero a mi madre, por supuesto.

DOCTOR.— ¿Qué importa que la Virgen tenga las facciones, el rostro, el físico, de la mujer de Murillo. Lo que se adora. . . , lo que su madre adora. . . , es algo más.

EMILIANO.— Murillo era un gran pintor, doctor, y su genio no estaba en pintar las facciones de su amante, sino ese algo más, precisamente. (*Transición*) Hace alrededor de un año, doctor. . .

(*Lo interrumpen María, Margarita y Pablo, que entran por la puerta del comedor*)

MARGARITA.— Doctor, ¿a los cuántos meses comienzan a caminar los niños?

DOCTOR.— Pues, eso depende, claro.

MARIA.— Sí, pero lo normal.

DOCTOR.— Pues a los doce meses, al año, más o menos.

MARGARITA.— (*A Pablo*) ¿Ves?

PABLO.— (*Conmovedoramente infantil*) Yo creía que antes. El hijo de Enrique tiene sólo seis meses y ya corre.

DOCTOR.— Sí. Hay casos.

MARGARITA.— Tú habrás aprendido primero a montar a caballo que a caminar.

DOCTOR.— (*A María*) ¿Y a qué viene tanto interés por estas cosas? Ya las sabrás dentro de poco.

MARIA.— No. Si es Margarita y Pablo.

DOCTOR.— Da gusto verlos tan contentos en medio de tanta calamidad. (*Los otros se acuerdan y entristecen*) ¡Bueno! ¡Bueno! No lo he dicho para que se pusieran así. (*Es inútil ya*) —Ven, vamos a examinarte.

MARIA.— No, doctor, ¿ya?

DOCTOR.— Sí, ya. Tengo mucho que hacer esta tarde. Espera, que dejé el maletín aquí en el comedor, me parece. (*Sale a buscarlo*)

MARGARITA.— ¿Y tú, Emiliano, qué opinas de los niños?

EMILIANO.— ¡Qué sé yo! Que parecen animalitos. El de Enrique por lo menos.

MARIA.— ¡Deja a ése, Margarita!

MARGARITA.— Bueno, ¿y ustedes dos por qué se odian tanto? ¡Caramba, no parece que fueran hermanos! Anda, Emiliano, dile algo bonito a María.

DOCTOR.— (*Entrando con el maletín*) Vamos, María. Es un momentito nada más. (*Mutis con María por la puerta del lateral derecho*)

(*Pablo no se siente a gusto y busca cualquier pretexto para irse y dejar solos a Margarita y Emiliano*)

PABLO.— Bueno, yo. . . voy a ver las bestias. (*Inicia el mutis por la puerta principal pero se arrepiente y se dirige hacia la de la cocina*)

MARGARITA.— Los caballos no están en la cocina, Pablo.

PABLO.— ¡Ah? No. Pero voy a salir por ahí, para pasar tomándome una tacita de café. (*Mutis burdo*)

EMILIANO.— ¡Te das cuenta de cómo todo el mundo quiere dejarnos solos?

MARGARITA.— ¡Por qué eres así, Emiliano?

EMILIANO.— ¿Cómo?

MARGARITA.— Con María. ¿No ves que es tu hermana? No lo dicen, pero ustedes están enojados. Ella nunca quiere hablar de ti. Yo recuerdo que antes eran ustedes uña y carne.

EMILIANO.— Yo quiero mucho a María, Margarita. De veras.

MARGARITA.— Entonces, ¿por qué están tan. . . tan distanciados? (*Pausa*) Yo sé por qué.

EMILIANO.— No, si no estamos distanciados.

MARGARITA.— ¿Es que tú crees que eso no se puede ver? Y yo creo saber por qué. Tú no le has perdonado su. . . , su mal paso. Yo no te creía así, tan rencoroso, Emiliano. Francamente. Mira a Pablo.

EMILIANO.— No, Margarita, no estamos nada distanciados, te repito. Es que yo soy así. Sobre todo últimamente. Creo que hasta contigo me he portado mal.

MARGARITA.— Conmigo no importa.

EMILIANO.— ¿Cómo no va a importar? No digas eso. ¿O es que quieres decir. . . ?

MARGARITA.— No.

EMILIANO.— ¿Ya no te importa entonces?

MARGARITA.— No. Que no fue eso lo que quise decir. (*Lo mira*)

EMILIANO.— (*Desviando la mirada que él mismo había provocado*) Ha habido en mí grandes cambios. Los estudios, la capital, ¡qué sé yo! Pero he cambiado mucho.

MARGARITA.— Una capitalina, ¿no es cierto?

EMILIANO.— No, no. Ninguna mujer. De veras. Es otra cosa, Margarita. Es otra cosa que me preocupa mucho. Yo no puedo explicártelo. Es difícil. Uno cambia. Lo que antes nos parecía bien, hoy ya no. Y así. No te lo puedo explicar.

MARGARITA.— Sí. Ya sé. Es tu manera cortés de decirme que. . . ya no es como antes, como cuando éramos niños. No importa. (*¡Claro que le importa!*)

EMILIANO.— Tómallo así, si quieres. . . Pero. . . En fin. . . Tómallo así, si quieres.

MARGARITA.— ¿Tú crees que hay otra manera de tomarlo?

EMILIANO.— Bueno, no. Pero no hay otra mujer. Créeme.

MARGARITA.— ¿Qué quieres que te crea?

EMILIANO.— Que es otra cosa, más grande. Que..., que te quiero.

MARGARITA.— Sí, como hermana. Como cuando niños jugá. . .

EMILIANO.— ¡No! ¡Por favor, entiende! De varón a mujer, de soledad a soledad, te quiero. Yo no sé por qué me cuesta, por qué me duele decírtelo.

MARGARITA.— ¿No te parece que ya has jugado demasiado conmi. . . ?

EMILIANO.— ¡¿Es que no te das cuenta, tonta?!
(*Transición*) Perdona. Perdóname. Yo. . . , busco el camino para llegar a ti. A veces me parece que es muy tarde, pero ahora, te veo, y me parece que todavía podría alcanzarte, (*Sus manos se alargan, como para alcanzarla, pero como si algo estuviese reteniéndolas*) si tú me ayudas. . . Si tú me ayudas. . . (*Margarita le extiende sus manos para tocar las suyas, pero Emiliano las retira inmediatamente*) Gáname el corazón, gáname sólo el corazón, que el resto es tuyo ya, Margarita. (*Como si estuviese lejísimo*) ¡Amor! ¡Recupéramelo! Lo he perdido. Nos odia. ¿Me estás oyendo? (*Pausa. Margarita no comprende*) No. No me oyes.

MARGARITA.— ¿Qué extraño eres, Emiliano!

EMILIANO.— Comprende sólo que te quiero. Es bien sencillo. O no, no lo comprendas. Siéntelo. Déjame el resto a mí. No te preocupes. ¡Oh, si no fuera por esta imbécil revolución! Quiero paz, tranquilidad, para ver las cosas claras. Me he enredado todo.

MARGARITA.— También yo quisiera que termine todo esto. Así podrás regresar a la capital y terminar tus estudios.

EMILIANO.— No. He decidido no regresar allá.

MARGARITA.— Cuando termine todo esto, digo.

EMILIANO.— No. He decidido no regresar allá.

Quizás más adelante, pero mucho más adelante.

(*Transición*) Yo me voy a salvar. Seremos felices,

Margarita. Tengo mucha esperanza todavía. No

es demasiado tarde. Te veo ahora y me parece que

no es demasiado tarde. (*La mano sobre el corazón*)

Me late fuerte, ¿sabes? ¡Pon la mano y verás!

(*Se la pone. Margarita es feliz sin saber por qué*)

¿Sabes lo que esto significa? ¿No sabes lo que eso significa?

(*Entra la Mujer de Pancho por el pasillo*)

MUJER DE PANCHITO.— ¡Opa! ¡Qué gusto da verlos juntitos! Como cuando eran niños. Me alegro de que se hayan contentado.

MARGARITA.— (*Radiante de alegría*) Si no estábamos enojados, señora.

MUJER DE PANCHITO.— Bueno, entonces me alegro de verlos más contentos. ¿Y María?

MARGARITA.— Está en su habitación, con el doctor.

MUJER DE PANCHITO.— Avísenme cuando salgan. (*Mutis por la cocina*)

MARGARITA.— Sí, señora.

EMILIANO.— ¿Te quiere mucho mi madre.

MARGARITA.— Sí. Es muy buena. No sé qué sería de mí y de mi mamá si no fuera por doña Clemencia, hospedándonos estos días.

(*Entra el Doctor por la puerta del lateral derecho*)

DOCTOR.— Bueno. (*Mira su reloj*) No han dado las tres todavía, ¿verdad?

MARGARITA.— No, doctor. Creo que no.

DOCTOR.— Hasta mi reloj anda loco estos días.

EMILIANO.— ¿Cómo está María, doctor?

DOCTOR.— Muy bien. Muy bien. Es una muchacha sana, María.

(María sale por la misma puerta, abrochándose el último botón de su falda)

DOCTOR.— ¿Qué ha encargado usted a París, María, mujercita o varón?

EMILIANO.— Sí, sí. A París.

MARIA.— *(A Margarita)* Vente, vámonos al comedor.

MARIA.— Tu mamá quería verte.

MARIA.— ¿Mamá? ¿Dónde está?

MARGAITA.— En la cocina.

(Mutis de ambas por la cocina)

EMILIANO.— ¿De veras, doctor, que está bien?

DOCTOR.— Sí, hombre, perfectamente bien. No se preocupe.

EMILIANO.— ¿Y cuándo cree usted que nacerá?

DOCTOR.— Eso es imposible saberlo con toda seguridad. Yo creo que ya bien pronto. No está encajado todavía, pero a veces sucede a última hora. Usted ya sabe que María no quiere decir nada, y no conviene mortificarla con preguntas.

(Entra la Mujer de Pancho por la puerta de la cocina)

MUJER DE PANCHITO.— ¿Qué tal, doctor, cómo me la encontró?

DOCTOR.— Perfectamente bien, doña Clemencia. Será usted bien pronto la abuela de un nene sano y fuerte. Y bien pronto, ¿eh?

MUJER DE PANCHO.— Ay, quiera Dios y la Virgen Santísima, doctor, porque si no, me voy a volver loca con tanta cosa.

DOCTOR.— No se preocupe. ¿Lo tienen ya todo listo? ¿La ropita, las sábanas limpias. . . ?

MUJER DE PANCHO.— Sí. Por eso no me preocupo. Y ahora con Margarita que le ha estado ayudando a María, creo que hay hasta de más.

DOCTOR.— Nunca hay de más en estos casos. Ya se ha de haber olvidado usted.

MUJER DE PANCHO.— Eso no se olvida, doctor.

DOCTOR.— Por algo es una maldición.

MUJER DE PANCHO.— No, no lo dije por eso. Al contrario. (*Por Emiliano, con disimulado amor*) ¿Cómo me voy a olvidar de la primera vez que vi a éste? ¿Quién me iba a decir que iba a ser tan haragán? (*Transición*) Entonces, doctor, ¿nada de especial?

DOCTOR.— Nada, señora, más que cuidado. Mucho cuidado. Y tacto. Usted me entiende.

MUJER DE PANCHO.— Sí.

DOCTOR.— En esta época especialmente, porque si no tiene los nueve meses está ya bien cerca de ellos.

EMILIANO.— Ya me figuro que una de estas noches saldré corriendo para su casa.

MUJER DE PANCHO.— Bueno, doctor, muchas gracias. Tengo unos tamales, como le digo, y esa mujer es capaz de echármelos a perder. Le estamos todos muy agradecidos.

DOCTOR.— No, señora, no.

MUJER DE PANCHO.— Lo esperamos mañana, para que los pruebe.

DOCTOR.— Sí, señora, gracias. Debo irme ahora a vacunar a esos muchachos universitarios. Puede ser gente no acostumbrada a este clima y conviene tomar precauciones. —Por cierto, Emiliano. . .

MUJER DE PANCHO.— Bueno, doctor. Con su permiso.

DOCTOR.— Sírvase, señora.

(Mutis de la Mujer de Pancho por la puerta de la cocina. El Doctor va a la puerta principal, se asoma, duda. Es evidente que no quiere ir. Suspira, se resigna)

EMILIANO.— *(Sonriéndose)* No le gusta ir al cuartel, ¿verdad?

DOCTOR.— No es eso exactamente. De todos modos, tengo toda la tarde por delante. ¿No los conoce usted? Son de la universidad.

EMILIANO.— No sé. Quizás conozca a alguno. No los he visto todavía.

DOCTOR.— ¿No quiere venir conmigo?

EMILIANO.— No, no. También a mí me resulta desagradable andar por ahí. Y además, no me gusta recordar mis tiempos de la universidad.

DOCTOR.— No sabe lo que dice. Ya verá cuando llegue a viejo si le será agradable o no recordar esos tiempos.

(Pasan María y Margarita de la cocina al comedor. Detrás de ellas, como perro faldero, Pablo)

EMILIANO.— *(Deniega)* No estoy de acuerdo con esa clase de educación que se nos da.

DOCTOR.— Que uno no esté de acuerdo con los profesores, no importa. Incluso hasta conviene muchas veces. Pero se aprende el rigor, la disciplina. Claro, no tenemos grandes técnicos. . . , aunque. . . , ni eso, porque en su facultad hay muy buenos arquitectos.

EMILIANO.— No es eso. Uno aprende ahí ciertos cánones de belleza, de moral. . . , ciertas medidas. Y si luego se mide uno con ellas, resulta uno chiquito, feo, deforme, malo. Uno, porque son cánones hechos por los europeos para los europeos mismos. Aprenda usted a saber lo que es bello en los corredores del Louvre. . . , bueno. . . , en esos libros de museos y de arte. Apréndalo usted y verá cómo encontrará fea a su propia mujer. Claro, usted no está casado; de lo que, entre paréntesis, yo deduzco muchísimo. Pero mida con esos cánones europeos a la mujer india y verá cómo la encuentra fea.

DOCTOR.— ¡Vaya, hombre! ¡En qué error está usted! Nunca sabemos lo que tenemos. Nuestras mujeres, Emiliano, tienen fama de ser hermosas, y no aquí, entre nosotros, sino entre los mismos europeos.

EMILIANO.— Sí, pero porque se asemejan a sus instintos atávicos. Y además, muchas de nuestras mujeres se parecen a las europeas, y llaman la atención por eso. Pero supóngase usted que por casualidad tuvieran dos narices y no una.

DOCTOR.— Serían fenómenos, claro.

EMILIANO.— Pues yo le digo que sería menos grave nuestro conflicto si tuviéramos dos narices cada uno. Es mucho más terrible para un sediento el tener el agua casi al alcance de la mano que el tenerla fuera de toda posible esperanza. Así nosotros. Ni siquiera somos negros.

DOCTOR.— Bueno, Emiliano, pero yo no sé a qué viene todo esto. En primer lugar usted no es indio.

EMILIANO.— ¡Bah! Claro que lo soy.

DOCTOR.— En parte sí, pero no tanto para que se llame indio.

EMILIANO.— Yo no digo que no tenga también sangre blanca, pero lo que en mí hay de blanco

está tranquilo, cómodo: Habla en español, se identifica con el mundo, respira suavemente. . . Pero lo que en mí hay de indio no habla, doctor, ni se identifica con nada. Está sentado en el fondo de mí, oscuro, y su respiración suena. Es hasta posible que sea el blanco en mí el que arme tanta bulla y quiera redimir al indio, pero eso ya no me importa.

DOCTOR.— Me parece ridículo querer redimir al indio de su color oscuro. El color de la piel no es tan importante como para creer que por ella no podemos ser admitidos por esos cánones de los que habla usted, que, por lo demás. . .

EMILIANO.— Yo hablo de la piel, puese el ejemplo de la nariz, para referirme a cosas concretas que se pueden ver, tocar. Pero transporte usted el problema al nivel de la moral, de lo bello, al nivel de lo religioso, y ya verá que se encuentra con lo mismo.

DOCTOR.— Por lo demás, Emiliano, como le decía, esos cánones son bastante convencionales. . .

EMILIANO.— Claro, claro, esa es la esperanza. Precisamente porque son convencionales esos cánones es que podemos abrigar la esperanza de cambiarlos. Yo. . . , sentimentalmente. . . , no los cambiaría por nada del mundo. Pero comprendo que hay que hacerlo, comprendo que hay que cambiarlos.

DOCTOR.— (*Un poco irónico*) La revolución, ¿eh?

EMILIANO.— No. No de cambiarlos así, rotundamente. De modificarlos simplemente, de contribuir en su desarrollo para que tengan algo nuestro, de estirarlos un poquito, en nuestra dirección, de manera que también nosotros quepamos. Mire usted a los negros, por ejemplo. Ellos, por estar en una posición más drástica que la nuestra, se han dado cuenta del problema, y han sabido encararlo

y resolverlo: Exportan sus sentimientos, su manera de ser, a todas partes del mundo. Se han colado en el mundo occidental, disfrazados de músicos, de notas. . . Hoy, cuando los reyes de Inglaterra bailan, el corazón se les tiñe un poco de negro, no le quepa duda. Se han colado de gota en gota. Y si no en sangre, en espíritu, que es mucho más biológico. Exporte usted al indio así, si es que puede. Pinte usted al indio bello, haga cultura de él. Si es de buena calidad se le aceptará la mercancía, no le quepa duda. Pero para pintarlo bello tiene que amarlo antes, porque únicamente lo que se ama es bello. Y eso es lo difícil. Porque no se admite el engaño por muy buena que sea la intención. Eso es lo difícil. Desprenderse de todos los cánones para poder amarlo y encontrarlo hermoso. Mire usted, antes, yo pensaba que la única manera que teníamos para poder entrar era la de cruzarnos racial y sentimentalmente, hasta hacer desaparecer todo vestigio indio. Pero ahora comprendo que cruzarnos sería la muerte, que la salvación es trabajar en el terreno de la cultura. Hacernos hermosos y buenos, dignos. Pero, le repito, para hacernos hermosos y buenos, a nuestros propios ojos primero, para no ver a mi padre ridículo y a Margarita fea. . . (*El Doctor quiere interrumpirlo*) ¡No, no, déjeme usted! Para verlos hermosos, primero tengo que amarlos, y para eso antes tengo que olvidarme de tanta cosa bella que he visto y aprendido. Ese es el problema. O mi problema, si lo quiere usted. Tengo toda la mejor voluntad, pero. . . , qué sé yo. . . , no puedo. Hago todo lo posible. . . Estoy haciendo todo lo posible. . . Por eso, aunque termine este conflicto, no quiero regresar a la universidad. No quiero verla más. Quiero sacármela de adentro. Pero sea como sea, doctor, nunca pensé que la solución fuera ésta, la de la violencia. La de arrebatar la tierra por la fuerza.

DOCTOR.— Tiene usted mucha razón en ciertas cosas, pero no puede pensar en abandonar sus estudios. Su papá ha trabajado mucho para mantenerlo allá en la capital.

EMILIANO.— Mi padre no me ha mantenido. Siempre me he pagado mis propios gastos.

DOCTOR.— De todas formas, de todas formas. No puede usted desilusionarlo.

EMILIANO.— No crea, a él no le interesa que yo estudie. Su única solución es el machete. Cree que todo lo va a solucionar con eso.

DOCTOR.— Pero usted tiene que estudiar, aunque sea sólo para enseñarle que ese camino de la violencia no conduce a nada.

EMILIANO.— ¿Pero no le he dicho que tengo que desprenderme, despegarme? Quiero vivir aquí diez, veinte años. . .

(Entra el Capitán por la puerta principal)

CAPITAN.— Buenas tardes.

EMILIANO.— Buenas tardes, capitán.

DOCTOR.— Buenas tardes.

CAPITAN.— Su papá, ¿puede hacerme el favor de llamarlo?

EMILIANO.— Sí, señor.

CAPITAN.— Dígale que le he traído los prisioneros.

EMILIANO.— ¿Que ha traído los prisioneros?

CAPITAN.— Sí. El ya sabe. Avísele, por favor.

DOCTOR.— Me despide de su mamá y de Pancho, Emiliano. *(A escondidas del Capitán)* No quiero ver yo esto.

EMILIANO.— *(Sonriéndose)* Bueno, doctor, bueno. *(Mutis por la cocina)*

DOCTOR.— Voy ahora mismo a vacunar a esos muchachos, capitán. *(El Capitán no le responde. Mutis)*

(*Salen por la cocina Emiliano y la Mujer de Pancho*)

MUJER DE PANTO.— Buenas tardes, capitán.
¿Quería ver a mi marido?

CAPITAN.— Sí, señora. Por favor.

MUJER DE PANTO.— Voy a despertarlo, porque se acostó a dormir la siesta. Como anoche. . .

CAPITAN.— Sí. Ya le dije que vendría. Me está esperando.

(*La Mujer de Pancho sale por el pasillo*)

CAPITAN.— ¿Ha visto usted ya a esos universitarios?

EMILIANO.— No, señor, todavía no he ido por ahí.

CAPITAN.— Aquí fuera está uno de ellos. (*Llamando fuera*) ¡Cabo! (*Aparece el Cabo, fusil en mano*) Dígale a. . . , no sé cómo se llama, al universitario ese, que pase.

CABO.— Sí, mi capitán. (*Mutis*)

(*Entra uno de los Universitarios. Al entrar enfunda su revólver. No lleva uniforme aún*)

UNIVERSITARIO 1o.— ¿Me llamaba usted, capitán?

CAPITAN.— Este es uno de ellos. ¿No se conocen?

EMILIANO.— No, señor, creo que no. (*Al Universitario 1o.*) De todos modos, encantado. (*Se dan la mano*) ¿De qué facultad es usted?

UNIVERSITARIO 1o.— Medicina. ¿Usted estudia también en la universidad?

EMILIANO.— Sí. Arquitectura.

UNIVERSITARIO 1o.— Con nosotros vino uno de arquitectura, Ricardo Fernández se llama.

EMILIANO.— Ah, sí, sí. ¿No es uno muy bajo, él?
UNIVERSITARIO 1o.— Sí.

EMILIANO.— Sí, lo conozco muy bien. Es de mi propio curso. ¡Conque está aquí Ricardo!

UNIVERSITARIO 1o.— Venía también otro de arquitectura, pero se regresó. ¿También usted se vino ahora con la revolución?

PANCHO.— No, no. No importa. El caso es que ciones. Vivo aquí. Me atrasé un poco, estalló la revuelta, supe que cerraron la universidad, y me quedé, claro.

s

(Entran Pancho y su Mujer por el pasillo. Su Mujer va al comedor, saca de ahí a las muchachas y se las lleva a la cocina. Pablo va detrás)

PANCHO.— Buenas tardes, capitán.

CAPITAN.— Buenas tardes, teniente. Le he traído a los prisioneros.

PANCHO.— ¿Cómo. . . ? ¿Aquí. . . ? ¿Ahora. . . ?

CAPITAN.— Sí. Pensé que entre más pronto salgamos de esto, mejor. Y como aquí estamos cerca del campo abierto. . . (*“Donde fusilarlos”, se entiende. Ve a la Mujer de Pancho que se lleva medrosa a las mujeres*) Ahora veo, sin embargo, que hice mal.

PANCHO.— No, no. No importa. El caso se que yo no creía que iba a ser inmediatamente.

CAPITAN.— Tenemos que apurarnos, teniente.

PANCHO.— ¿Ya recibió usted órdenes?

CAPITAN.— No. No me han llegado todavía. Pero tengo motivos para querer tenerlo todo listo esta misma noche. Y como no podemos andar en esto a media noche. . . , pensé que lo mejor sería hacerlo en seguida.

PANCHO.— Bueno, yo estoy listo.

CAPITAN.— (*Al Universitario 1o.*) Dígales que los pasen.

UNIVERSITARIO 1o.— Sí, mi capitán.

(El Universitario sale y al momento vuelve a entrar con el Cabo, los demás Soldados y los Prisioneros. Los prisioneros son cuatro: Mister Williams, alto, fornido, rubio; el Prisionero 1o.: alto, fornido, brusco; el Prisionero 2o.: delgado, nervioso; y el Prisionero Nacional: muy moreno, grotesco dentro del uniforme norteamericano)

MR. WILLIAMS.— ¡Conque estás aquí, Pancho!
¡Ahora me vas a decir lo que estás haciendo, mal-
agradecido!

PANCHO.— (*Casi rogándole*) ¡Cálmese, patrón!

MR. WILLIAMS.— ¡Qué patrón ni qué nada! ¡Estás despedido! ¡Me oyes? ¡Despedido! ¡Lárgate de mi tierra!

CAPITAN.— ¡Ese prisionero, cálese la boca!

MR. WILLIAMS.— ¡Váyase usted a comer mierda, you God dammed son of a bitch! —¡Pancho, respóndeme!

PANCHO.— (*Urgentemente, pero rogándole*) ¡Cálmese, patrón, cálmese, por favor!

MR. WILLIAMS.— ¡No! ¡No me voy a calmar!
¡Me vas a decir ahora mismo. . . !

(El Capitán le hace señas a uno de los Soldados y éste le da un culatazo en la cara. Mr. Williams cae bañado en sangre)

CAPITAN.— ¡Teniente, hágame usted el favor de guardar su puesto frente a los prisioneros, y sírvase pasarles la sentencia de una vez!

PRISIONERO 2o.— What's he gonna do to us?
(*Poniéndose histérico*) He's gonna kill us, aint it?
Oh, mamma! (*Lloriquea como un niño*)

PRISIONERO 1o.— Hold on tight, kid. Nothing
is gonna happen to us. They would'nt dare. But
quit that crying. You don't want these dogs see you
like this, do you? Get hold of yourself then.

(*Mr. Williams había caído casi inconsciente. Ahora procura incorporarse. Pancho lo mira, luego mira al Capitán, pero se decide al fin por ayudar a Mister Williams*)

MR. WILLIAMS.— (*Cargado de cristianismo*)
¿Por qué me tratan así, Pancho? Yo siempre me
preocupé. . .

PANCHO.— (*En voz alta, para convencerse a sí mismo*) ¿Esta es la revolución! ¿No comprende?
Y usted es mi prisionero. Vamos, levántese, que
se le va a juzgar. —Necesitamos un notario.

CAPITAN.— ¿Notario? ¿Para qué?

PANCHO.— (*Altanero*) ¿Para dejar constancia legal! ¿Soy yo el juez o no lo soy?

CAPITAN.— (*Arrepentido ya*) Sí, teniente; bueno.
—Cabo, haga el favor de servir de notario.

CABO.— ¿De no. . . , notario, yo?

CAPITAN.— Sí, de notario. Tenga. (*Le da un papel. Se busca una pluma o lápiz pero no lo tiene. Emiliano, sonriéndose de lo trágicamente cómico del espectáculo, le da la suya*) Escriba ahí arriba "ac-
ta" y luego lo que le dicte el teniente.

CABO.— Sí, mi capitán.

CAPITAN.— Porque sabe escribir, ¿verdad?

CABO.— ¡Sí, mi capitán! (*Lo ha dicho con tanto ardor que es evidente que no lo hace bien*)

PANCHO.— (*Enojado*) ¡No, no! ¡No escriba nada!

(*El Cabo le regresa el papel al Capitán y se guarda la pluma, pero Emiliano se la pide sonriéndole*)

PANCHO.— (*Al Prisionero 2o*) ¡A ver, usted! ¿Cuánto tiempo tiene de estar en este país?

PRISIONERO 2o.— (*Completamente histérico, a su compañero*) What does he want, Mack? What does he want of me? Tell him to leave me alone, Mack! Tell him to leave me alone! Please, Mack, please!

PRISIONERO 1o.— Keep quiet, you little yellow rat! Nothing is gonna happen to you! But you keep quiet or I'll knock your head off! (*Pero de todos modos lo abraza. A Pancho*) —No entender español. No entender.

PANCHO.— (*Desinflándose los bríos*) ¿Pero cómo voy a juzgarlos si no saben hablar español?

CAPITAN.— ¿Pero qué está haciendo usted? ¿Para qué necesita hablarles? ¡Se trata de sentenciarlos!

PANCHO.— ¡Ellos tienen que decirme cosas!

CAPITAN.— (*Por el uniforme de uno de los Prisioneros que agarra*) Mire usted, ¡esto!, ¿no le dice nada? ¿Y esto? (*Por la mano del Prisionero 1o. que coge por la muñeca. El Prisionero 1o. opone resistencia y hay un pequeño duelo en silencio que se prolonga. Vence el Capitán haciendo que el prisionero abra la mano*) ¿Y esto? ¿No le dice nada? ¡Estas son las manos que están estrangulando a nuestro pueblo! ¿Es que no las puede reconocer sólo porque les falta el látigo?

PANCHO.— (*La mira. Luego ve la del Prisionero 2o. Este, sin saber de qué se trata, abre su mano,*

la mira y se la muestra a Pancho. Pancho no puede dejar de sonreír con amargura y asiente) Nunca has hecho trabajo fuerte, ¿verdad?

PRISIONERO 2o.— ¿ . . . ? (*Pancho le dice con un gesto que la pregunta no tenía importancia*)

EMILIANO.— ¿Quiere que le ayude, papá?

PANCHO.— Ah, sí. Sí, hijo. Pregúntales que cuánto tiempo tienen de estar en este país.

EMILIANO.— (*Buena pronunciación*) How long have you been in this country?

PRISIONERO 1o.— (*Ordenándolo*) You ask me the questions, will you?

EMILIANO.— Very well. How long have you been here?

PRISIONERO 2o.— You speak English! God, I'm glad we found you! Tell these people we're innocent. We have'nt done anything. We're in the army, that's all.

PRISIONERO 1o.— (*Con dulzura*) Keep quiet, Henry, will you? Let me do the talking.

EMILIANO.— (*Al Prisionero 2o.*) Nothing is gonna happen to you. Don't worry. —How long, then?

PRISIONERO 1o.— Three months.

EMILIANO.— (*A Pancho*) Tres meses.

PANCHO.— Tres meses, ¿eh? ¿Los dos?

EMILIANO.— (*Al Prisionero 1o.*) Both of you? (*El Prisionero 1o. asiente con la cabeza*)

PRISIONERO 2o.— (*Con alegría, como si dijera una gran cosa*) Yeah, we came in the same boat. We've been together all the time, so, you see. . .

PRISIONERO 1o.— (*Perdiendo la paciencia*) Keep quiet, Henry, will you?

EMILIANO.— Sí, los dos. Vinieron en el mismo barco.

PANCHO.— Pregúntales que en cuántas batallas han participado.

EMILIANO.— How many combats have you been in?

PRISIONERO 2o.— (*Urgentemente, y haciendo gestos negativos con la cabeza*) None! None! Not even one! —Aint that true, Mack?

PRISIONERO 1o.— For the last time, keep quiet! —Four.

EMILIANO.— Cuatro.

CAPITAN.— (*Había permanecido ajeno a toda acción, contemplándola de lejos con una sonrisa sarcástica, amarga. Pero no resiste más*) ¿Cuántos hijos de usted pueden morir en cuatro batallas, don Francisco? Acribillados con ametralladoras, porque estos no usan machetes.

PANCHO.— (*Como si no lo hubiera oído. Con lentitud y precisión*) Emiliano, diles que ellos no tienen derecho a venir a invadir esta tierra así como así. Que nadie les cree ese cuento de que lo hacen por nuestro propio bien. Que esta tierra, este pedazo pobre de ella, es nuestro. Convéncelos. Que nosotros necesitamos un sitio en el mundo donde existir. Que se conformen con el que ya tienen. Díselo.

EMILIANO.— My fa. . . , the lieutenant tells me to tell you that you haven't any right to be here. This is our land, he says, and that you should stay out of it.

PRISIONERO 2o.— But we're in the army. We don't know anything about this.

PANCHO.— ¿Se lo dijiste?

EMILIANO.— Sí.

PANCHO.— Pregúntales si prometen no volver a coger más nunca un arma contra nosotros si los dejamos libres.

CAPITAN.— ¿Qué diablos está haciendo usted, so bruto?

PANCHO.— ¿Quién juzga a estos hombres, usted o yo?

CAPITAN.— ¿Es que puede usted creer en la promesa de estos canallas?

PANCHO.— ¡Le repito, capitán, si he de juzgar a estos hombres, será a mi manera!

CAPITAN.— ¡Sólo hay una manera, y es la de fusilarlos, o el corte del chaleco!

PANCHO.— Capitán, aquí quien da las órdenes es usted. (*Ordenándose*) ¡Ordéneme que los fusile! ¡Ordénemelo!

CAPITAN.— Me equivoqué con usted, don Francisco. Me equivoqué con usted. Usted lleva todavía las riendas puestas. Pero soy hombre de palabra. —¡Cabo!

CABO.— Sí, mi capitán.

CAPITAN.— Que se cumpla al pie de la letra la sentencia que el teniente juzgue conveniente.

CABO.— Sí, mi capitán.

CAPITAN.— Después me dará cuentas, t e n i e n t e. (*Inicia el mutis. Tropieza con uno de los Prisioneros y lo aparta violentamente*) —¡Paso, paso, ladrón de pobre! (*Mutis*)

PANCHO.— Pregúntales si prometen no volver a coger armas contra nosotros si lo dejamos libres.

EMILIANO.— Do you promise never to fight again against us. . .

PANCHO.— Y abandonar el país inmediatamente.

EMILIANO.— . . . , and to leave at once our country if we let you go free?

PRISIONERO 1o.— (*¡Por fin, servil!*) Yes, sir, yes sir!!!

PRISIONERO 2o.— Gee, thanks, thanks a lot! (*Se arrodilla frente a Pancho besándole las manos agradecido. Pancho vuelve a ver a mister Williams*)

PANCHO.— Nada de eso. Que se levante. Que se levante, dile. (*Se desprende a la fuerza*) Diles que se les cortará las dos orejas, y que como vuelvan

a caer se les reconocerá por eso y que entonces es otra cosa lo que les vamos a hacer. Explícales lo que es el corte del chaleco.

EMILIANO.— We're going to do a . . . , little mark on you. . .

PRISIONERO 2o.— Sure, anything, anything.

EMILIANO.— In case you fall again prisoner they will recognize you by that, and they will do you the "corte del chaleco". That is, the amputation of both hands and feet.

PANCHO.— ¿Les explicaste ya?

EMILIANO.— Sí. Lo del corte del chaleco, sí. Pero lo de las orejas les dije sólo que se les haría una marca. Para que no se asusten, papá, porque, en realidad, esta gente. . .

PANCHO.— Bueno, bueno. —¡Cabo! Les cortas las orejas y me los dejas libres.

CABO.— ¿Las dos orejas?

PANCHO.— No, con una a cada uno basta. Ahora pon atención. Me los encaminas a la montaña, para que no se pierdan, y puedan encontrar su campamento, pero antes (*Recalcando*) los paseas por todas las instalaciones militares del pueblo, pero como si porque estuvieran en el camino, ¿me entiendes?

CABO.— Sí, sí. Lo comprendo. Para que lo vayan a contar.

PANCHO.— Quiero que les cuenten a sus jefes que estamos bien fortificados.

CABO.— Sí, mi teniente.

PANCHO.— A ver, repíteme las órdenes.

CABO.— ¿Las órdenes?

PANCHO.— Sí, repítemelas. Son muy importantes.

CABO.— Pues que les debo cortar a estos prisioneros. . .

PANCHO.— ¡No, burro! A estos dos solamente. Ya te diré lo que harás con estos otros.

CABO.— A estos dos, que debo cortarles a cada uno una oreja, pasearlos por las instalaciones. . . ¿Las del cerro también?

PANCHO.— No, esas no. Sólo las que más o menos te queden por el camino, para que no se den cuenta de que lo hacemos a propósito.

CABO.— Pasearlos por las instalaciones, y luego soltarlos en el camino a la montaña.

PANCHO.— Sí, eso es. Si ves que en el camino Mister Williams, o éste, (*Por el Prisionero Nacional*) les quieren decir algo, cualquier cosa, les das un tiro ahí mismo.

CABO.— Sí, mi teniente. Pierda cuidado.

PANCHO.— A Mister Williams me lo encierras en el sótano de su casa. ¿Sabes cuál es?

CABO.— Claro que sí, mi teniente. Esta de madera que está aquí a la vuelta. (*Señala a la izquierda*) En todas partes es lo mismo, la más bonita del pueblo.

PANCHO.— Bueno, me lo encierras abajo. Ten, toma las llaves. (*Las descuelga de algún sitio bien visible. Es un llavero grande*) Ponle agua y algo de comer. —¿Recuerda, patrón, dónde nos metía usted cuando le daba la gana?

MR. WILLIAMS.— Nunca te metí a ti, Pancho. Eso es para los peones.

PANCHO.— Mi padre fue peon. Se vengan los muertos, Mister Williams. —Poca agua y poca comida. Y me vuelves a traer las llaves. Pon a alguien que vigile, por si alguno quiere administrar justicia más rápidamente. Y a éste. . . (*El Prisionero Nacional*) —Emiliano, hazle las mismas preguntas.

EMILIANO.— ¿Cuánto tiempo tienes de estar sirviéndole a los yanquis?

PRISIONERO NACIONAL.— Un mes, patrón. Mas o menos. Quizás dos. (*Sonríe*)

PANCHO.— ¡No, no! ¡Pregúntaselo en inglés!

EMILIANO.— ¿En inglés?

PRISIONERO NACIONAL.— Yo soy de la costa, patroncito.

PANCHO.— Sí, en inglés.

EMILIANO.— Bueno. —How long have you been in the army?

PRISIONERO NACIONAL.— ¿Mmm? Mi no spiki inglich, patroncito. (*Hablando despacio, como si Emiliano fuera yanqui*) Yo ser de costa. . . , pescador.

EMILIANO.— Sí, hombre, sí. —¡Papá. . . !

PANCHO.— (*Haciendo alusión al uniforme*) ¿Por cuánto has vendido a tu patria, Judas? (*No contesta. Con buenos sentimientos*) ¿Cuánto te pagan los yanquis?

PRISIONERO NACIONAL.— (*Con una sonrisa grande e inocente*) Pagan bien. ¡Dólares! Y este invierno pasado, con las aguas, no se pudo hacer nada. Y yo tengo cinco hijos. Y. . .

PANCHO.— Y a éste me lo pasas por las armas. Llévatelos ya. —Anda, hijo. . . , que te fusilen. (*El Prisionero Nacional no acaba de comprender. Se sonríe como un imbécil*)

CABO.— ¡Vamos, andando! (*Inician el mutis*)

PANCHO.— Y cuidado con que estos dos. (*Mr. Williams y el Prisionero Nacional*) les hablen a estos.

PRISIONERO 2o.— Good by, good by. And thanks a lot.

PRISIONERO 1o.— Come on, kid, come on.

PANCHO.— Ah, mire, cabo. . . (*Lo interrumpe su Mujer que aparece por la cocina*)

MUJER DE PANCHO.— ¡Emiliano, anda corriendo a avisarle al doctor que venga enseguida!

PANCHO.— ¿Qué pasa?

MUJER DE PANTO.— María, que se ha puesto mala de pronto. —¡Vaya corriendo, hijo! (*Emilia no sale rápidamente*)

PANTO.— Ah, ésa. (*La Mujer de Panto se vuelve a meter. Al Cabo*) —Les quitas antes las botas y se las das a esos universitarios. Quizás les queden bien.

CABO.— Sí, mi teniente.

(*Mutis de todos menos Panto. Inmediatamente salen por la puerta de la cocina la Mujer de Panto, Margarita y la Criada. Van ayudando a María. Se dirigen a la puerta del lateral derecho. Panto les da la espalda friamente y sale por el pasillo. Cae el*

TELON

SEGUNDO ACTO

El mismo escenario, unas seis horas más tarde. Afuera ha anochecido ya.

(Al subir el telón se ve a Pablo por ahí, visiblemente nervioso. Después de un rato se asoma la Criada por la puerta del lateral derecho, de la que tan pendiente está Pablo)

CRIADA.— Dile a Margarita que se apure, Pablo.
(Vuelve a meterse cerrando la puerta)

PABLO.— *(Va a la puerta de la cocina y desde ella dice)* Que te apures, Margarita.

MARGARITA.— *(Su voz)* Sí. Sí. Ya está.

(Sale la Viuda por la puerta del lateral derecho y atraviesa la escena rumbo a la cocina)

VIUDA.— Yo no sé qué le pasa a esta muchacha.
!Margarita!

(Margarita sale de la cocina con una cacerola grande de agua)

MARGARITA.— Ya está, mamá. Es que no quería hervir.

PABLO.— (*Quitándole la cacerola que debe pesar*)
A ver. Dame.

VIUDA.— Cuidado con derramarla. Cuidado. Si no fuera por mí, que tengo tanta experiencia en estas cosas, no sé qué hubieran hecho ustedes. Dame, que ustedes no pueden entrar.

MARGARITA.— ¿Alguna otra cosa, mamá?

VIUDA.— No. No. Ya te diré. (*Entra y cierra la puerta*)

MARGARITA.— ¿Has visto cómo está mi mamá de cambiada? Parece mentira. Nunca la había visto así, tan activa. Parece otra persona. Ahora me doy cuenta de que lo que le faltaba era una ocupación. . . , algo. . . , cualquier cosa, para sentirse necesaria. Así debió ser antes. ¿No te has dado tú cuenta, Pablo?

PABLO.— Sí. Creo que sí. (*Regresa rápidamente al pensamiento que lo obsesiona*) Ya tiene horas de estar ahí, y todavía nada. Ni siquiera se queja, como dicen que hacen.

MARGARITA.— A veces duran días, dicen.

PABLO.— Ya tiene más de seis horas de estar ahí. Y nadie dice nada.

MARGARITA.— ¿Qué quieres que digan? Ten paciencia.

PABLO.— Y ese doctor. ¿Cómo vas a creer tú que la examine esta tarde y no se dé cuenta?

MARGARITA.— Estas cosas son de un momento a otro. Así pasa muchas veces.

PABLO.— No sabe nada ese tipo. Te aseguro que no sabe ni una palabra de medicina.

MARGARITA.— ¿Qué dices?

PABLO.— Ese doctor, no sabe nada. Puede hasta matar a María.

MARGARITA.— No digas eso del doctor. Sabe mucho. Ya ves lo que dicen de él.

PABLO.— Si sabe tanto, ¿por qué se ha venido a meter en un pueblo como éste? No sabe nada, te digo. ¿Tú crees que si fuera tan buen médico como dicen, no se hubiera ido hace tiempo a la capital?

MARGARITA.— (*Alguna caricia*) Anda, Pablo, cálmate. Ya te quiero ver el día que te cases y tengas un hijo.

PABLO.— ¡Si todo fuera normal! ¡Si estuviera casada María! ¡Si por lo menos supiéramos quién es el hijue. . . , el maldito ese. . . !

MARGARITA.— Sería lo mismo, Pablo. Exactamente lo mismo.

PABLO.— ¿Cómo puedes decir eso, Margarita? Ella piensa en él ahora. Ella está pensando en él, ahora mismo. Lo está mirando. Yo mismo, con algún esfuerzo, lo podría ver quizás. . . (*Se restriegga los ojos: había estado esforzándose*)

MARGARITA.— No lo tomes así, Pablo. Ella no tiene culpa. Ya ves cómo tu papá, y hasta Emiliano, le guardan rencor. No seas tú como ellos.

PABLO.— No, si no le guardo rencor. Ni creas que se lo guarda el viejo. No está durmiendo, como dice. Lo vi cuando entré a buscar las sábanas. Estaba sentado, fumando. Ni siquiera se dió cuenta de que entré.

MARGARITA.— Pobrecito tu papá. Tantas cosas últimamente. La guerra, ese pobre hombre que mandó a matar. . . Y ahora lo de María. ¿Por qué no te vas a hablarle?

PABLO.— No, no conviene. Me pegaría un grito. Ha prohibido que se hable de María. Milagro que no la botó de casa.

MARGARITA.— Tú lo quieres mucho, ¿verdad?

PABLO.— Es que nos parecemos. Somos muy parecidos, y yo sé todo lo que no dice. Es por eso que yo sé que él sufre. . . , que vive. . . , mucho. Cuando regresa a casa de noche, fumando. Cuando le da

una palmada a su caballo. Cuando se va a acostar. Mamá también debe saberlo. Pero ellos no hablan de estas cosas.

MARGARITA.— ¿Y tú también sufres, Pablo?

PABLO.— No. Sí. Es decir, no te lo podría decir.

MARGARITA.— Parece mentira, Pablo, que no me tengas confianza.

PABLO.— Sí te tengo confianza. No es eso. Fíjate todo lo que te he dicho ya. Lo que pasa es que. . . Yo no sé hablar. A veces quisiera ser mudo del todo, y hablar por señas. Me explicaría mejor, quizás. (*Pausa. Vuelve los ojos a Margarita con una mirada tal que hace evidentísima la mudéz a la que se refería*) ¿Ves?

(*Entra Emiliano, todo sonreído, por la puerta principal*)

EMILIANO.— Ya van a fusilar al vendepatria ese. (*Pausa. A lo lejos, una descarga cerrada. Transición. Le han dado en todo el alma a Emiliano*) Ya, se acabó. ¡No se dan cuenta! ¡No se dan cuenta, los muy imbéciles! (*Un tiro aislado —el de gracia— a lo lejos*) Si lo hubieran visto ustedes. Iba como si nada. Su último deseo fue orinar. No les cuesta morir, no tienen raíces aquí en la tierra. No pierden nada muriéndose. Pero no se dan cuenta. Anda explícales, anda a señalarles el verdadero frente de batalla y verás lo que te dicen. ¡Imbéciles! ¡Imbéciles!

MARGARITA.— ¡Ch. . . !, Emiliano. No dejes que te oigan hablar así.

EMILIANO.— Pero es que yo quiero saber qué es lo que van a sacar de toda esta matanza. ¿Por la patria? Patria es otra cosa. Ojalá que ganen, eso es lo que les deseo, para ver si entonces se dan cuenta.

MARGARITA.— Yo tampoco creo que sea cristiano derramar tanta sangre, pero dicen que después tendremos una vida más decente, el indio sobre todo. Que tendremos escuelas.

EMILIANO.— ¿Y qué van a enseñar en esas escuelas? Van a enseñarles a leer a los indios para que puedan leer esos libros escritos por los europeos. Van a leer novelas de europeos donde se pinta a la mujer y la vida europea. Y después de leer eso se van a ir a acostar con sus mujeres y las van a comparar, y ellos mismos se van a comparar. Se les va a caer la cara de vergüenza.

PABLO.— Déjate de estar haciendo tanta bulla, tú. Hay que ser desconsiderado para estar hablando de tonterías, mientras está María ahí.

EMILIANO.— (*Buenos sentimientos*) ¿Qué? ¿Todavía sigue eso?

MARGARITA.— Sí.

EMILIANO.— Bueno, hay veces que. . .

PABLO.— (*Rudo*) Sí, hay veces que duran días. Ya se sabe.

EMILIANO.— Bueno, pero, ¿qué te pasa a ti?

MARGARITA.— Déjalo, Emiliano. Está muy nervioso. Todos estamos muy nerviosos estos días.

EMILIANO.— ¿Todavía sin novedad?

MARGARITA.— Ni siquiera se ha quejado todavía.

EMILIANO.— Ni se quejará. María es muy valiente para estas cosas. Así es el indio.

MARGARITA.— No la llames india, Emiliano. Es tu propia hermana.

EMILIANO.— No. Si no lo digo en sentido peyorativo. . . Quiero decir, no lo digo por insultarla. Además, yo me considero indio también, claro. (*Sonriéndose*) Porque es lo que somos, Margarita.

MARGARITA.— Pero no hay necesidad de andar-lo diciendo.

EMILIANO.— ¿Y para qué vamos a callarlo?

MARGARITA.— No sé. Está feo decirlo.

EMILIANO.— Lo único que yo decía es que el indio es muy reservado. No se queja nunca. No habla.

MARGARITA.— Eso sí, no habla. Ya ves cómo, María misma. . .

EMILIANO.— Tiene su motivo. No lo de María, lo del indio. No habla porque no sabe cómo. Le faltan palabras, o mejor, no se ha atrevido a nombrar sus cosas. Supongo que le dará vergüenza.

MARGARITA.— (*Mirando a Pablo, que está de espalda*) Sí. Eso es. Eso es, Emiliano. Yo también lo creo así.

EMILIANO.— ¡Vaya! La primera persona inteligente que me encuentro en el pueblo. Pues anda explícale al capitán que lo que tienen que conquistar primero es un idioma y verás lo que te dice. ¡Claro, eso no se conquista a punta de machete! Y no te comprenderán. Al indio hay que darle tierra, patria, dicen. Y creen que tierra, que patria, es eso donde pasta el ganado.

MARGARITA.— Entonces tú no eres indio, Emiliano. Tú hablas muy bien. No eres como nosotros.

EMILIANO.— Se puede decir que hay dos Emilianos, Margarita. Uno de ellos. . . , pues sí, habla bien. Ha ido a la universidad, ya casi es arquitecto, prepara, preparaba, más bien, una tesis sobre la arquitectura griega, ha leído libros. . . Pero hay otro. . . , que todavía vive. El que te interesa a ti conocer, por cierto. Ese, no. No habla. No puede. Es como Pablo. Yo lucho por él, aunque me cueste la vida. . . , la del otro. Es una especie de suicidio, porque el que lucha es el que dices que habla bien. Y ya en esto mismo deberían ver la trágica situación del indio, que no sabe ni defenderse, que está contento ahí, revolcándose en el lodo. (*Transición*) Estoy hablando tonterías.

(Entra el Capitán. Ha oído la última parte de lo que decía Emiliano)

CAPITAN.— Buenas noches.

MARGARITA y EMILIANO.— Buenas noches.

CAPITAN.— Sí, sí. Habla tonterías. El indio no está contento revolcándose en el lodo. Eso creo que lo hemos dejado bien claro con nuestra guerra.

EMILIANO.— Lo que yo quería decir, capitán, es que todas las veces que los escritores han perorado sobre el indio, lo han hecho desde el punto de vista europeo. Y desde ese punto de vista no se verán nunca las verdaderas necesidades del indio. Es el indio mismo quien tiene que hablar. Hay que enseñarle a hablar, pues. No. Hay que enseñarle a ser, a que se atreva a ser, y que lo diga.

CAPITAN.— *(Dándose palmaditas cariñosas en la pistola)* El indio ya habla, amigo. Y su aliento huele a pólvora. Pregúntele aquí a su hermano si sabe o no hablar. Yo lo oí el día que tomamos el pueblo. —¿Eh, amigo? *(Pablo vuelve a ver a Margarita. No contesta)*

EMILIANO.— ¡No! ¡Que no! ¡Que no es eso!

CAPITAN.— *(Perdiendo la paciencia pero sonriendo aún)* Bueno, no esté usted perorando, como usted mismo dice, y hágame el favor de llamar a su padre.

EMILIANO.— *(A Margarita)* ¿Ves? —Sí, señor. Enseguida.

MARGARITA.— Está en su cuarto.

(Mutis de Emiliano por el pasillo. Pablo va hacia Margarita y se la lleva al comedor)

PABLO.— Con su permiso, capitán. *(El Capitán asiente)*

(Después de un rato, que distrajo el Capitán examinando el diploma, etc. . . , entran Pancho y Emiliano)

CAPITAN.— Buenas noches, teniente. Vengo a pedirle disculpas.

PANCHO.— Buenas noches, capitán. Tome usted asiento.

CAPITAN.— No, así estoy bien, gracias. *(Busca cómo comenzar el discurso, no puede y lo disimula sentándose después de todo)*

PANCHO.— ¿Quiere tomarse una taza de café?

CAPITAN.— No, gracias. Vine sólo a pedirle disculpas por lo de esta tarde.

PANCHO.— No se preocupe. No tiene importancia.

CAPITAN.— No había comprendido su juego. Muy inteligente, muy estratégico, don Francisco. Lo felicito.

PANCHO.— No tiene importancia.

CAPITAN.— ¿No tiene importancia, dice? Pues son jugadas como ésas las que hacen a un buen oficial. No comprendí su juego al principio. Pensé que no los quería fusilar porque le dieron lástima. Después me contó el cabo su orden de pescarlos por las instalaciones militares antes de soltarlos, para que se lo cuenten a sus jefes, lo que han visto, y no se atrevan a atacar. ¿Eh?

PANCHO.— Sí. Por lo menos si se va usted.

CAPITAN.— ¡Magnífico juego! ¡Magnífico! Sí, me voy. Ha llegado ya la orden. Pero no creo que corran ustedes peligro con esa idea de usted. De todos modos le dejaré los hombres que le prometí. Pero pueden ustedes estar tranquilos. Ya saben, si los atacan, que es un simulacro, con el fin de entretener nuestras fuerzas aquí. ¡Si supieran! ¡Magnífica jugada! ¡Magnífica! ¡Duro con los que le manden, don Francisco! ¡Duro! Serán cuatro chichipates nada más.

PANCHO.— No se preocupe.

CAPITAN.— No olvide usted la importancia estratégica de este pueblo. . .

PANCHO.— Sí. Y hay una cosa que quería decirle, sobre nuestra situación.

CAPITAN.— De eso le hablo, precisamente, de la situación estratégica de este pueblo.

PANCHO.— No. Lo que quiero decir es nuestra situación. . . interna. Estas dos semanas de ocupación han agotado todos los granos, y el hambre cundirá dentro de poco.

CAPITAN.— Sí. Ya me había dado cuenta.

PANCHO.— Yo quería decirle que pienso poner a esos hombres que me dejará a trabajar el campo.

CAPITAN.— ¡Magnífico! ¡Magnífico! Es la gran solución. Yo comprendo, don Francisco, los grandes sacrificios que tenemos que hacer en aras de esa libertad a la que aspiramos. Me alegro que también usted lo vea así. Ha habido muchos pueblos que no lo han podido comprender. Nos llaman langostas, plaga, y no sé cuántas cosas más. Son los malos patriotas. Me alegro de haberlo encontrado a usted en este pueblo. Ya sabe lo que para nosotros significa. Es el puente entre nosotros y el norte.

PANCHO.— Le dije ya que se podía ir tranquilo, capitán. No me quitarán mi pueblo.

CAPITAN.— Con que lo logre retener por un corto tiempo. Estoy seguro de que mi general destinará tiempo. Estoy seguro de que mi General destinará esta misma semana, quizás.

PANCHO.— Y ustedes, ¿cuándo se van?

CAPITAN.— De aquí a una hora estaremos fuera. Tengo a mis hombres bien adiestrados en abandonar el campo rápidamente. Quiero que me acompañe para presentarlo oficialmente a los hombres que dejaré.

PANCHO.— Bueno.

CAPITAN.— Debo advertirle que ya los tiene muy bien impresionados con el fusilamiento del vendepatria.

PANCHO.— (*Sin darle importancia*) Ah, eso. . .

CAPITAN.— (*Iniciando ambos el mutis*) Es que nos había desconcertado un poco con su primera actuación. Así, de golpe, no vimos su juego, y eso de perdonar a los yanquis y matar a uno de los nuestros. . . Ah, por cierto, don Francisco, no me ha dicho todavía lo que piensa hacer con el antiguo patrón. . . , Mister Williams, creo que se llama.

PANCHO.— Ya está pagando. No se preocupe por él. Lo tengo a dieta de campesino. Quiero ver hasta dónde va a resistir.

CAPITAN.— ¡Muy bien! ¡Muy bien! Sin embargo yo creo que sería mejor matarlo de una vez, por si las moscas, ¿sabe usted? Y esto de alimentar víboras con la situación mala. . .

VIUDA.— (*Asomándose por la puerta*) ¡Margarita, trae más agua! (*Al no verla*) ¡Margarita!

CAPITAN.— Ah, se me olvidaba, don Francisco. Supe que su hija había comenzado a dar a luz. ¿Está bien?

PANCHO.— (*Se interesa profundamente por un momento en su hija, mirando a la Viuda, pero se empuja fuera del interés*) Vamos, capitán, vamos. Aquí no pasa nada. (*Salen*)

VIUDA.— ¡Margarita!

EMILIANO.— ¿Qué quiere que le traiga, señora, el agua?

VIUDA.— Sí. Ve a traerla, Emiliano.

MARGARITA.— (*Entrando por el comedor*) Sí, mamá, ya va.

VIUDA.— Trae más agua. Y no te vuelvas a separar de la puerta. (*Se vuelve a meter cerrando la puerta*)

(Margarita va a la cocina, inmediatamente sale de nuevo y va a la puerta del lateral derecho, desde donde, sin abrirla, dice)

MARGARITA.— No ha hervido, mamá. No ha hervido. *(Espera una contestación que no le llega)*

(Pablo entra por la puerta del comedor y va hacia Margarita, pero al verla acompañada de Emiliano se arrepiente y sale por la cocina)

MARGARITA.— ¡Cómo quisiera que pasara ya esta noche! Que pasara ya todo esto y que volvieran a ser las cosas como antes. Como cuando éramos niños, ¿recuerdas?

EMILIANO.— Sí, sería bonito.

VIUDA.— *(Asomándose de nuevo)* Margarita, ¿qué pasó con el agua?

MARGARITA.— Es que no ha hervido, mamá.

VIUDA.— No importa, tráela de una vez. Y pon más. *(Se mete)*

(Margarita va a la cocina. Al rato vuelve a salir, con Pablo delante de ella, llevándole el agua. Margarita toca a la puerta, la Viuda abre y coge el agua)

MARGARITA.— Sí hirvió, mamá. Acaba de hervir ahora mismo.

(Pero la Viuda no alcanza a oírla porque ha vuelto a cerrar la puerta inmediatamente. Pablo regresa a la cocina)

MARGARITA.— Gracias, Pablo. (*Gesto de Pablo que no, sin darle la cara. Hace mutis*)

EMILIANO.— ¡Qué chasco el del doctor! ¡Examinarla esta misma tarde y no haberse dado cuenta!

MARGARITA.— Eso es lo que dice Pablo. El no cree que sea buen médico.

EMILIANO.— ¿El doctor? Pablo es un tonto. El doctor es muy competente. Es su profesión al menos.

MARGARITA.— Y siendo así tan bueno, como dices tú, ¿por qué no se ha establecido en la capital, o en algún pueblo más grande?

EMILIANO.— Ustedes no conocen la capital.

MARGARITA.— Yo la conozco bien. He ido con mamá muchas veces.

EMILIANO.— Sí, pero no han vivido allí y no se han dado cuenta de una cosa. Aquello es un mundo diferente a éste. Allá se está muy cerca de la civilización. Al menos se vive con sus normas. Y esas normas pueden ser difíciles. Uno puede no encajar con ellas. Uno puede no ser aceptado.

MARGARITA.— ¿Tú crees que es eso lo que le ha pasado al doctor? (*Gesto de ignorancia de Emiliano*) No creo. El doctor es. . . muy civilizado, como dices tú. Siempre anda vestido de saco. Con este calor.

EMILIANO.— (*Satírico*) Por mucho que el mono se vista de hombre, sigue siendo mono.

MARGARITA.— No digas eso. Está feo.

EMILIANO.— No lo digo por él. Sí, aquí se ve muy bien. Pero a lo mejor allá no.

MARGARITA.— ¿Pero por qué no? Allá todo el mundo viste así.

EMILIANO.— No hablemos de esto, Margarita. Por favor.

MARGARITA.— Todo el mundo está cansado con tanta cosa, tantas preocupaciones.

EMILIANO.— Y todavía falta la grande. Ya verás. Espera a que empiece el hambre para que veas cómo se van a poner las cosas. Y ése será sólo el principio. ¿Qué diablos va a hacer esta gente con el ingenio de Mister Williams? Lo único que van a lograr es echar a perder toda la maquinaria. Si es que no se mueren de hambre antes, si es que no nos morimos todos. Pobres inocentes. Ven que al patrón le va muy bien con sus cañaverales y dicen: “Si la tierra les da azúcar a ellos, ¿por qué no a nosotros?” No se dan cuenta de que hay que cultivar la tierra para eso, que hay que ganársela antes. En el fondo de toda esta revolución lo único que hay es la pereza del indio.

MARGARITA.— ¿Qué piensas hacer cuando termine?

EMILIANO.— No lo sé todavía. Es decir. . . No, no lo sé.

MARGARITA.— ¿Regresarás a la capital, no es cierto?

EMILIANO.— No, allí no. No quiero regresar más nunca. Mucho más adelante, quizás, si todo sale bien.

MARGARITA.— ¿Pero por qué? Tienes que terminar tu carrea, establecerte allí. Tú no naciste para trabajar el campo.

EMILIANO.— (*Satírico*) Tienes muchas ganas de vivir en la capital, ¿eh, Margarita? Porque sabes que te casarás conmigo.

MARGARITA.— Yo no nací para vivir en la capital, Emiliano. Ahí las mujeres son muy elegantes. Deberías escoger entre ellas.

EMILIANO.— (*Satírico, cruel*) Sí, desentonarías, desde luego. (*La mira, sonriéndose con burla*) Ahí nadie usa trenzas, ¿sabes?

MARGARITA.— ¿Qué te pasa, Emiliano? A veces eres de una forma, y otras, tan distinto. Esta misma tarde, por ejemplo. Te burlas de mí como si fuera yo. . . No sé.

EMILIANO.— (*Le quita la cara. Con profundo sentimiento*) No debí haber ido a estudiar, Margarita. No debí haber salido nunca de mi pueblo. Las cosas serían como antes. Ahora veo las cosas diferentemente y no como yo quiero, no como antes. Me han puesto anteojos y con ellos veo las cosas de aquí, del campo, a mi mamá, a mi papá especialmente, a mí mismo. . . Las veo distinto. Ya no como antes. Tengo otras medidas, otros valores, otros ojos. Es por eso por lo que no me llevo bien con mi familia. Mi grotesca, mi fea, mi ridícula familia.

MARGARITA. Pues quítate esos anteojos que dices. Lávate los ojos, las cosas aquí. . .

EMILIANO.— No he dicho anteojos. He dicho alma. ¿Quieres que me la quite? Esa va a resultar ser la única solución.

MARGARITA.— No por mí, Emiliano, porque supongo que me verás de la misma manera, pero por tu familia. Todos te quieren mucho.

EMILIANO.— (*Mirándola*) Sí, Margarita, también a ti.

MARGARITA.— ¿También a mí me ves grotesca, ridícula, y. . . , y. . . ?

EMILIANO.— Y fea. ¿Qué culpa tengo yo? (*Con ganas de llorar*) ¡Grotesca! ¡Horrible! ¡Cómica! ¡Ridícula!

(*Pablo entra. Se conoce que había estado espiando*)

PABLO.— Oye, ¿qué te pasa a ti? ¿Te has vuelto loco?

EMILIANO.— No te metas en lo que no te importa.

Este asunto es entre ella y yo. ¿Y desde cuándo andas tú espiando a la gente?

PABLO.— ¡Pídele perdón por lo que acabas de decir, bestia! ¡Pídele perdón o te machaco la cabeza!

(Margarita, llorando, ha ido a parar a los brazos de Pablo)

EMILIANO.— Ah, váyanse a comer caca. *(Sale por la puerta principal doblando hacia la derecha)*

PABLO.— No le hagas caso, Margarita. Ese tipo está loco. Yo no sé cómo tú te puedes haber fijado en él, tan patán.

MARGARITA.— El antes no era así.

PABLO.— ¿Y tú crees que sólo porque ahora es universitario tiene derecho a venir a maltratar a la gente? Es un patán, te digo.

MARGARITA.— Es que allá se aprenden muchas cosas, como dice él. En la universidad. Distinguen lo bonito de lo . . . feo. De lo ridículo. Tú lo oíste.

PABLO.— ¿Pero qué tiene que ver eso contigo?

MARGARITA.— No sé. Mis trenzas. Mi cara. Mi manera de ser. Supongo.

PABLO.— ¿Tus trenzas? ¿Qué tienen de malo tus trenzas? Son. . . muy bonitas. Yo recuerdo que una vez María te las cortó. Estaban jugando a barberos. ¿Recuerdas? Yo creo que te las cortó de envidia.

MARGARITA.— *(Casi sonriéndose)* Eramos niñas.

PABLO.— *(Alegre al ver que Margarita se ha recuperado)* Así me gusta verte, alegre, bonita. No le creas a ese tipo. Eres. . . la muchacha más bonita del pueblo. Tú sabes eso. Te eligieron una vez reina del carnaval.

MARGARITA.— Emiliano conoce a las muchachas de la capital. Y él me compara, y sabe lo que dice, y cómo deben ser las mujeres. Es culto.

PABLO.— No le hagas caso a ese patán. Eres. . . la más hermosa de las mujeres.

(Se oye, fuera de escena, la risa de Emiliano, luego aparece por la puerta principal, riéndose a carcajada suelta. Lo ha oído todo)

EMILIANO.— ¡Ja, ja, ja. . . ! ¡La más hermosa de las mujeres! ¡Eso sí que está bueno! —¡Qué imbécil eres, hermano! —¡No te dejes engañar, tonta, eres fea! ¡Fea! ¡India! ¡Mona grasosa! ¡Ja, ja, ja. . . !

(Margarita, abochornada, sale corriendo por el pasillo. Pablo la sigue, como para ir a consolarla, pero entonces se abre la puerta del lateral derecho y se asoma la Viuda)

VIUDA.— Margarita, tráeme. . . *(Ve que no está)*
—Pablo, tráeme esas toallas que están en el comedor.

PABLO.— Enseguida, 'señora. *(Sale. La Viuda vuelve a cerrar. Regresa con las toallas, golpea en la puerta y las entrega)*

EMILIANO.— *(Con dolor)* Déjame que te explique, Pablo.

PABLO.— No me vuelvas a dirigir la palabra si no quieres que te machaque la cabeza.

EMILIANO.— En realidad yo quiero a Margarita. Se lo he dicho muchas veces. Pero eso no quita para que yo le diga la verdad.

PABLO.— Tú sabes mucho. Eres un sabio, sólo porque te has pasado cinco años emborrachándote en la capital.

EMILIANO.— Estamos en un aprieto, Pablo, y ella no lo sabe. Nadie parece saberlo. Y es necesario que nos demos cuenta. Hoy más que nunca es necesario. Mira, conocí a un muchacho en la capital. El era blanco, ¿sabes?, de origen alemán, emigrante. Una vez le fue mal en un asunto, y eso lo puso muy triste. ¡Atiéndeme! Yo lo sé porque era muy amigo mío. Esa noche no durmió, se fue a caminar por las calles o qué sé yo. Después lo vi, me lo encontré al amanecer, por casualidad. El no me vió, claro. Yo venía de casa de un amigo, de estudiar. . .

PABLO.— ¡De estudiar. . . !

EMILIANO.— (*Furioso*) ¡Bueno, de emborracharme, como quieras! (*Vuelta*) Y me lo encontré al amanecer sentado en un banco frente al malecón, viendo el amanecer, y tenía la cabeza inclinada, así, de manera que parecía como si la tuviera recostada en algún hombro. Pero no había nadie allí. Solamente amanecía. Era una aurora hermosísima, un amanecer rubio, respirando despacio un viento fresco, un aliento puro, casi divino. El era blanco, claro. Yo no dije nada. No me vieron. Pero me vi mis manos (*Viéndoselas*) negras, feas, y me di cuenta de que aquello todo no era para mí, aunque espiritualmente lo necesitaba. Ellos mismos me enseñaron a necesitarlo, en la universidad, en los libros. Yo no dije nada, como te digo. Después lo vi a él, a la hora del almuerzo. Comíamos en la misma pensión. Estaba tan bien como siempre. Completamente consolado. Ahora bien, Pablo, cuando a mí me vaya mal en algún asunto, ¿quién me va a consolar? O cuando a ti, o a Margarita. Nuestra raza entera. ¿Comprendes ahora? Si yo no digo que esta tierra no es nuestra, yo lo que quiero decir es que el mundo entero no lo es, el mundo espiritual, claro, porque es ése en el que se vive. Y somos

mal vistos allí, porque somos indios, feos, desproporcionados. Espiritualmente, claro. Y físicamente también, pero eso no es tan importante. No, no, sí lo es, claro que lo es. El caso es que no respondemos a esas medidas. A mí me duele decírselo a Margarita, porque la quiero, la quiero querer con todo el corazón. Pero se me resiste. Por eso yo no quería que el hijo de María fuera así, como nosotros, por eso le abrí la puerta a Mister Williams aquella noche, para que ese muchacho sea blanco, pero a carta cabal, en cuerpo y alma, y cuando le vaya mal en algún asunto. . . En fin, para que pertenezca y pueda recortar su hombro. . . , su cabeza, quiero decir. . .

PABLO.— (*Desde que oyó la monstruosidad se le crisparon las manos*) ¡Qué hombro ni que hombro! ¡Qué fue lo que dijiste de María?

EMILIANO.— Estamos en un aprieto. Ustedes no se dan cuenta del aprieto en que estamos.

PABLO.— ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Háblame de lo de María!

EMILIANO.— Ahora mismo, en Europa, se está en un punto donde podríamos engranar nosotros. Nunca estaremos más cerca de ellos que ahora. Una serie de coincidencias en arte, en religión, en todo. Es como si la historia nos hubiera venido a buscar. Aún hay un abismo, pero franqueable. Es la gran oportunidad. Con un poco de esfuerzo y de talento, pero del verdadero esfuerzo, del verdadero talento, no de la fuerza bruta ni del talento militar de papá. . .

PABLO.— ¡No! ¡Háblame sobre lo de María, o te machaco el cráneo ahora mismo!

EMILIANO.— ¡Si es sobre eso de lo que te estoy hablando! Yo antes creía que sólo a través del mestizaje, que sólo cruzándonos, hasta perder todos nuestros rasgos, los físicos y los no físicos, colán-

donos clandestinamente, es que podríamos entrar en ese mundo, del que ya nos llaman, Pablo, donde incluso nos necesitan ¿Entiendes? A mí me ofrecieron una beca para París, pero no la quise. Porque si vamos a ir allá, no quiero que sea como extranjeros, para que nos avergüensen, para que nos humillen. Ahora comprendo que ése no es el camino, lo comprendo. . . intelectualmente. Pero esto de comprender no tiene mucho valor. Hay que sentirlo. Y yo, Pablo, sentimentalmente, después de aquello. . . No puedo. . . No puedo, aunque quiero y comprendo. . . (*Al borde del llanto*) Oh, Pablo, yo sé que hablo torpemente, que no me expreso con claridad, como quisiera. Es que es el indio el que te está hablando. Oyeme esto nada más: estamos en un aprieto, como si. . . (*Pablo le da un golpe imprevisto en la nuca y lo derriba*)

PABLO.— No. Cuéntame eso, de que le abriste la puerta a Mister Williams.

EMILIANO.— (*Levantándose*) El año pasado. Durante mis vacaciones. ¡Pablo, yo creía en ese tiempo que sólo a través del mestizaje. . . ! Ahora sé que estaba equivocado. Una noche le abrí la puerta. Habíamos quedado en eso. Tú y papá habían salido del pueblo. Ya sabes cómo duerme mamá. De todos modos, se quitó los zapatos. Los dejó ahí, luego entró, supongo. . .

(Pablo había seguido con los ojos el trayecto que Mister Williams hiciera. Cuando llega a la puerta, ésta se abre lentamente y por primera vez se oye un gemido largo, casi un grito, de María. Alguien vuelve a cerrar la puerta desde dentro)

PABLO.— Ella lo está mirando ahora. Y a tí también, te está mirando. Y yo también, Emiliano.

Eso, ahí, eres tú. Por fin te puedo ver.

EMILIANO.— Esos gritos son normales. Incluso creo que hasta hacen bien.

PABLO.— (*Empujándolo*) Ven, vamos afuera.

EMILIANO.— ¿Para qué? (*Bien que lo sabe, sin embargo*)

PABLO.— Ven para afuera, te digo.

EMILIANO.— ¿Qué te pasa, Pablo? Te he dicho que sé que hice mal.

PABLO.— ¡Ven! Vamos afuera.

(Una vez afuera, se les ve pasar por una de las ventanas y detenerse. Sólo se puede ver a Pablo. Este levanta el puño y lo deja caer pesadamente varias veces donde se supone está la cara de su hermano. Emiliano cae a los pies de Pablo, y éste, agarrándose del borde de la ventana con ambas manos, lo pateo salvajemente. Emiliano no emite sonido)

VIUDA.— (*Asomándose*) Margarita. . . (*Ve a Pablo, pero no sospecha*) Pablo, ven. Anda tráeme la maleta donde está la ropita.

(Pablo obedece y sale por el pasillo. Entra Emiliano sangrando por la boca y todo maltratado. Se limpia la sangre con la manga de la camisa. Al rato vuelve a aparecer Pablo con la maleta. Toca a la puerta y la entrega)

PABLO.— Yo había jurado matar al culpable. A ti no te voy a matar, porque papá se encargará de

ti cuando lo sepa, pero ese yanqui no se va a quedar así. (*Va a la pared y descuelga la escopeta. Emiliano corre y se la arrebat*)

EMILIANO.— ¿Qué vas a hacer, animal? ¿No ves que papá puso un guardia en la puerta? Además, va a ser el padre del hijo de María.

(*Pablo se deja quitar la escopeta y no hace nada por recuperarla. Saca un cigarrillo y lo enciende, y se queda mirando el fósforo*)

PABLO.— No importa. (*Sale*)

EMILIANO.— ¿A dónde vas? ¿Qué vas a hacer?

(*Cuando Pablo va por la ventana se oye un llanto de recién nacido*)

EMILIANO.— ¿Oyes? ¡Ya nació! ¡Pablo, Pablo! ¡Ya nació!

(*Pablo se ha detenido un momento a oír el lloro, pero luego sigue, impertérrito. Sale la Criada por la puerta del lateral derecho y cruza la escena, rumbo a la cocina*)

EMILIANO.— ¿Ya nació? ¿Qué es? ¿Varón o mujer?

CRIADA.— Es una mujercita. Linda como un sol. Y blanca. Parece que va a ser rubia.

EMILIANO.— ¿Sí? ¿Como un sol, dices? ¿Y rubia? —¿Oíste eso, Pablo? ¡Como un sol! ¡Como un sol! (*Ve que Pablo ya se ha marchado*) ¡Pablo! ¡Pablo! ¿Qué vas a hacer, animal?

(Corre tras él, pero se regresa. Descuelga el llavero de la prisión de Mister Williams y sale disparado por la puerta principal doblando hacia la izquierda, en la dirección de Pablo, pero se arrepiente y dobla rápidamente hacia la derecha. Cae el

T E L O N

TERCER ACTO

Más adentro en la noche. Mismo lugar.

(Entra Emiliano por la puerta principal, despacio. Luego la Mujer de Pancho, por la puerta de la derecha. También ella viene cansada, agotada por tanto acontecimiento)

MUJER DE PANCHO.— ¡Hijo! *(Lo abraza y llora)*

EMILIANO.— Ya, mamá, ya. Todo ha salido bien, ¿verdad?

MUJER DE PANCHO.— ¿No ha llegado tu padre?

EMILIANO.— No, mamá.

MUJER DE PANCHO.— ¿Dónde estará? ¡Es su hija, después de todo!

EMILIANO.— Salió con el capitán, hace ya tiempo. Parece que fue a encaminarlos, porque ya se fueron, los soldados.

MUJER DE PANCHO.— ¡A mí ya qué me importa eso! Es una niña, Emiliano. Y blanca, y. . . y. . .

EMILIANO.— Sí, mamá. Ya me lo dijo Enriqueta. Pero no se ponga así.

MUJER DE PANCHO.— Es por tu padre, hijo. Yo no sé qué va a pasar cuando se entere de que el padre de la niña es Mister Williams.

EMILIANO.— Pues no se lo diga usted, mamá.

Además, que a lo mejor no lo es. Sólo porque la niña es blanca y rubia. . .

MUJER DE PANTO.— ¿Y quién más hay así en el pueblo? Y aunque lo hubiera, lo dijo ella.

EMILIANO.— ¿Lo dijo ella?

MUJER DE PANTO.— Se le salió, en un gemido. Abrió los ojos, como si lo estuviera viendo. Fue la única vez que gimió. —¡Virgen Santísima! ¿Qué hemos hecho nosotros? ¿Qué hemos hecho nosotros para merecernos esto? La criaturita esa será la que lo pagará todo. ¿Y qué culpa tiene ese angelito. . . ?

EMILIANO.— Rubio. Como los de la Virgen, mamá.

MUJER DE PANTO.— ¡Dios mío!

EMILIANO.— No se ponga así, mamá. Vaya a acostarse un rato. Descanse, duérmase un rato.

(La Mujer de Panto sale por el pasillo. Emiliano la ve marcharse hasta perderla de vista, luego va hacia el Doctor que acababa de salir por la puerta de la derecha. Al poco rato, y sin que se apercibieran de ello ni el Doctor ni Emiliano, vuelve a entrar la Mujer de Panto y cae de rodillas frente a la imagen de la Virgen, fuera del radio de visión de Emiliano y el Doctor. Solamente había ido a traer una vela que ahora le pone a la Virgen rezándole con honda devoción)

DOCTOR.— ¿Le dijeron ya, Emiliano? *(Gesto afirmativo de Emiliano)* ¿Dónde está Pablo? ¿No era él quien estaba tan ansioso?

EMILIANO.— Es un loco. Dice Enriqueta que es linda, como un sol, y blanca. Y que va a ser rubia. ¿Es verdad, doctor?

DOCTOR.— Eso no se puede saber todavía. Los niños recién nacidos cambian mucho de un día a otro.

EMILIANO.— Sí, pero. . .

DOCTOR.— Sin embargo, es evidente que el padre de la niña es el patrón. Por lo demás, ella misma lo ha dicho. (*Interpretando mal la sonrisa de Emiliano*) Comprendo su alegría de saber que todo ha terminado ya de la mejor manera. María duerme ahora. Pero no hay por qué tener cuidado. Es una muchacha muy sana. Y la niña también está magníficamente.

EMILIANO.— ¡Y rubia! ¿Se da usted cuenta de lo que eso significa? Yo también estaba muy nervioso. Pensaba que podía el niño, la niña es decir, que podía salir parecida a María, o a cualquiera de nosotros.

DOCTOR.— ¿María le había dicho, entonces, que era Mister Williams. . . ?

EMILIANO.— (*Su alegría interior le impide oír bien*) ¿Cómo? Ah, sí, sí. ¿No se acuerda usted de todo lo que hemos hablado? Es blanca. En cuerpo y alma, porque seguramente la educará Mister Williams. Y aunque no la eduque él, al fin y al cabo toda la educación que existe es blanca. Ella pertenecerá. Pertenecerá. El mundo y ella. . . , usted sabe, todo lo que le he dicho ya.

DOCTOR.— ¿Es éste el camino cultural del que hablaba usted?

EMILIANO.— No. No. Eso lo he pensado después. Es el verdadero camino probablemente. Pero, sentimentalmente, al menos para mí, es éste. El sólo pensar de traerla aquí me repugna. Moriría antes de que le tocaran un pelo.

DOCTOR.— ¿De qué está hablando usted?

EMILIANO.— Ya se lo he explicado, doctor, muchas veces. María es hermana mía, yo la quiero, y, claro, pensé sólo en el camino sentimental. Además, en ese tiempo todavía no había visto el otro. Por eso todo lo planee yo, para esto. Trece días después de la menstruación. Le hablé a Mister Williams. El no sabía para qué, claro. Es decir, lo del niño. Bueno, la niña.

DOCTOR.— ¡Baje usted la voz, que lo van a oír! (*Busca a su alrededor con la mirada. No puede ver a la Mujer de Pancho que ha dejado caer el rostro sobre las manos, no se sabe si por la oración o porque ha oído*) ¡Usted no ha hecho esa cochinada, Emiliano!

EMILIANO.— ¡Le estoy diciendo que yo lo planee todo! Le abrí la puerta aquella noche. Espié la ropa sucia de María. Trece días después de la regla, como usted mismo me dijo. No me importa decírselo. Ya lo sabe Pablo.

DOCTOR.— ¿Pablo? ¿Tiene algo que ver Pablo con esta infamia?

EMILIANO.— ¡Que no! ¿Por qué no me entiende? Yo se lo dije a él, pero ahora mismo, hace un rato. Me pegó. El no puede comprender. Pero usted sí me comprenderá, doctor. Le he hablado ya mucho sobre esto.

DOCTOR.— (*Con un gesto de asco*) ¿Y María?

EMILIANO.— Ella sabe que fue a través de mí, que fui yo quien dejé entrar a Mister Williams. Yo la quise convencer después. Pero usted sabe cómo es ella. No me quiso oír, ni hablar. Ella andaba enamorada de ese hijo del panadero. Si no hubiera sido por mí, esa niña sería india. (*Pausa. El Doctor lo mira*) ¿Pero no se acuerda de todo lo que hemos hablado? ¿Lo que le decía. . . ? No era literatura. Y si lo es, a mí me está matando.

(La Mujer de Pancho lo ha oído todo. Se levanta y va lentamente hacia Emiliano. Va serena, aparentemente. Es preciso recordar que no se puede saber lo que van a hacer los que tienen sangre india hasta el justo momento en que comienzan a hacerlo)

MUJER DE PANTO.— ¡Puerco! ¡Marrano! ¡Te voy a matar. . . ! *(El Doctor la contiene a viva fuerza)*

DOCTOR.— No le crea nada de lo que ha dicho, doña Clemencia.

MUJER DE PANTO.— ¡Vete de aquí! ¡Agarra tus cuatro trapos y lárgate! ¡Lárgate antes de que lo sepa Pancho, porque si no, te mata. Y si no te mata él, te mataré yo. *(Se esfuerza por soltarse)* ¡Largo! ¡He dicho que te largues de aquí!

EMILIANO.— ¡Déjeme que le explique, mamá, por favor!

MUJER DE PANTO.— ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Coge tus cuatro trapos y vete de aquí!

DOCTOR.— Haga caso, Emiliano. Váyase.

EMILIANO.— ¡Pero a dónde voy a ir?

MUJER DE PANTO.— ¡Donde los perros puedan comerte el corazón, maldito!

DOCTOR.— Váyase usted, de todas formas, antes de que venga su padre.

MUJER DE PANTO.— Y mientras tanto, tu padre luchando contra los yanquis. Venirle a hacer eso a tu propia hermana. Hay que tener el alma podrida. ¡Puerco! ¡Puerco!

(Entra la Criada corriendo por la puerta de la cocina)

CRIADA.— ¡Fuego, señora! ¡Fuego! ¡Han prendido la casa del patrón y está ardiendo todo!

MUJER DE PANTO.— ¿Cómo? ¿Esta casa también? ¿Dónde?

CRIADA.— No, señora, la casa del patrón solamente, pero el viento sopla para acá y se prenderá la yerba seca.

DOCTOR.— (*Se asoma a la puerta a cerciorarse*) Es cierto, señora. Conviene que nos vayamos de aquí. Cuando esa yerba se prenda correrá el fuego hasta aquí.

MUJER DE PANTO.— (*También se asoma*) Pero, ¿y María? ¿Y la niña? No las podemos mover, doctor.

DOCTOR.— La llevaré cargada yo. Venga. (*Entran en el cuarto de María. Inmediatamente sale la Viuda, desesperada*)

(*La Criada ha salido por la puerta principal en dirección del fuego*)

VIUDA.— (*También se asoma a comprobar*) ¿Dónde está Margarita? ¿Dónde está mi hija?

EMILIANO.— En su habitación, señora.

VIUDA.— ¡Líbreños Dios, qué tragedia! ¡Todo al mismo tiempo! ¡Margarita! ¡Margarita, hija! (*Sale llamando por el pasillo*)

CRIADA.— (*Entra otra vez*) ¡Apúrese, señora, apúrense!

MUJER DE PANTO.— (*Su voz*) ¡Enriqueta, ven para acá!

CRIADA.— ¡Apúrese, señora!

(*La luz parpadea*)

CRIADA.— (*Da media vuelta*) Voy a buscar una lámpara.

VIUDA.— (*Entra por el pasillo seguida de su hija. Otra vez neurótica, como al principio*) ¡Corre, hija, tenemos que salir de aquí! ¡Está ardiendo el mundo!

(*Salen el Doctor cargando a María y la Mujer de Pancho que trae a la recién nacida. Por la puerta de la cocina entra la Criada con una lámpara*)

MUJER DE PANCHO.— (*Por la lámpara*) ¡Deja eso ahí, necia, y ven a cangar a la niña!

MARGARITA.— La cargo yo, señora. (*La Mujer de Pancho ayuda al Doctor*)

MUJER DE PANCHO.— (*A la Criada*) ¡Deja eso ahí, he dicho, y vete a traer la maleta! (*La Criada obedece*) ¡Y trae otra frazada!

EMILIANO.— Mamá, ¿quiere que la ayude? (*No le hace caso*) —María, yo. . . (*María le quita la cara*)

VIUDA.— ¡Dónde vamos, doctor? ¡A mi casa?

DOCTOR.— No. A la mía, mejor. Está más cerca. Animo, María, vamos aquí no más. —Usted, Emiliano, váyase de aquí también.

(*La Mujer de Pancho abriga a María con otra frazada que había traído la Criada*)

MUJER DE PANCHO.— Vamos, pronto, doctor. —Véngase, comadre, venga. —¡Ese Pancho! ¡Tenía que salir esta noche! ¡Virgen Santísima!

(*Salen todos menos Emiliano. La luz acaba de irse del todo, quedando la estancia en completa oscuridad, salvo el resplandor rojo lejano, del*

incendio, que entra por la ventana de la izquierda, y la Virgen de Murillo, que toma sitio prominente por las dos velas que la alumbran. Se oye crujir el incendio, arrastrarse entre las hojas secas. Emiliano enciende la lámpara de petróleo y sale con ella por el pasillo. Después de un rato se ve la sombra de un hombre entrar por la puerta principal, sigilosamente. Ve venir por el pasillo el reflejo de la lámpara, descuelga la escopeta y se esconde. Emiliano entra con alguna ropa que había ido a buscar)

SOMBRA.— ¡Pancho! ¡Perro infeliz! ¿Eres tú?

EMILIANO.— *(Se vuelve y le alumbra la cara. Es Mister Williams)* ¿Mister Williams,? ¿Qué hace usted aquí?

MR. WILLIAMS.— Ah, Emiliano, eres tú. *(Baja la escopeta)* ¿Dónde está Pancho?

EMILIANO.— ¿Pero qué hace usted aquí? Le dije que huyera. Para eso le tiré la llave. Vaya usted a avisarle a los yanquis que los soldados se han ido, que no hay nadie en el pueblo.

MR WILLIAMS.— Antes voy a saldar una cuenta. ¿Dónde está tu padre?

EMILIANO.— Le digo que se vaya. Si lo encuentran aquí lo van a matar. ¿Por qué cree que Pablo le prendió fuego a su casa? Váyase, que todavía es tiempo. Vámonos los dos, yo también quiero irme. *(Mete su ropa en una camisa y la amarra)*

MR. WILLIAMS.— Primero quiero encontrarme con Pancho.

EMILIANO.— *(Inspiración)* ¿O es que vino a conocer a su hija? Porque ya nació, ¿sabe usted?

MR. WILLIAMS.— ¡Qué hija ni qué diablos! Ahora va a saber ese perro lo que es ladrarle al amo.

EMILIANO.— ¡Se trata de su hija! ¡Y de María!

MR. WILLIAMS.— No me vengas ahora con esos cuentos chinos. Ya te pagué lo que costaba ese culo negro de tu hermana.

EMILIANO.— ¡Desgraciado! (*Se le tira encima, pero el yanqui lo detiene metiéndole la punta de la escopeta en la barriga*)

MR. WILLIAMS.— ¡También tú, rata asquerosa! ¡Vas a ver...! (*Lo empuja con la escopeta*) ¿Dónde está Pancho?

EMILIANO.— Es su hija, Mister Williams. Tiene usted que criarla, tiene que llevársela de aquí. . .

MR. WILLIAMS.— Me viste cara de pendejo, ¿verdad? —Ahora que está preñada hago que el yanqui se la coja para que cargue con el hijo. —Pero te equivocas. No soy pendejo.

EMILIANO.— Sí, es de usted. Usted es el único que la ha tocado. Tiene que haberse dado cuenta de eso.

MR. WILLIAMS.— Ustedes los indios tienen muchas mañas para hacer parecer virgo una putísima india. No, amigo, no. El yanqui no es tan pendejo como se creyeron.

EMILIANO.— No. No. Que no. Es de usted. Es hasta blanca. Y rubia. Reconózcala. Llévase la de aquí.

MR. WILLIAMS.— Ya déjate de fregarme. ¿Dónde está Pancho?

EMILIANO.— No sé. Se fue a encaminar al capitán, creo. Pero la niña, Mister Williams, es de usted. Es su vivo retrato.

MR. WILLIAMS.— ¡Y a qué hora va a regresar?

EMILIANO.— No sé. Se fue a encaminar al capitán. Porque se fueron ya, los soldados. Vaya a decírselo a los jefes yanquis. Están acampados

en la montaña, aquí no más. Vaya y dígales que el pueblo está casi sin defensa. Han dejado unos quince soldados solamente. Vaya, dígaselo y regrese usted con ellos. Entonces se hará cargo de la niña, ¿verdad? Váyase. Haga lo que le digo.

MR. WILLIAMS.— Antes voy a saldar una cuenta con tu padre. Robarse mis tierras. Las mías. Que me he ganado yo. Malagradecido. Todos ustedes son unos malagradecidos. ¿Cuándo iban a tener una escuela si no se las pago yo? Así me agradecen.

EMILIANO.— Váyase de aquí, le digo. Pronto. Si lo agarran lo matarán.

MR. WILLIAMS.— Eso quisieras tú.

EMILIANO.— ¡No! ¡Animal! ¿No ve que yo lo salvé del incendio? ¿No ve que Pablo quería achicharrarlo y que yo lo salvé? Váyase de aquí. Vámonos los dos. Yo me iré con usted.

MR. WILLIAMS.— No. Espero a Pancho. A lo mejor quiere que yo también le bese las manos. ¡Pobre inocente! Cree que se va a salir con las suyas ayudándoles a esos indios piojosos. Pero ¿que se han creído ustedes?, ¿que mi país iba a dejarse robar por cuatro indios piojosos?

EMILIANO.— No me diga eso a mí. Yo nunca he estado de acuerdo con esta estúpida guerra.

MR. WILLIAMS.— Venimos a traerles cultura, a enseñarles a leer, y así nos lo pagan. Malagradecidos. Mira a tu padre. De machetero muerto de hambre me lo encontré yo. Yo lo hice capataz, le di esta casa. Todo lo que tienen ustedes me lo deben a mí.

EMILIANO.— Sí, ya sé, pero váyase. Si lo encuentra aquí mi padre lo matará.

MR. WILLIAMS.— Eso vamos a verlo.

EMILIANO.— Y sobre todo ahora, cuando sepa que es usted el padre de la niña.

MR. WILLIAMS.— Yo no soy padre de ninguna hijueputa.

EMILIANO.— ¡No vuelva a decir eso, porque. . . !

MR. WILLIAMS.— (*Amenazándolo de nuevo con la escopeta*) Porque si no, ¿qué? Porque si no, ¿qué? ¡Responde, rata asquerosa, o te lleno de plomo la barriga! ¡Responde! Si no, ¿qué?

(*Ha entrado Pablo por la puerta principal e inmediatamente se hace cargo de la situación de su hermano. Va lentamente a la pared, sin hacer ruido, y descuelga un machete. Luego, siempre sigilosamente, va a la mesa donde ha quedado la lámpara y la apaga. Emiliano lo ve en el momento en que la está apagando*)

EMILIANO.— ¡Cuidado, Mister Williams! ¡Ahí, detrás de usted!

(*El yanqui da media vuelta rápidamente y dispara. Pablo ya había apagado la lámpara. Silencio pesado. Sólo el crujir del incendio que ahora de pronto se ha acentuado*)

EMILIANO.— (*Rompiendo el silencio*) ¡No lo mates, Pablo! ¡Es el padre de la niña!

(*Relampaguea de pronto en el aire un machete y casi inmediatamente se oye el trueno: otro tiro. Silencio de nuevo. Vuelve a acentuarse el crujir del incendio*)

EMILIANO.— (*Voz baja, temerosa*) ¿Mister Williams? (*Pausa. Ansioso, histérico, voz alta*) ¡Mister Williams?!

(*Pablo enciende la lámpara. Se ve en el suelo las piernas del cuerpo del yanqui, oculto el resto por la mesa*)

EMILIANO. — ¡Bestia! ¡Animal! (*Va a comprobar si está muerto*) Está muerto. Lo mataste tú. Lo mataste. Y éste no es el camino. Está bien, también yo me equivoqué con lo de María, pero este error es más grande. La poesía, Pablo, el talento, el arte. La poesía, ésa es la salvación, el único camino.

PABLO.— ¡Poesía! Vete a comer mierda. Me dí cuenta de cómo le avisaste para que me matara. Y tú fuiste el que lo sacó de la casa. Le tiraste la llave por la ventana. ¿Crees que no me lo imagino? ¿Dónde está mamá?

EMILIANO.— ¡Es que yo soy uno de ellos, Pablo. . . !

PABLO.— ¿Dónde se ha ido la gente?

EMILIANO.— A casa del doctor.

PABLO.— ¡Poesía! ¡Cochino! ¡Eso es lo que tú eres! ¡Traidor!

EMILIANO.— Sí, sí. Y mucho peor. Muchísimo peor. Pero es que sentimentalmente, Pablo. . . , (*Quiere llorar*) sentimentalmente estoy perdido, enamorado. Y mi corazón me odia. Pero yo sé, lo veo, de lejos si quieres, pero lo veo: El arte, Pablo, el talento, la poesía. Ese es el único camino, el único, para conquistar esta tierra que quieren. ¿No te daba risa ver a papá juzgando a los yanquis? ¿No te parecía repugnante que el yanqui ese le besara las manos? (*Cqn amor*) ¿No te da lástima ver a papá interviniendo en una cultura que no le pertenece, donde se ríen de él, de su grotesca manera

de caminar, de su pobre manera de ser? Y en vano, todo en vano. Porque esta tierra no será nunca de ustedes. No se les entregará nunca en cuerpo y alma a gente tan grotesca, de manos tan rudas. No la tendrán nunca. Porque si se les llega a entregar en cuerpo, a punta de machete, le perderán el alma, que es por donde debieron empezar a conquistarla. Y entonces será peor, se harán ustedes ricos, cultos, como yo, Pablo. ¡Horrible! ¡Soy tan desdichado! (*Llora*) ¡Pero es que no puedes ver mi dolor, Pablo, mi problema? Es más grande que esta casa, tan grande como el mundo. No, no lo puedes ver, están ciegos, como topos, todos ustedes. Hasta que el llanto no les abra los ojos, hasta que toda nuestra raza no sea más que un lamento largo, cansado, hasta que no soportemos que se nos mire a la cara, de pura vergüenza, y lloremos, de vergüenza y rabia, hasta que no aprendamos a llorar, hasta entonces no habremos comenzado a tener remedio. Llora. Pablo, llora como yo, como estoy llorando yo. Mírame bien, a la cara, está hirviendo de vergüenza. Mírame. Compréndeme, carajo. No es nada de lo que he dicho, está más abajo. Cierra los ojos, mírame. En este momento ya no hay nada que comprender. Llora, infeliz. (*Por el incendio*) Parece como si se hubiera desprendido este día del tiempo y estuviéramos cayendo, llegando ya a los infiernos. ¡Ustedes, ustedes son los nuevos bárbaros! ¡Han incendiado el mundo! ¡Lo van a acabar! ¡Lo van a destruir! (*Vuelta*) —¡Oh, yo me quiero morir! ¡Yo. . . , yo me quiero ir de aquí. (*Inicia el mutis todo desorientado*)

PABLO.— (*Con lástima*) ¿A dónde vas tú?

EMILIANO.— No sé. . . , no sé. Pero no quiero estar con ustedes. ¡Me dan asco! Y mamá me marchó de casa, y si papá me encuentra aquí, me matará.

PABLO.— Ven para acá, tonto. No te pasará nada.
Yo hablaré con él.

EMILIANO.— ¿Le explicarás todo? ¿Lo convencerás?

PABLO.— (*Pausa*) Sí.

EMILIANO.— ¿Entonces tú has comprendido, Pablo? ¿Tú has comprendido?

PABLO.— Sí.

EMILIANO.— ¿Cómo es que no lloras conmigo, entonces? ¿Cómo es que no sufres? (*Pablo no contesta*) ¿Sufres? ¿Verdad, verdad que somos desdichados, Pablo?

PABLO.— Sí.

EMILIANO.— Pero él no lo comprenderá, no lo podrá comprender. Yo me voy de aquí. No sé. (*Inicia el mutis por la puerta principal pero se regresa enseguida*) ¡Ahí viene papá! ¡Ahí viene papá!

PABLO.— ¡Anda! ¡Sal por la puerta de la cocina!

(*Mutis rápido de Emiliano por la puerta de la cocina. Entra Pancho*)

PANCHO.— Llama a tu madre, Pablo.

PABLO.— Mamá no está aquí, papá.

PANCHO.— ¿Cómo que no está aquí?

PABLO.— Se fueron a casa del doctor, por el incendio.

PANCHO.— Gente más burra. Mayor peligro corren allá.

PABLO.— ¿Por qué, papá? ¿Qué pasa?

PANCHO.— (*Se asoma a la puerta y grita*) ¡Oye, tú! ¡Ven acá! —No pasa nada todavía, pero me da rabia que tu madre haga las cosas sin consultármelo.

(*Llega un Soldado por la izquierda*)

SOLDADO.— A sus órdenes, mi teniente.

PANCHO.— Vete a la casa del doctor. . . ¿Sabes dónde vive, verdad?

SOLDADO.— Sí, señor.

PANCHO.— Es aquélla de allá, mira.

SOLDADO.— Sí. Ya la conozco. Esta mañana me mandó el capitán a buscarlo.

PANCHO.— Bueno, anda y dile a mi familia que se venga para acá inmediatamente.

SOLDADO.— Sí, mi te. . .

PANCHO.— Y ordena que arreglen pronto la conexión eléctrica.

SOLDADO.— No se puede, teniente; se han quemado los. . .

PANCHO.— Bueno, vete enseguida a avisarle a mi familia. Y avisa a esa gente que apaguen pronto el fuego y que estén preparados en sus puestos.

SOLDADO.— Sí, mi teniente. (*Va hacia la izquierda*)

PANCHO.— No. Vete primero a llamar a mi familia, burro. Y apúrate.

SOLDADO.— Sí, mi teniente. (*Se va por la derecha*)

PABLO.— ¿Es que nos van a atacar los yanquis, papá?

PANCHO.— No. No creo. ¿Qué hace esto aquí? (*La ropa de Emiliano*) Pero hemos visto su campamento de lejos y están bien revueltos. Quizás estén preparando la retirada. Ya deben haber llevado los dos prisioneros esos y tienen que haber caído en la trampa. Quizás hagan aquí un pequeño simulacro, creyendo que está aquí la gente del capitán, para atacar a San Fernando. El chasco que se van a llevar. ¿Quién es ése? (*El cadáver*) ¿Qué ha pasado aquí?

PABLO.— Mister Williams.

PANCHO.— ¿Muerto?

PABLO.— Sí, señor.

PANCHO.— ¿En el incendio?

PABLO.— No. Aquí.

PANCHO.— ¿Quién lo mató? ¿Cómo se ha escapado?

PABLO.— Yo, papá. Yo lo maté.

PANCHO.— ¿Y cómo se escapó?

PABLO.— No sé. Pero ha de haber sido Emiliano el que le tiró las llaves. Desde la ventana de afuera.

PANCHO.— ¿Emiliano? ¿Estás loco?

PABLO.— Han sucedido muchas cosas en este par de horas que usted no estaba. María ha dado a luz.

PANCHO.— (*Disimulando el interés*) ¿Sí?

PABLO.— Una mujercita. Parece que es muy bonita. Y ya se sabe quién es el padre. (*Pancho lo vuelve a ver. Pablo hace algún gesto hacia el cadáver*)

PANCHO.— ¿Mister Williams? ¿El patrón?

PABLO.— Sí, señor. Y. . . , hay más todavía. Parece que lo hizo con la ayuda de Emiliano.

PANCHO.— ¿De qué estás hablando, burro?

PABLO.— Yo no sé exactamente, pero parece que una noche durante sus vacaciones pasadas, Emiliano le abrió la puerta. . .

PANCHO.— ¿De qué diablos estás hablando tú? (*Le pega*)

PABLO.— ¡El mismo lo dijo, papá! ¡Y a mamá!

PANCHO.— ¿Que Emiliano le abrió. . . ? —¿Dónde está Emiliano? ¿Dónde está Emiliano? (*No recibe respuesta. Inicia el mutis para ir a buscarlo*)

PABLO.— Se ha ido. Mamá lo marchó de casa.

(*Pancho se detiene. No dice nada.
Se sienta y queda pensativo*)

PABLO.— Emiliano habla mucho, papá. Yo no sé qué le pasó en la capital, pero habla mucho de co-

sas raras. Dice que el verdadero frente batalla no es éste, sino la poesía. Dice que nosotros no podemos hablar. Como cuando usted y yo regresamos de noche del monte. (*Se miran. En efecto*)

PANCHO.— Emiliano no nos quiere, hijo. Nunca nos ha querido. Se le subió la capital a la cabeza y en el fondo nos desprecia a todos.

PABLO.— Sí, papá, pero él dice cosas tan raras. Es cierto, nos desprecia. A mamá, a mí, a Margarita, a usted. La insultaba, a Margarita, a todos nosotros, a usted también. Dice que se veía usted grotesco juzgando a los prisioneros, porque estamos interviniendo en una cultura que no nos pertenece. Que esta tierra nunca será nuestra.

PANCHO.— ¿Que me veía grotesco cuando juzgaba a los prisioneros?

PABLO.— Sí, señor. Y cuando el yanqui le besó las manos. Yo le dije que lo había comprendido para que no se sintiera tan solo. Ahora me parece que de veras lo comprendo. ¿Verdad, papá? (*Pancho no contesta, pero es evidente que también él comprende*) También me dijo que un día, al amanecer, se vio las manos. Y eran negras, feas. . . (*Pancho se mira las suyas*)

(*Oscuro. Unos instantes nada más. Cuando la luz vuelve Pancho y Pablo están en otra posición. Permanecen inmóviles y rígidos durante unos cinco segundos. Entonces, por la puerta principal entran la Mujer de Pancho, la Criada y el Doctor*)

MUJER DE PANCHO.— (*A la Criada*) Anda, busca eso y llévaselo enseguida. —¡Pancho, por fin llegaste! ¿Cómo se te ocurre salir en una noche como ésta?

PANCHO.— Y ustedes, ¿cómo se les ocurre dejar la casa? He dado órdenes de que. . .

(La Criada lanza un grito al ver el cadáver y queda inmóvil frente a él)

MUJER DE PANCHO.— ¡Emiliano! ¡Lo mataste!

¡A tu propio hijo! ¡Asesino! ¡Asesino! *(Le pega)*

PANCHO.— Cálmate, mujer, no es Emiliano.

MUJER DE PANCHO.— ¡Asesino! ¡Matar a su propio hijo!

PANCHO.— ¡Cállate! No es Emiliano. Es Mister Williams. Se había escapado.

MUJER DE PANCHO.— ¿Mister Williams? ¿Y Emiliano? ¿Dónde está Emiliano?

PABLO.— Se fue de casa, mamá.

PANCHO.— Pablo, saca eso de aquí. *(El cadáver. Pablo obedece y la saca por la puerta principal. A la Criada)* —Y tú, no te quedes ahí hecha una tonta. Sigue con tus quehaceres.

DOCTOR.— Busque esas mantas, Enriqueta, y llévaselas enseguida.

PANCHO.— ¿Cómo sigue María?

DOCTOR.— Bien. Todo ha salido muy bien, gracias a Dios.

PANCHO.— ¿Y la. . . , la. . . ? *(No se atreve a preguntarlo)*

DOCTOR.— La niña también está bien. Las dos están muy bien, no se preocupe.

PANCHO.— ¿Las han dejado solas en su casa?

DOCTOR.— No, está la viuda y Margarita allá. Y yo me regreso enseguida.

(Se ven pasar cuatro soldados por la ventana llevando algo en una manta. Uno de ellos se adelanta)

SOLDADO.— Mi teniente. Se ha apagado ya el fuego.

PANCHO.— Muy bien. *¡Áyanse a ocupar sus puestos.*

SOLDADO.— Hemos encontrado un muerto en los escombros. Pero no parece que sea el yanqui.

(La Mujer de Pancho se precipita hacia afuera. La detiene Pablo que regresaba ya)

PABLO.— ¡No lo veas, mamá! ¡No salgas!

MUJER DE PANCHO.— ¡Emiliano! ¡No! ¡Mentira! ¡Déjame ver! *(El Doctor ayuda a Pablo)*

SOLDADO.— Por aquí, muchachos. —¿Dónde quiere que se lo dejemos, teniente?

MUJER DE PANCHO.— Aquí, aquí. . . *(El cuarto de María)*

PANCHO.— No. Aquí no lo metan. Déjenlo ahí afuera, junto al otro. *(Extrañeza)* ¡Vamos, obedezcan! *(Obedecen)*

MUJER DE PANCHO.— ¡Pancho, por favor!

PANCHO.— No.

MUJER DE PANCHO.— Déjenme verlo entonces.

PABLO.— No la deje, padre.

(Pancho la agarra)

PANCHO.— No.

MUJER DE PANCHO.— ¡Déjame verlo!

PANCHO.— Mujer, voy a soltarte. Pero si sales saldré yo también, le escupiré en la cara y se la aplastaré con las botas. *(La coge de la cara con una mano y la obliga a que lo mire a los ojos, para que comprenda que lo hará. Pausa. La suelta. La Mujer de Pancho permanece indecisa un instante, pero luego baja la cabeza y sale llorando por el pasillo)*
—¿Quién es el universitario? El que lo conocía.

UNIVERSITARIO 2o.— Yo, señor.

PANCHO.— ¿Eras amigo de él?

UNIVERSITARIO 2o.— Sí, señor. Estábamos en el mismo curso. Era el mejor de toda la clase.

DOCTOR.— Algún día te hablaré de tu hijo, Pancho. Tomaba las cosas muy en serio. Y sufría. Porque si él hizo lo que hizo. . .

PANCHO.— No quiero que se vuelva a hablar de él en esta casa. Lo que él hizo no tiene perdón.

DOCTOR.— Tendrás que hacerlo tarde o temprano. Si hizo lo que hizo, él sabía que estaba equivocado. Pero es que un hombre puede pensar una cosa y sentir otra.

PABLO.— Sí. El decía eso. Decía que el único camino era la poesía, pero que él, sentimentalmente, sentía de otro modo. Que ya estaba perdido, decía. Y hablaba de una aurora. . .

UNIVERSITARIO 2o.— Aurora es una muchacha, española. Era su novia.

DOCTOR.— Diga, diga.

UNIVERSITARIO 2o.— No, digo que Aurora es una muchacha de la que él estaba enamorado. Pero pelearon, parece, y ella se casó con otro. Con un extranjero también.

DOCTOR.— Y esa muchacha, ¿por qué no lo quiso aceptar? ¿Porque era indio?

UNIVERSITARIO 2o.— No sé.

PABLO.— Ese otro, era alemán, ¿verdad?

UNIVERSITARIO. 2o.— Sí, creo que sí.

DOCTOR.— Pancho, ¿no te das cuenta de lo que le ha pasado a tu hijo?

(Ha comenzado a amanecer)

PABLO.— *(Mirando el amanecer por la ventana)* Y ella, era rubia, ¿verdad?

UNIVERSITARIO 2o.— Sí.

DOCTOR.— ¿No te das cuenta, Pancho? Ahora sé por qué decía todo lo que decía. Sencillamente que el mundo nos desprecia, porque somos ridículos, porque nos miden con sus propias reglas. Y hay que cambiar estas reglas, a fuerza de talento, no de machetes, a fuerza de. . . poesía. Sí, eso era lo que decía. Y yo estoy de acuerdo. El creía que todo esto era grotesco, que tú, Pancho, que tú eras grotesco. Y que no lograremos nada con estas revolucionsitas. Y yo estoy de acuerdo. El ha sufrido todo esto en carne viva. Y ya lo había dicho, porque era muy cabal. Dijo que si algún día los bárbaros intentaban destruir ese mundo, él quería perecer con él, porque él, sentimentalmente, pertenecía ya a ese mundo, estaba enamorado. Y esta chica, Aurora. . . Puedes fusilarme si quieres, pero yo estoy de acuerdo. ¡Yo me atrevo a ver la verdad, Pancho!

(Entra rápidamente otro Soldado)

SOLDADO 2o.— ¡Mi teniente! ¡Los yanquis! ¡Se acercan ya!

PANCHO.— ¿Has visto si son muchos?

SOLDADO 2o.— No, mi teniente. Parece que sólo va a ser un simulacro. Mi capitán tenía razón.

CABO.— ¡Cayeron en el engaño, mi teniente! Vienen a entretener al capitán aquí para atacar el campamento de San Fernando. Bonita sorpresa se van a llevar allá. —¡Vamos, todos a sus puestos!

PANCHO.— Un momento. Un momento. Aquí el jefe soy yo. Nos vamos a rendir.

CABO.— ¿Sin disparar un tiro?

PANCHO.— ¡Sí, sin disparar un tiro!

CABO.— Mi teniente, ya oyó a Pérez. Será sólo un simulacro, y este pueblo es importante. No podemos dejar que nos quiten así tan fácilmente lo que hemos conquistado.

PANCHO.— No hemos conquistado nada todavía, imbécil. ¡Izen bandera blanca, he dicho! Nos rendimos. ¡Carajo, ¿pero es que no han comprendido?! ¿Es que no se han dado cuenta de lo que ha pasado aquí? ¿O es que es tan amargo que no lo quieren reconocer?

PABLO.— Papá, pero si nos rendimos nos matarán a todos. Usted sabe eso.

PANCHO.— No, hijo, no. Ustedes váyanse al monte. Explícales a estos, si puedes. . . —Izen una bandera blanca y salgan corriendo. ¡Es una orden! —Vete, Pablo. Vete con ellos. (*Pablo mira la escopeta*) Sí, llévatela. —Ahora váyanse ya. Váyanse pronto. (*Salen los Soldados*)

PABLO.— Y usted, ¿se queda, papá?

PANCHO.— Sí, hijo, sí.

PABLO.— Pero lo matarán.

PANCHO.— Puede ser. Pero no creo. Volveré a ser el indio humilde, la bestia domesticada de siempre. Pero. . . no te olvides de nosotros. Ahora vete.

PABLO.— Dígale a mamá. . .

PANCHO.— Se lo diré.

PABLO.— Pasaré a decirles adiós a María y Margarita.

PANCHO.— Sí. (*Se miran. Lloran*) ¡No nos olviden, hijo! (*Se abrazan*) Vete, vete ya, pronto. (*Sale Pablo*)

DOCTOR.— ¡Pancho, está usted llorando!

PANCHO.— (*Le quita la cara, mira por la ventana, de espaldas al público*) De veras que es bonito este amanecer, ¿eh, doctor? Esta aurora. Mire, allá, la yerba de aquel potrero. Parece pelo rubio. (*Pausa*) Estamos en un aprieto, doctor.

DOCTOR.— (*De espaldas también*) ¡Adiós! ¡Adiós! (*Agita la mano*) —Tenga usted fe, Pancho. Tenga usted fe.

(*Cae, lentamente, el*

T E L O N

PARTISANO.— (*Señalando la segunda calle del mismo lateral*). Yo me iría por ese otro camino.

Hoy, los álamos, no me gustan.

RICHARD.— ¿Pasa algo?

OLGA.— ¿Lo dices por el alemán? ¿Ya se lo llevaron?

PARTISANO.— Me refiero al Alcalde. Lo hemos dejado colgado de un álamo y eso estropearía la merienda. Hay que hacer justicia desde el primer día, dejando la patria limpia de traidores.

RICHARD.— Gracias, francés, hay que cuidar los detalles; tú ya sabes.

OLGA, al oírlo, siente un estremecimiento y queda suspensa.

RICHARD, la toma de la mano y la lleva hacia la otra calle.

PARTISANO los mira marchar.

PARTISANO.— Desde luego, no es nada agradable ver a un Alcalde con el rostro morado, colgando de un álamo, como una fruta podrida.

Mientras el PARTISANO camina lentamente, cae el

T E L O N

ESCENA VIII

OLGA, RICHARD y PARTISANO.

PARTISANO.— No os podéis quejar los americanos, del recibimiento.

RICHARD.— El pueblo francés está agradecido a sus libertadores. Sabe reconocer lo que todo el mundo está haciendo por ellos. No sólo somos los americanos.

PARTISANO.— (*Mirando al paquete*). ¿Y todo eso os lo váis a comer vosotros dos solitos?

RICHARD.— Si sobra algo ya te lo guardaremos, no te preocupes.

OLGA.— Dale, al menos, un trago. Estos partisanos, que parecen cabras, siempre saltando de piedra en piedra por los montes, os han ayudado mucho.

RICHARD.— (*Haciéndose el triste*). Toma, bebe con moderación y si te queda sed ahí tienes la fuente. Nosotros nos vamos al campo.

PARTISANO.— (*Bebe. Sonríe*). Buen vino. (*Devuelve la botella a Richard*). Diviértete, americano. Te lo has ganado.

RICHARD.— Adiós, francés. Pronto seréis libres.

PARTISANO queda parado viéndolos ir, mientras mueve la cabeza, al ver que se dirigen a la primera calle del lateral izquierdo.

PARTISANO.— ¿Váis al campo, por ahí?

OLGA.— (*Volviéndose*). Es más bonito. Hay álamos.

RICHARD.— (*Recoge la botella que le tiende Olga*).

Pero allí no podrás hacer vino. ¿Por qué no te quieres casar cuando lleguemos a Oklahoma, Olga?

OLGA.— Ya ves; es que soy muy rara. Me gusta hacer el viaje de luna de miel después del matrimonio y no antes. (*Seria*). Además, si me voy tan lejos, no sería por casarme.

RICHARD.— Claro, tú crees que luego en América, no me casaría. Pero no es lo mismo aquí que allí. América es el continente de la libertad. Europa el de la opresión. Nosotros estamos muriendo por salvarla de la tiranía, pero en nuestro fuero interno sabemos que está podrida. Ha perdido para siempre la dignidad y la libertad. No, no me casaré jamás aquí, para empezar mi vida en este ambiente caduco.

OLGA.— ¡Qué sabes tú! Vosotros no podéis comprender a Europa. Tenéis que envejecer muchos años, creo hasta siglos. Llamáis decadente a todo lo que emana del espíritu, y solo teneis ojos para la técnica.

RICHARD.— (*Cambiando de tono*). Me va mal la seriedad. Reímos, reímos, vacíos y alegres y todo el mundo dice que no pensamos. Pues bien, vamos a reír y a no pensar.

*Entra por el lateral izquierdo
PARTISANO, que llevaba a AL-
CALDE. El fusil colgado al hom-
bro.*

OLGA.— Desde luego. Yo no pienso aburrirme.

RICHARD.— Ni yo tampoco. Ya verás como no somos nada aburridos los americanos.

Da unos pasos de baile de jazz.

Sólo nos falta música. Un poco de música para bailar.

OLGA, ríe.

¿De qué te ríes? ¿Es que lo hago mal, tal vez?

OLGA.— Me río de que los alemanes decían que los americanos no saben más que bailar y mascar chicle.

RICHARD.— No les haga caso. Es envidia, porque ellos no saben. Lo único que aprenden es a desfilar. Para eso quieren la música.

Parodia unos minutos una marcha militar alemana con bruscos movimientos de brazos y piernas.

¿Que tal?

Ríen, siguen andando y RICHARD, de pronto, se para delante de OLGA, destapa la botella y se la ofrece.

Toma. Probemos este vinillo, a ver como sabe.

OLGA.— ¿Qué tienes que decir de este vinillo? Está hecho en mi casa. Guárdalo para luego.

RICHARD.— Razón de más para empezar a beber cuanto antes, si es tuyo. Si te vienes conmigo a América, nos podíamos casar en Oklahoma.

OLGA.— (*Bebe*). Suena bien, pero está un poco lejos. No, gracias.

CAP. FRAN.— Gracias, Capitán. Esperaba que nos pusiéramos de acuerdo. (*Al Alcalde*). Vamos.
ALCALDE.— ¡Y nos quejábamos de los alemanes!

Salen ambos Capitanes por la primera calle del lateral izquierdo. PARTISANO, indica a ALCALDE, con un signo del fusil, que los siga y él camina detrás.

La escena, unos minutos sola, luego, se oyen unas carcajadas y entran OLGA y RICHARD. Traen una botella y un paquete envuelto en papel de periódico.

ESCENA VII

OLGA y RICHARD.

OLGA.— Tenéis gracia, los norteamericanos. Ya tenía ganas de conoceros.

RICHARD.— ¿Por qué? ¿Por lo que le dije a tu madre?

OLGA.— (*Parándose delante de Richard*). No me negarás que fue una ocurrencia.

RICHARD.— Se lo dije con toda naturalidad. No soy el primer americano que quiere casarse con una chica el primer día que la conoce.

OLGA.— Tú lo que ibas buscando es que nos cortara más queso.

RICHARD.— ¿Pero, tú crees que yo estoy hambriento, como un alemán? Es necesario que me tomes en serio. Si tu madre nos ha dado todo ese paquete es porque quiere que lo pasemos bien.

tener confianza en nadie, y temiendo siempre que algo se nos escape del entresijo de nuestro espíritu, de nuestro corazón torturado y que nos defina y descubra y nos aniquile o nos arroje en una cárcel sin fin, donde sólo se sabe de torturas. Es una condena sin heroicidad, sin que nadie se entere. pudriéndose en la angustia, y oyendo siempre, por la radio, que la tranquilidad más absoluta que reina en el país, es la muestra inequívoca de que la población está contenta con la tiranía y la injusticia.

CAP. NORT.— Como representante de mi país en estos momentos, sugiero que todas estas discusiones deben efectuarse en local cerrado.

CAP. FRAN.— Ya le dije que el Tribunal se debía haber reunido en el Ayuntamiento.

ALCALDE.— Señores, les dije la verdad. Esa patrulla alemana era la última que pasaba por aquí. Venían condenados. Ellos lo sabían. Sentenciados en vida. Su misión era tan sólo permanecer lo más cerca posible de ustedes para ir radiando por donde iban llegando las avanzadas aliadas. Sentenciados, más tarde o más temprano, a caer los primeros de un ejército que huye. A ellos, se les podía permitir, en cierto modo, las salvajadas, pero no a los que vienen en plan de victoriosos, y además son compatriotas.

Pausa.

¿Piensan hacer lo mismo?

CAP. FRAN.— Me parece que es innecesario reunirse ya para el juicio.

CAP. NORT.— Me desentiendo de este asunto. Le encuentro con la suficiente autoridad para resolverlo solo.

CAP. NORT.— Eso es misión nuestra.

CAP. FRAN.— Si todas las autoridades hubieran dimitido sus cargos, cuando los nazis ocuparon tierra francesa, bajo el pretexto que creyeran oportuno, sin necesidad de enfrentarse con ello, la liberación hubiera renacido pronto en nuestra pobre patria.

ALCALDE.— (*Al CAP. NORT.*). ¿Y América, que ha soportado todo el peso de la campaña, piensa igual?

CAP. NORT.— Exactamente lo mismo. Por algo somos aliados. No discutíamos el hecho, sino sólo el momento. Proponía, simplemente, esperar a que termine la guerra y entonces, iniciar los procesos contra los colaboracionistas, sin temor a que la noticia pueda reanimar una guerra aún no dominada totalmente.

ALCALDE.— Goza usted de una criminal ingenuidad. Es decir, juzgar impunemente, sin temor a ser juzgado. Cuando debía venir el perdón general por la terminación de la contienda. Rendidos, sin condiciones, nadie hablará.

CAP. NORT.— Se nota que ha convivido con los alemanes. Se expresa igual que ellos.

ALCALDE.— Ya veo que encuentra más valerosos a estos franceses exilados, que a los que hemos luchado, por tener una patria libre, desde nuestras casas y entre nuestros enemigos, arriesgándolo todo.

CAP. FRAN.— No creo que haya arriesgado mucho desde su Ayuntamiento, obedeciendo a los alemanes. Pudo irse al monte, como un buen guerrillero. Por allí se mataban muchos alemanes.

ALCALDE.— En el exilio, en Londres, cómodamente, se puede hablar de libertades naturales. Pero aquí, los que lo hemos soportado, los quisiéramos haber visto. Siempre sin poder hablar, sin poder

RICHARD, inicia la marcha tras OLGA. Vuelve la cabeza, y al ver que no reparan en él, sale corriendo.

ESCENA VI

DICHOS, luego ALCALDE y PARTISANO.

CAP. NORT.— Es mala táctica empezar tan pronto con las represiones. Si hay franceses aquí que han colaborado con los alemanes, tiempo tenemos de sobra para juzgarlos.

CAP. FRAN.— Por favor, capitán, no discutamos por tan poca cosa. Al igual que usted que manda a los soldados norteamericanos, yo he entrado con mis partisanos franceses en este pueblo y en los mismos momentos. Pero con una pequeña diferencia. Usted es Capitán norteamericano y yo soy Capitán francés. Y esto es Francia. Y en Francia, mandamos los franceses.

Entra ALCALDE, por la segunda calle del lateral izquierdo, conducido por PARTISANO.

ALCALDE.— (*Que oyó lo dicho*). Según y qué franceses.

CAP. FRAN.— ¿Es usted el Alcalde?

ALCALDE.— La única autoridad en el pueblo, esclavizado hasta hace unos momentos, que esperaba anhelante la entrada de sus compatriotas, para que ahora le lleven preso, como hicieron los nazis.

CAP. FRAN.— No está preso, Alcalde. Solamente me permití buscarle, para que explique por qué ha sido Alcalde durante la ocupación. A primera vista, da la impresión de un colaborador del orden establecido por el Gobierno traidor a Francia y amigo por tanto de los nazis.

ALCALDE.— He de decirle que no ve claro. No conoce nada de la especial situación en que hemos vivido. Hasta ahora, he sido una autoridad francesa para evitar con su freno, los desmanes de las tropas de ocupación alemana. . . y las tonterías de mis convecinos, que sólo podían llevarles a la muerte.

CAP. FRAN.— Por ejemplo, un saqueo, esos son los desmanes que usted evita.

ALCALDE.— Por ejemplo. Habían matado a un alemán. Yo dije que fui el autor, pero prefirieron el saqueo. No me creyeron.

CAP. NORT.— Bello gesto. . . difícil de probar. . . porque, supongo que, no habrá testigos.

ALCALDE.— En los interrogatorios de los alemanes, no suele haber testigos. Y ahora tampoco hay testigos.

CAP. FRAN.— Cómo se ablandan los alemanes.

ALCALDE.— Sólo sé que todos hemos luchado por la misma causa, de la forma que cada cual ha podido. Y siempre pensando en Francia, Capitán, en su liberación.

CAP. FRAN.— Desempeñando un cargo directivo. Un patriota, cuando no está con los suyos, se suicida.

ALCALDE.— Buena solución. Pero sólo para un militar.

CAP. FRAN.— O por lo menos, dimite.

ALCALDE.— Otra forma de suicidio. Así, no se gana una guerra, ni siquiera una paz.

RICHARD.— Entonces. . .

OLGA.— También quieres beber vino, ¿verdad?

RICHARD.— ¿No tomaban cerveza?

OLGA.— No, bebían vino, mucho vino. Otros, ni eso. Se tumbaban. Soltaban la metralleta y te miraban fija, muy fijamente, como si les escondieras algo. O como si fueras un espejo empañado y sucio que no les dejara ver su imagen y mirándote se buscaban para saber que es lo que quedaba de ellos.

RICHARD.— No te entiendo.

OLGA.— Ni falta que hace.

RICHARD.— Bien, vamos a beber vino.

OLGA.— Conozco una taberna que te gustará. Sirve de merendero y para celebrar bodas. Tiene jardín y todo.

RICHARD.— Prefiero probar el vino de tu casa. Como los alemanes.

OLGA.— Allí huele mal.

RICHARD.— No te entiendo.

OLGA.— No podrías. Vamos.

RICHARD.— Se me ocurre algo. Recoge alguna cosilla de comer de tu casa y nos vamos al campo a sentarnos debajo de un árbol a merendar. Hace un día magnífico. ¿Te gusta la idea?

OLGA.— Me encanta. Tienes buenas ideas. (*Para sí*). ¿Por qué no había de acompañarte al campo a merendar ahora que los nazis se han ido?

*Entra CAPITAN FRANCES,
luego CAPITAN NORTEAME-
RICANO.*

ESCENA V

DICHOS, CAPITAN FRANCES y CAPITAN NORTEAMERICANO.

CAPITAN FRANCES.— Bien muchacho. Me gusta que las tropas norteamericanas confraternicen con mis paisanos. ¿Qué te parecen mis compatriotas, las francesitas?

RICHARD.— (*Sonriente*). Estupendas, capitán.

CAP. FRAN.— Estamos de acuerdo, muchacho. Pero, no os perdáis, porque tenéis que formar delante del Ayuntamiento, para ver qué decide el Tribunal de Guerra, contra los que han colaborado con los alemanes.

CAP. NORT. (*Entrando igual que el CAP. FRAN. por la izquierda*). Va muy de prisa, francés.

CAP. FRAN.— Creo sinceramente que es el momento. ¿Viene al Ayuntamiento? He dado orden que lleven al Alcalde para interrogarle. Hace poco que ha salido la última patrulla alemana de aquí y no ha hecho nada. Ha permitido un saqueo en el pueblo y no ha tomado ninguna medida.

OLGA se dirige al lateral derecho.

RICHARD reacciona.

RICHARD.— (*Al CAP. NORT.*) ¿Me puedo retirar?

CAP. NORT.— Sí, márchate.

RICHARD.— A sus órdenes.

JEANNETTE.— A tí misma. Luego, todo se arreglará; vamos.

OLGA.— No pienso arreglar nada. Todo está bien como está. (*A Richard*). Tal vez encuentre algo que poner para la merienda. (*A Jeannette*). ¿Tienes algo en tu casa que darnos, Jeannette?

JEANNETTE.— En mi casa no hay nada. Ya di todo lo que tenía que dar. Para mí, ha terminado la guerra.

OLGA.— Qué lástima. Para mí, empieza ahora.

RICHARD.— Eso es, vamos a buscar por tu casa a ver que hay.

PORTER, intenta coger el cántaro de JEANNETTE, pero esta se anticipa.

EDWARD, intenta coger el de OLGA, pero lo coge RICHARD.

EDWARD.— (*A Jeannette*). Espera, “beautiful”.

Dime una cosa. ¿En tu casa no bebéis?

JEANNETTE.— Claro ¿por qué?

EDWARD.— En ese caso llévame a tu casa, te demostraré. . .

JEANNETTE.— (*Caminando hacia el lateral derecho sin hacerle caso*). Vamos, Olga.

OLGA.— ¿A dónde? ¿A tu casa? ¿A la mía? ¡Déjame en paz!

JEANNETTE, sale por el lateral derecho.

Entonces, EDWARD, se vuelve hacia OLGA y la encuentra que mira a RICHARD sin reparar en él. Tose, no sirve de nada y da una patada en el suelo.

EDWARD.— ¡Maldita sea!

*Sale EDWARD, seguido
de PORTER.*

ESCENA IV

OLGA y RICHARD.

OLGA.— Me parece que sabes mucho.

RICHARD.— Ya lo creo. Me han propuesto para
cabo.

OLGA.— No te creo. Se lo preguntaré a tus com-
pañeros.

*OLGA, hace un gesto, como pa-
ra ir a buscarlos.*

Veremos lo que dicen.

RICHARD.— No, espera. Bueno. Es mentira. Pe-
ro, algo he oído, te lo aseguro.

Pausa.

¿Os han dado mucha guerra?

OLGA.— (*Que está pensando en algo distinto*). ¿Quié-
nes?

RICHARD.— Pues los alemanes.

OLGA.— Lo corriente. Son muchachos jóvenes y
fuertes.

RICHARD.— También nosotros somos jóvenes y
fuertes.

OLGA.— Sí, mucho más fuerte, porque coméis mejor.

ESCENA III

DICHOS y JEANNETTE.

JEANNETTE, intenta poner el cántaro en la fuente.

EDWARD, obsequioso, le ayuda.

EDWARD.— Mientras haya un sólo americano en Francia, una mujer no lleva un cántaro a la fuente. (*Lo recoge*). Así es mejor.

JEANNETTE.— (*Reacciona, lo recupera y lo pone en la fuente*). Por favor, no me haga ir por otro.

EDWARD y PORTER, forman grupo con JEANNETTE.

No me haga perder el viaje, no tengo tiempo para conversaciones.

RICHARD.— (*Que sigue con OLGA, a JEANNETTE*). Eso es. No os dejéis robar el cántaro francesitas. ¡Qué haría una francesa sin su cántaro! Llévame a tu casa, y a cambio de ese cántaro que le vas a regalar a mi amigo Edward, yo te daré cerveza.

Le quita la cantimplora a PORTER y la levanta en alto.

Pero, cerveza alemana, auténtica. De la que beben sus jefes, no esa porquería que les dan en el rancho. Alemana cien por cien.

PORTER.— Pero, que conste, que la cerveza es de mi cantimplora, la de la suerte.

RICHARD.— De acuerdo, cuando lo contemos, constará que al cerveza que nos bebimos era de la cantimplora de Porter.

PORTER.— ¿Cómo?

EDWARD.— Y yo tengo agua de Colonia, legítima, pero de la verdadera Colonia, la alemana, esa ciudad inmensa que tiene una hermosa catedral.

JEANNETTE.— Ya nos sabemos lo de la catedral de memoria. Los alemanes no hacían nada más que hablar de su catedral de Colonia. Y ahora no tengo ganas de oír hablar de Brooklyn, ni de Hollywood. No me interesa. ¡Vámonos, Olga!

OLGA, no hace caso a JEANNETTE.

RICHARD.— Ya tenemos agua. Pero, si tuviéramos algo que comer, la merienda sería mucho mejor.

OLGA.— ¿Es que tú no vas a poner nada?

RICHARD.— Cerveza.

OLGA.— Es de Porter.

JEANNETTE.— Olga, vete a tu casa. Te espera tu madre.

RICHARD.— ¿Quieres comer rancho?

OLGA.— No creo que sea malo, porque los periódicos dicen que os declararéis en huelga cuando os dejan sin natillas de postre.

JEANNETTE.— Olga, vamos a tu casa.

OLGA.— (*Volviéndose a Jeannette*). Mi casa apesta. ¿No lo sabías?

JEANNETTE.— Sí, lo sé. Y la de todos. Pero tienes que acostumbrarte.

OLGA.— No pienso acostumbrarme. Soy libre. No tengo que dar cuenta de mis actos a nadie.

ESCENA II

DICHOS y OLGA

OLGA.— Hola, muchachos, ¿cansados?

EDWARD.— ¡Bah! Esto ha sido para nosotros algo así como unas pequeñas maniobras en el extranjero.

OLGA.— (*Ríe*). Vaya, vaya. Unas maniobras que han durado cuatro años. No está mal. Es todo un record.

RICHARD.— ¡Viva la dulce Francia! ¡Viva la juventud! ¡Viva el humor! ¡Viva sus vivientes flores campestres!

OLGA.— No sabía que los norteamericanos mandaban sus poetas a la guerra.

RICHARD.— Cuestión de tacto. Hay que reafirmar las relaciones internacionales.

OLGA.— ¡Ah! Claro, agregado al servicio diplomático.

RICHARD.— Algo así, más o menos.

EDWARD.— Sí. (*A Olga*). Ya sabes, alto secreto.

RICHARD.— Cuando venía entrando al pueblo, crucé los dedos. Eso me trae suerte, ¿sabes? y al poco tiempo apareciste tú. Desde que te vi llegar me lo dije: “Te la envía el Tío Sam, por bueno”.

EDWARD.— ¿Cómo lo sabes? Eso mismo me dije yo: “Edward, ahí viene tu tipo, andando derecho hacia tí”.

OLGA.— (*A Porter*). Y tú, ¿qué te dijiste? ¿También soy tu tipo?

PORTER.— Yo me dije: “No hay nada que hacer. Esta chica debe tener un regimiento de franceses detrás”.

EDWARD.— Porter, pertenece al tipo pesimista.

PORTER.— Pues, yo oí que la silbaban.

RICHARD.— Fui yo.

OLGA.— Sí, yo oí algo así como un estornudo, pero no sabía claramente que fue.

RICHARD.— Pues, no silbo tan mal. En mi pueblo les gustaba a las muchachas que les silbara mientras manejaba el automóvil.

EDWARD.— Qué eras ¿taxista?

RICHARD.— El carro era mío. Bueno, me lo pagaba la compañía, pero como si lo fuera. Yo viajaba mucho.

OLGA, saca el cántaro de la fuente.

OLGA.— ¿Qué barbaridad? ¿Y por qué no te lo has traído? Podíamos haber dado un paseo, y mientras manejabas, podías silbar alguna cosilla.

RICHARD.— No me dejaron embarcarlo. Se lo dije al Sargento: “Sargento, como yo creo que esta guerra va a ser cosa de unos días, quisiera llevarme el carro para pasear por París con alguna francesa”.

OLGA.— ¿Y qué dijo?

RICHARD.— Pues, dijo: “Ya he pensado en eso, no te preocupes. Pasearás en tanque. Irás más seguro”.

Rien.

Entra JEANNETTE, con otro cántaro.

PORTER.— Maldito pueblo. ¿Cómo podrá vivir, aquí, la gente? Mirar, ni agua tienen. (*Va hacia la fuente*). Una fuente para todos.

EDWARD.— ¿Pero en este pueblo no hay mujeres? ¿Será posible que se las hayan llevado los alemanes para sus oficiales? (*Sacudiendo a Richard*). ¿Quiero mujeres, Richard! Tú, veterano Richard ¿dónde están?

RICHARD.— Oye, muchacho, ¿qué quieres? ¿Que vaya yo a buscártelas ¿Eso es lo que te enseñaron en “la base”?

PORTER.— O.K., Richard. Buen golpe. Otro y le dejás knock out.

Ríen alegres.

RICHARD.— Está insoportable. Y se le podía perdonar si luego sacara algo, pero con su “my darling”, para arriba, “my darling”, para abajo, y todas le dejan plantado. Y no sé que vamos a hacer con este “baby”. Es un caso perdido.

PORTER.— Cuando llegues al Rhin, las tendrás hasta alemanas. Son un poco sonsas pero, si sabes condimentarlas, no hay problema.

EDWARD.— También me gustan. Además, por eso no temas, soy buen cocinero.

PORTER.— ¿Quieres cerveza de mi cantimplora? Es la mejor cerveza negra alemana fabricada en cervecerías de Chicago, y sabe tan buena como la alemana, o quizá mejor.

RICHARD.— Déjame en paz con tus nazis y tus cervezas falsificadas. ¿Pero existen todavía nazis en Francia?

EDWARD.— Yo contigo no bebo cerveza, eres muy feo. Guárdala para las indígenas, verás como les gusta.

PORTER.— (*Estirando los brazos*) ¡Qué partido de béisbol me jugaba yo ahora!

RICHARD.— No seas tonto, Edward. ¿Terminamos de echar a los nazis y vas a ofrecer a las muchachas cerveza negra?

EDWARD.— Es que no tengo Coca-Cola.

Pausa.

¡Esto no es guerra, ni nada! ¡Vaya un recibimiento!

RICHARD.— Espera, hombre. Ten paciencia. ¿No has oído a Portes? No hay más que una fuente, de lo que se deduce, que tienen que venir a recoger agua. No las espantes con tus gritos. Ellas están acostumbradas a los nazis. (*Parodiándolos*). A su seriedad. Tan sólo quieren nazis, porque a eso están acostumbradas. De ahí que necesitamos amoldarlas a nuestras maneras. Ellas no conocen las risas y la alegría. No saben que es democracia.

EDWARD.— Claro, los alemanes con las prisas que llevan, ni hablan siquiera. (*Parodia*). “Quiero esto. Hay que darse prisa. No conozco tu idioma”. Y despachada. “Yes, yes”. Despachada. A otro pueblo y a otra casa.

PORTER.— Por eso yo les traigo muchas baratijas alemanas.

RICHARD.— Sí, cerveza del Rhin. . . hecha en América.

Ríen los tres.

RICHARD, mirando hacia el lateral derecho, silba de admiración.

Entra OLGA, alegre con un cántaro.

Pausa.

Escucha, Olga. Hace un momento entró en mi casa un alemán, pálido, desencajado, daba asco verle, tenía más miedo que yo, y para serme más repugnante me habló de sus sentimientos y de tí, de la chica que vió en la fuente que le recordaba a su asquerosa familia que tiene no sé dónde, ni me importa. No sabía quien estaba contigo pero era igual, lo importante es que él viniera a tu casa. Con él estabas más segura que con tu misma madre. Conozco a los hombres, ése es un cobarde, un traidor si llegara el caso y yo lo tengo todo perdido y estoy en guerra, yo sigo luchando. ¿Tú sabes donde fui cuando les dejé en la taberna? A buscar al hijo de Bertin para que corriera al monte a decirles que estaban aquí y cuántos eran.

Pausa.

Dime algo, Olga, dime que lo comprendes. Dime que no estoy sola.

OLGA,— Eres una zorra Jeannette. Todo el pueblo lo dice.

JEANNETTE.— Dios te perdone, Olga.

JEANNETTE va hacia la puerta.

OLGA le grita.

OLGA.— ¡Hans, no es ningún traidor!

TELON

C U A D R O C U A R T O

*Mismo día por la tarde.
Decorado del cuadro primero. Sin
luz de sol.*

ESCENA I

*RICHARD, PORTER y
EDWARD.*

*Por la calle del lateral izquierdo
entran RICHARD, PORTER y
EDWARD, jóvenes soldados ame-
ricanos.*

RICHARD.— ¡Qué pocos pueblos les van quedando
a los alemanes en Francia!

Rien alegres y despreocupados.

Un empujoncito más y con ellos al Rhin de cabeza.

PAUL.— (*Extrañado*). ¿Contigo? (*Con fría lucidez*).
Creo que no te das cuenta, Olga, pero esta casa me
apesta. Creo que no volveré a entrar.

Abre la puerta.

Entre tú y yo, siempre habrá un alemán.

Sale PAUL

OLGA queda sollozando

Entra JEANNETTE.

ESCENA VIII

OLGA y JEANNETTE

*JEANNETTE, queda silenciosa
mirando a OLGA.*

OLGA.— ¿Qué buscas aquí?

JEANNETTE.— Tu agradecimiento por conservarte
pura y limpia para tu Paul.

OLGA.— ¡O justificar el buen rato que te has me-
tido en el cuerpo con el alemán.

JEANNETTE.— (*Tranquila*). ¿Te acuerdas de Jac-
ques? (*OLGA no contesta*). Me amaba. Quizá, más
que Paul a tí. Un día no pudo soportar más los
horrores que padecía Francia y entró en la Resis-
tencia. Voló trenes llenos de armamentos alemán,
destrozó puentes, inutilizó carreteras, ametralló pa-
trullas nocturnas. . . , y un día cayó él. Me enteré

de todo muchos días después; sólo me quedó llorarle. Luego entré yo también en la Resistencia. Es lo único que podía hacer por él, abrazar su causa, por la que murió.

•

Pausa.

OLGA sigue callada.

Mientras, tú seguías en tu casa con las manos limpias, rezando por Paul, y lavando tus ropas que ni el mismo Paul se atrevía a tocar. Yo viví con ellos, pasé sus mismos dolores y miedos y también ví, día a día, el deseo que yo les clavaba en las entrañas saltarle a los ojos como chispas. Y eran hombres, Olga, condenados a muerte, eran hombres de los cuales cada vez que salían, volvía uno menos. No había ni que preguntar, sólo verlos entrar, contándolos, sin un gesto, hasta ver el que faltaba, y luego la mirada de deseo siempre clavada en sus ojos ya muertos, vidriosos por el miedo y el hambre de poseerme antes de morir. Y Jacques muerto y yo en medio de todos ellos clavada en mi cruz. Y una noche cuando más los amaba y cuando más odiaba a los alemanes, me entregué a uno antes de que partieran. No volvió más. No se con qué ojos habría vuelto a mirarme. Y tampoco sé cuál sería mi mirada al verle entrar. Después ya no tuve más que seguir alegrando sus últimos días dándoles valor. Cogía entre mis brazos niños temblorosos y soltaba hombres, Olga, dispuestos a matar y a morir. Hacía la guerra a mi manera. No podía poner bombas en los puentes, ni volar trenes. Era mi guerra y sin olvidar a Jacques, te lo juro, no lo he olvidado. Por él hice esto. Por su vida que era la mía. Por su muerte que ha sido la mía. Pero tampoco sabes qué es amar.

Pero esto muchachos son frulerías, bobadas. Klastsch. Klastsch. Puras bobadas.
WERNER.— Vamos rápido. Déjate de despedidas. La chica se hace cargo. Cuando llegues a tu pueblo le mandas una foto.

HANS, que no se ha movido, mira a OLGA. Luego se agacha y recoge el morral. Camina hacia la puerta.

OLGA.— (*Dulcemente*). Adiós, Hans.

HANS, queda clavado al oírla, sin moverse.

WERNER y LERSE se ríen ruidosamente al oír. Mueven la cabeza en señal de admiración, mientras, palmoteándole la espalda, le empujan hacia la puerta.

Salen HANS, WERNER y LERSE.

ESCENA VII

OLGA y PAUL.

Sale PAUL de la habitación.

OLGA.— (*Abrazándole*). ¡Todo pasó! Salvado, Paul. Te has salvado.

PAUL.— (*Dejándose abrazar*). Esta vez sí. Veremos la próxima.

PAUL se desprende de OLGA y se dirige a la ventana. Levanta el visillo y mira.

OLGA.— (*Que ha quedado abandonada en su abrazo*).

¿Qué dices, Paul? Esconde ese fusil; pueden volver.

PAUL.— No conoces su táctica. Esos vuelan lejos, como águilas.

OLGA.— No sabemos, esconde ese fusil.

PAUL.— ¿Esconderlo, ahora que puedo cazar otro?

Si vieras como quedó. Todavía no había bajado le fusil de la cara y ya estaba panza arriba. Pronto olerá. Lástima no se coman su propia carroña. Nos dejarían limpios los campos.

OLGA.— No digas esas cosas, me das horror. Ya pasó.

PAUL.— No pasó nada. Todo sigue igual. Ellos son alemanes. Nosotros franceses. Llevamos cuatro años matándonos y tú quieres ahora terminarlo todo porque he salvado una vez más la vida. Ahora es cuando viene lo mejor. Creo que ya puedo salir.

Pausa.

Creí que me iba a podrir dentro de esta casa. Tras ellos, siempre tras ellos, unos tras los otros, es el destino, el de toda Francia. Uno a uno. . . , ya han pasado la fuente. Ya salen del pueblo. (*Se dirige precipitadamente hacia la puerta*). Adiós, Olga.

OLGA.— ¿A dónde vas?

PAUL.— Pagarán lo que han hecho en el pueblo.

Alguno lo pagará.

OLGA.— Quédate conmigo. Tengo miedo.

¡Pero eso no es un asesinato! Vamos.

OLGA.— (*Cogiendo a HANS de un brazo*). Por la memoria de su amigo Herman. . . Si de verdad lo quería, hágalo por él. No lo asesine como asesinaron a Herman. No derrame más sangre inútilmente. Y menos en su memoria. El quería consagrar su vida a salvar otras y usted mancha su memoria con ese proceder.

PAUL.— (*Enérgico*). ¡Cállate, Olga! Herman, no fue asesinado. Y hay que saber perder.

HANS.— ¿Fue usted?

PAUL.— Sí, fui yo. ¡Qué pasa!

Lllaman a la puerta de la calle con insistencia.

Voz de WERNER.— ¡Abre, Hans! Se terminó. Cierra el morral y vamos.

HANS, OLGA y PAUL quedan expectantes. Vuelven a llamar.

Voz de LERSE.— Hans, abre de una vez y sal. Esto se ha acabado.

Siguen sin reaccionar.

Voz de WENER.— Hans, tenemos que marchar. ¡Abre o derribo la puerta!

HANS, retrocede lentamente de espalda a la puerta. Pone la mano en el picaporte. Continúa apuntando.

HANS.— (*A PAUL*). ¡Escóndase!

PAUL vacila, luego, rápido se mete en el dormitorio.

(*A OLGA*). Tire un vaso de vino al suelo. . . y una silla.

OLGA obedece.

Acérquese.

HANS la despeina y le raja el vestido.

Ya voy, muchachos.

HANS abre la puerta.

Entra WERNER y detrás LERSE.

ESCENA VI

DICHOS, WERNER y LERSE.

WERNER.— ¿Estás loco, muchacho? Deja ya tranquila a la muchacha, que si no perdemos contacto con los compañeros.

LERSE.— Para ser la primera vez que te remangas el brazo lo has cogido con fuerza. No la has espantado, no.

OLGA continúa al lado de HANS.

HANS.— ¿Te declaras culpable? ¿Has sido tú? En ese caso mejor será que nos marchemos. Vamos.

PAUL.— (*Dando un paso hacia HANS*). Vamos.

OLGA.— ¡Por Dios! (*Avanza hacia HANS pero este retrocede y sigue encañonándolos*). No haga eso o será como todos ellos. Alguien tiene que ser el primero en perdonar. Pero no, usted es como todos ellos. Me dijo que no saquearía mi casa y se lleva lo que más quiero. ¿Eso no es traición, eso sí es militar?

PAUL.— Calla, Olga, no es momento.

OLGA.— Este es el momento. Antes habló y habló y me dijo que esto es asqueroso, que os matáis como perros, en acecho con todo el odio acumulado por los que murieron. . . , y ahora te lleva a tí.

HANS.— No puedo hacer otra cosa. Es diferente lo que cada uno piensa, y lo que cada uno, cuando llega el momento, tiene que hacer. Creo, además, que así evitaré muchas cosas que todavía puedan ocurrir en este pueblo. Sería la forma de irnos cuanto antes.

OLGA.— De irse matando a un hombre. Y así, fríamente, sin defensa. Cuando nadie lo espera. Usted lo coge y lo lleva a matar.

HANS.— Estaba armado, pudo matarme.

OLGA.— Pero no le dejó utilizar su arma. Dirá orgulloso cuando le entregue: “Tomar, aquí lo tenéis. Este ha sido. Acabar pronto. Felicitar me, yo lo he encontrado”.

HANS.— (*Con un gesto de cabeza a PAUL*). Vamos.

OLGA.— ¡No, no puede ser! No te marches, Paul. Te asesinarán. ¡No te dejarán defenderte!

HANS, con la mano izquierda separa enérgicamente a OLGA de PAUL.

HANS.— ¿Asesinarle? Usted no conocía a Herman. Un muchacho más joven que yo. Dieciocho años. . . Nunca había hecho nada a nadie. Ni siquiera un disparo hizo en la guerra. Llevaba alistado unos meses y era el radiotelegrafista de nuestro grupo en retirada. Siempre el último, junto a las avanzadas del enemigo. Radiando todos los días la posición de avance de las primeras patrullas de vanguardia de los aliados. Como si jugase. Como un niño. Siempre me estaba diciendo: “Oye Hans. ¿Oyes esos ruidos? Escucha Hans, ya se siente otra vez voces alemanas por la radio. Nos dan los buenos días. . . Gutten morgen. Nos dicen gutten morgen, Hans”.

Pausa.

¿Y eso no es un asesinato? ¡Eso sí es guerra! Parece que todavía está aquí al lado. Sentado en esta mesa.

Avanza hacia la mesa y la golpea con el cañón de la metralleta.

Aquí, aquí, parece que está leyendo todavía. Siempre me decía lo mismo. “Hans, no creas que son tonterías que siga estudiando medicina en los descansos. Mi padre murió porque no había un médico junto a los escombros que le salvara. Se desagró. La guerra ya se acaba. De un día a otro nuestros jefes nos dirán que nos rindamos, Hans. Y entonces habrá paz, y podré ser médico, y salvar a mucha gente”.

Pausa.

HANS abre la puerta lateral izquierdo y lanza una mirada hacia adentro. Mira de frente al cuadro que cita.

¿Es su padre?

OLGA.— (*Va hacia HANS*). ¿Cómo? ¡Ah, sí! Es su última fotografía. Era muy bueno. No hizo daño a nadie. Disfrutaba en sus viñas y en sus campos. La guerra se lo llevó todo. Murió en un bombardeo. Venía de la ciudad de vender un camión de grano, pero no llegó nunca. Voló dentro del camión. No tuvo tiempo de parar y arrojarle a un lado de la carretera. Tampoco él tuvo entierro.

HANS.— Lo siento. ¿Vive sola?

OLGA.— Con mi madre que está al llegar. Fue a ver al cura. Nos da muchos ánimos a todos los del pueblo.

HANS, mientras OLGA quedó mirando al cuadro y hablando de su padre, va al dormitorio del fondo del lateral izquierdo. Abre con la izquierda y aparece la figura confiada de PAUL. Antes que reaccione, HANS, le mete el cañón de la metralleta en el vientre.

OLGA se dirige a HANS.

HANS, retrocediendo, encañona a los dos.

ESCENA V

OLGA, HANS y PAUL.

HANS.— ¡Quieta! (*A PAUL*). ¿Qué haces aquí?

PAUL.— Es mi novia.

HANS.— Sal. Con el fusil, sácalo, no lo tires.

*PAUL sale de la habitación.
HANS sin perderle de vista se asoma a la habitación. Luego cierra la puerta.*

HANS.— ¿Qué hacías ahí escondido? Hay en el pueblo muy pocos jóvenes y armado ninguno. ¿Eres de la Resistencia, verdad?

OLGA.— Es mi novio, es Paul. Vino a verme.

HANS.— ¿De dónde? ¿Dónde estabas antes?

PAUL.— Por ahí, cazando.

HANS.— ¿Alemanes?

PAUL.— Tal vez.

HANS.— Hace poco, a la entrada del pueblo, mataron a un alemán.

PAUL.— Lo sabía. En los pueblos las noticias vuelan.

OLGA.— ¿Qué va usted a hacer?

HANS.— Entregarlo. Sospecho que ha sido él.

OLGA.— No, Paul no ha sido. Lleva aquí mucho tiempo.

HANS.— Su madre en casa del cura y usted en la fuente. ¿Cómo sabe que lleva mucho tiempo?

OLGA.— Me lo ha dicho él, que estaba cansado de esperarme. ¿Verdad, Paul?

PAUL.— Yo no he dicho nada. (*Avanza hacia HANS*). Acabemos de una vez.

asqueroso; en esto se ha convertido la guerra. . . juego sucio. . . golpe bajo. Pero no hay más remedio. O das o recibes los golpes.

OLGA.— (*Sin volverse de la ventana*). Creo que mataron a un alemán a la entrada del pueblo.

HANS.— Por la espalda. Como a un perro. Y qué fácil es morir.

OLGA.— Cada uno se defiende como puede. ¿Cogieron al que lo hizo?

HANS.— Todavía no. Por eso es el saqueo.

Pausa.

¿Puedo beber?

OLGA.— Ahora es el amo.

Va hacia HANS y se detiene delante cruzada de brazos con naturalidad.

En pocos minutos esta casa ha cambiado de dueño varias veces. Es la guerra.

HANS.— Así nos irán matando a todos. (*Bebe*). No volveré a Hamburgo, ni tendré la dignidad de poderme defender. En cada sendero irá quedando uno. Un disparo, una nubecilla de humo y a veces un grito. Eso será todo. (*Vuelve a beber*). El Alcalde ha sido un cobarde, nos ha entregado a todo un pueblo por salvar a uno. Un alemán se hubiera declarado culpable.

OLGA.— (*Sentándose frente a HANS*). Con eso no conseguiría nada. Los alemanes siempre terminan igual. Sin ese alemán muerto por medio, se buscaría otra causa. Hay que ir saqueando los pueblos, matando cuerpos y almas.

HANS.— ¿Cree usted de verdad que somos unos asesinos?

Pausa.

Lo que estamos haciendo es defendernos. (*OLGA sigue sin contestar*). Yo también tengo una casa. Y una hermana. Ahora estará viviendo el terror de los bombarderos nocturnos. Andando a oscuras, sin haberse desnudado en toda la noche, esperando la señal de alarma para correr al refugio.

OLGA.— Me habló de ella, pero muy poco. Solo me dijo que se me parecía. Cuénteme cosas de ella.

HANS.— Helga es una niña. Tiene sus mismos ojos, grandes, profundos, sin fondo, a veces me da miedo. No sé qué ocurre en su cabeza. Y cuando se enfada mira como usted lo hizo en la fuente.

OLGA.— ¿Hace mucho que no la ve?

HANS.— Mucho, ya no importa cuanto. Se me hace una eternidad. Llega un momento en que el tiempo no se mide por días y meses, hacia adelante, sino hacia atrás. Se repara de pronto que todavía se está vivo y que se escapó una vez más de la muerte. El tiempo se mide simplemente por la sucesión de peligros salvados.

OLGA.— Beba, creo que está cansado.

HANS.— Sí, debo descansar. (*Coge la metralleta y la mira un momento, luego, despacio se dirige al lateral izquierdo*). ¿Hay por aquí algún dormitorio?

OLGA se pone delante de la puerta donde está PAUL. Protege con su cuerpo la entrada, pero con naturalidad.

HANS.— Te lo digo en serio. Te devolveré el favor.

WERNER.— (*Va hacia HANS y le coge de un brazo. HANS aguanta firme*). Largo, Hans, corres peligro. No me hagas perder la paciencia.

HANS.— Escúchame, Werner. Estoy con la rubia. La de la fuente, la que a tí te gusta. Vive casi al lado, dos casas más abajo. . . y quiere estar contigo. Me ha mandado a buscarte. Le has gustado.

WERNER duda.

WERNER.— ¿También intentas engañarme?

HANS.— Te lo digo en serio. Me dijo que estabas aquí con su amiga Olga, que te vió entrar y que te llamó pero tú no oíste nada. Vete con ella. Se llama Jeannette, ¿recuerdas?

WERNER.— (*Dudando aún*). ¿Lo dices en serio? ¿Te preguntó por mí?

HANS.— Te lo digo en serio, Werner. Creo que nos hacemos el favor mutuamente. No lo pasarás mal. Te está esperando.

OLGA.— (*Despectiva*). Vaya con ella. No lo sentirá, se lo aseguro. Tiene un corazón grande, donde caben todos los soldados del Führer.

WERNER bebe un vaso de vino de un trago. Coge su mochila y metralleta y se dirige a la puerta.

WERNER.— Estamos en paz, Hans, no me debes nada. Si me necesitas estoy dos puertas más abajo. (*A OLGA*). ¿Quieres algo para Jeannette, encanto?

OLGA.— Ya no quiero nada para ella. Que Dios la perdone.

WERNER.— Nos perdonará a todos, ya verás. Si no tendrá que cerrar el cielo.

WERNER sale riendo.

ESCENA IV

OLGA y HANS. PAUL escondido.

HANS, cierra la puerta. Tarda unos instantes en volverse. OLGA le observa fijamente. Luego se quita la metralleta que traía colgada y la pone sobre la mesa.

Pausa larga.

HANS.— No debe hablar en ese tono de Jeannette. Ella sabía mi interés por usted, se lo dije, y me pidió que viniera a protegerla. Sabe lo que se hace. Al menos el sentido de la amistad no lo ha perdido. Me habló de Paul, su novio y quiere que al menos ustedes sean felices.

OLGA va a la ventana, levanta un visillo y queda mirando a la calle.

Creí que llegaba tarde. (*Se sienta. Apoya los codos en la mesa y la cabeza entre las manos*). Esto es

¡Largo de ahí, esta casa ya tiene amo! (*A OLGA*). Y ahora disfrutemos del poco tiempo que tenemos. La vida es corta. (*La besa antes que OLGA reaccione*). En estas circunstancias tiene que ser corta a la fuerza. Un francés mata a un alemán. Un alemán ama a una francesa. Y como consecuencia tal vez un alemán menos y un francés más. (*Ríe*). Tiene gracia. Esto se llama una guerra sin pies ni cabeza.

WERNER le ofrece de nuevo de beber.

Toma, bebe. El alcohol te hará comprender las cosas.

PAUL, acecha desde la puerta el momento de salir.

Vuelven a llamar más fuerte.

¡Largo de ahí, imbécil! ¿O quieres que salga?

WERNER se levanta bruscamente sin preocuparse de OLGA y abre la puerta.

PAUL, al incorporarse WERNER cierra la puerta.

Entra HANS.

ESCENA III

DICHOS y WERNER.

WERNER.— ¡Vete a los infiernos, trompeta! ¿Qué buscas aquí? ¿Te tocó alguna vieja?

HANS, no contesta, sigue desde que entró mirando a OLGA.

Vamos, dí de una vez. ¿Qué quieres? Tómame un vaso y lárgate. El tiempo vuela más que un avión.
HANS.— No es una vieja, Werner, pero me dijo donde estabas. Vengo a pedirte un favor.

WERNER.— ¡Mierda! Cada día eres más tonto. Con soldados así es lógico que no ganemos la guerra.

Pausa.

¿De qué se trata? No creo que necesites dinero ni para mujeres, ni para compras. Todo es gratis. Paga el ejército.

HANS.— Déjame esta casa y vete a la mía. También es joven y bonita.

WERNER.— (*Recostándose en la puerta, demostrando su intento de no moverse, saca un cigarrillo*).
¿Me crees capaz de dejártela?

En la habitación de PAUL se oye ruido. OLGA escucha asustada. WERNER y HANS no lo perciben.

WERNER.— Durante dos horas soy el dueño de esta casa.

OLGA.— ¿Dueño?

WERNER.— Puedo saquear las cosas. . . y las personas.

Pausa.

Es la orden.

OLGA.— Eso no es una orden, es una salvajada. (*Sarcástica*). Así actúa el ejército alemán.

WERNER.— Siempre que nos matan por la espalda sí. No somos conejos para irnos cazando escondidos por las lomas. Al pueblo hay que enseñarle. O sé es paisano o sé es soldado, pero no se puede jugar a la guerra. El soldado hace barbaridades, hasta se las mandan hacer, su uniforme se lo permite. Pero el paisano tiene tan sólo que criticar, que hablar. Nada de actuar. Cuando llegue la paz ya pondrán las cosas en su sitio.

OLGA.— Son ustedes muy disciplinados. Todo lo encasillan perfectamente.

WERNER.— ¿Tienes vino, muñeca? Saca una jarra y deja esas cosas para nosotros que son muy complicadas. . . y dos vasos. Será mejor que bebamos juntos.

OLGA.— No tengo vino.

WERNER.— (*Levantándose*). ¿Quieres que vaya yo a buscarlo? (*Mira en todas direcciones*). Tengo buen olfato y creo que lo encontraré en alguna parte. He visto las viñas a la entrada del pueblo. Creo que todas las casas tienen vino, lo produce esta región. Además, así nos animaremos antes.

*OLGA, temiendo descubra a
PAUL, mira a la puerta. Después*

se dirige a un mueble y saca una jarra y dos vasos y lo pone en la mesa.

Supongo que tendrás también algo para comer. El vino pide algo que mascar.

OLGA saca medio pan, un cuchillo y un pedazo de jamón. Lo pone todo sobre la mesa.

WERNER se sirve un vaso de vino que bebe de un trago. Vuelve a llenarlo, agarra a OLGA y la sienta en sus rodillas.

Aquí cerquita, como buenos amigos.

Llena el otro vaso y se lo ofrece.

Toma, bebe.

PAUL, abre lentamente la puerta y saca un cuchillo de la cintura.

OLGA, frente a él, le mira rígida.

¿No bebes? No te asustes que no soy una aparición. Soy un hombre como otro cualquiera. Lo mismo que tú, una mujer como otra cualquiera. Dios nos cría. . .

OLGA baja la cabeza y mira a WERNER.

Llaman a la puerta.

Llaman a la puerta. PAUL coge el fusil que había dejado junto a la ventana. Apunta a la puerta.

PAUL.— ¡Abre!

OLGA.— ¡No! Escóndete.

Se miran fijamente.

PAUL.— Abre de una vez. ¿No te das cuenta que han oído la presa?

PAUL afianza el fusil.

Vuelven a llamar.

OLGA.— Por favor. Todavía puede haber salvación.

PAUL duda.

OLGA, le quita el fusil y le empuja hacia la habitación. En la puerta se lo devuelve.

Métete debajo de la cama.

Voz de WERNER.— ¡Abrir de una vez! ¡Qué estáis esperando!

OLGA cierra la puerta, luego va y abre la puerta de la calle.

Entra WERNER.

ESCENA II

*OLGA y WERNER,
PAUL escondido.*

WERNER, mira y apunta con la metralleta en todas direcciones. Parece que no repara en OLGA; luego la reconoce.

WERNER.— ¿Eres tú, palomita? (*Arroja el morral en la mesa*). ¿Estás sola en el nido?

OLGA.— Sí.

WERNER.— ¿Vives sola? ¿No tienes a nadie?

OLGA.— Madre y un hermano.

WERNER.— ¿Dónde están?

OLGA.— Mi madre con el señor Cura

WERNER.— ¿Y tu hermano, dónde se esconde?

OLGA.— No lo sé. Hace tiempo que no lo veo.

WERNER.— Por esos montes cazando alemanes ¿no?

La juerga de la temporada. Los mozos del pueblo se echan al monte a buscar alemanes con la misma minuciosidad que antes ponían las muchachas buscando tréboles de cuatro hojas. ¡Buena casa me ha tocado!

WERNER, deja la metralleta en el respaldo de la silla y se sienta de espalda a la puerta por la que desapareció PAUL.

OLGA.— ¿Viene usted a alojarse aquí?

WERNER.— ¿Alojarme? Tiene gracia. ¿Es que no te has enterado todavía?

OLGA.— ¿No se quedan?

OLGA.— (*Extrañada*). ¡Tú! (*PAUL no contesta*).

¿A qué has venido? ¿Qué haces aquí?

PAUL.— Hay forasteros. ¿Los has visto?

OLGA.— (*Arrojándose sobre él*). ¡Cuánto tiempo, Paul!

PAUL.— No es momento de recordar. Corro peligro. ¿Y tu madre?

OLGA.— Está en casa del cura. La gente está asustada. Mal momento has escogido para venir a verme.

PAUL.— No he venido a eso. El amor para cuando haya tiempo. Si estoy aquí cuando los alemanes ocupan el pueblo, comprenderás que no he venido a besarte.

OLGA.— Entonces. . .

PAUL.— (*Va a la ventana*). ¿Sabes lo que quieren?

OLGA.— Vienen de paso y van a quedarse esta noche en nuestra casa.

PAUL.— No digas tonterías. Si han entrado en el pueblo es buscándome.

OLGA.— ¿Cómo? ¿Qué dices?

PAUL.— Estaba con la partida que derribó al alemán. Me quedé aislado en cuanto disparé sobre él. Mis compañeros se dispersaron al ver que nos perseguían y yo para salvarlos huí en dirección contraria. Se deben haber dado cuenta de que me he refugiado en el pueblo. Son listos los muy cerdos. No pararán hasta encontrarme.

OLGA.— ¿Le mataste a traición?

PAUL.— ¿A traición? ¿Qué palabras usas ahora? Le entró por la coronilla. Antes de que yo empezara a correr ya estaba tendido. (*Pausa*) Creo que ahora me toca a mí. (*Se dirige a la puerta*). Tengo que esconderme.

OLGA.— No. Eso no. (*Lo abraza*). No te marches, no salgas, te matarían. Yo sé una manera de que

nadie te haga nada. Conozco a uno que te protegería sin darse cuenta. (*OLGA abre la puerta del fondo*). Escóndete debajo de la cama. Voy a buscarlo.

PAUL.— (*Cogiéndola bruscamente del brazo*). ¿Dices que conoces a uno? ¿Ya?

OLGA.— Déjame que te explique.

PAUL.— (*La arroja sobre la mesa*). Hay cosas que no tienen explicación.

Pausa.

Esto se acaba, Olga, me marchó. Que tengas suerte, adiós.

OLGA.— (*Incorporándose*). Le acabo de conocer. En la fuente. Yo iba con Jeannette por agua. No pasó nada, sólo hablamos un poco. Eso es todo. Es un niño. No hacía más que hablarme de su hermana.

PAUL.— ¿Pretendes tranquilizarme diciendo que estabas con ésa?

OLGA.— Jeannette no es mala. La conozco bien.

PAUL.— Digo lo que dice todo el pueblo.

OLGA.— Pues mienten.

PAUL.— No mienten, Olga, no mienten. (*Gritando*). Yo sé todo lo que ha hecho. Es una zorra.

OLGA.— No lo creo. Son canalladas. No es de la única que hablan mal. En los pueblos no se puede hacer otra cosa que murmurar.

PAUL.— Ha sido nuestra, Olga, nuestra, de toda la partida, desde el primero al último. No la defiendas. Más de uno ha seguido en la partida sólo por estar con Jeannette. Y pocos días antes habían matado a su querido Jacques, su novio del alma.

mundo. Pero no sabemos dónde estaba la felicidad del mundo y eso es lo que hay que buscar al final de toda guerra.

SARGENTO.— Con tiempo hubiéramos construído un nuevo orden de vida.

TENIENTE.— Si ese tiempo no implicara más que tiempo y no vidas humanas, tal vez no lleváramos la duda en le alma.

SARGENTO.— Sí, la pérdida de Alemania será muy grande y la venganza del enemigo será mayor aún.

TENIENTE.— Todos los pueblos escupirán sobre Alemania. Incluyendo a Maguncia, donde vive su novia.

SARGENTO.— No conozco a Maguncia. Elsy se fue con una tía de su padre cuando salí para el frente. Tengo veintidós años. Conozco todo el mundo desde Egipto a Normandía, pero de Alemania, de mi pobre Alemania, sólo conozco mi pueblo y un montón de estaciones de tren hasta la frontera.

TENIENTE.— (*Poniéndole una mano sobre el hombro*). ¡Y qué importa no conocer la Patria! Cuando llegemos a Alemania veremos un solar irreconocible.

T E L O N

C U A D R O T E R C E R O

Habitación comedor de una casa humilde de labradores franceses.

En el lateral derecho, en primer término, puerta de entrada a la casa; al fondo, ventana con visillos gruesos.

Puertas en el lateral izquierdo y al fondo del escenario.

ESCENA I

PAUL, después OLGA.

PAUL, con su fusil en la mano, acecha por la ventana con un visillo levantado. De pronto se esconde detrás de la puerta del lateral derecho que da a la calle.

Entra OLGA, y PAUL termina de cerrar la puerta recostándose sobre ella mirando a OLGA.

ESCENA V

TENIENTE y SARGENTO

TENIENTE.— (*Vuelve a la ventana. Mira su reloj de pulsera*). Solamente han pasado quince minutos.

SARGENTO.— ¿Hay contraorden?

TENIENTE.— El tiempo lo único que nos enseña es que no podemos contradecirnos. Llega un momento que somos muñecos de nosotros mismos.

SARGENTO.— Sólo es feliz el que obedece. Hoy nadie quiere dar órdenes. Es más fácil escudarse en el anonimato sin ninguna clase de responsabilidad.

TENIENTE.— Y todo el pueblo alemán espera una orden. El famoso pueblo alemán, técnico, se ha convertido en una máquina, en un pobre reloj que espera la mano que le dé cuerda. (*Pausa. Transición*). Vaya con ellos, Sargento. Este pueblo tiene mantequilla suficiente para comer hasta que lleguemos al Rhin. Tal vez mañana nuestros muchachos estén mirando al cielo con ojos vidriados. Yo esperaré aquí.

SARGENTO.— Quisiera acompañarle.

TENIENTE.— Como quiera Sargento. Me parece que hoy ninguno de los dos tiene ganas de alegría.

SARGENTO.— Tal vez sea que nos sentimos cerca del hogar. Por primera vez encuentro este sol muy semejante al nuestro. Ultimamente el regreso se me ha convertido en una obsesión, una idea que me domina sin poder pensar en nada más.

TENIENTE.— Lo comprendo perfectamente. Muchas veces me he sorprendido pensando como si

estuviera en casa y he comenzado a reír llamándome loco. Pero es una cosa más fuerte que uno mismo, penetra de improviso, dentro, muy dentro y hace vivir los recuerdos como si fueran realidad. Y hasta se perciben las sensaciones que se añoran como en una realidad. Los pasos de una familia lejana, nos los hace sentir a veces un extraño; sí, sé lo que es eso. Lo estoy viviendo.

SARGENTO.— Creo que a mi novia le agradará que no asistiera al saqueo.

TENIENTE.— Romanticismo. Espero que le corresponda. ¿Todavía sigue releendo la última carta?

SARGENTO.— (*Llevándose la mano instintivamente al bolsillo, sobre el corazón*). Así creo tener todos los días carta desde Maguncia.

TENIENTE.— Todos los días carta de la novia. . . eso sí es algo grande.

SARGENTO.— No es sólo por ella, sino por recordar también la patria.

TENIENTE.— La patria, ¿cómo la dejarán cuando hayan vencido! Llenarán nuestro recuerdo de horrores y de calumnias y nuestra muerte, en vez de ser una heroicidad que abarcó toda Europa, será una pesadilla de la que el mundo creará despertar con horror. ¡Pobre de los vencidos! Porque este es el siglo en el que no solamente se acaba con los cuerpos, sino que hay que acabar con los espíritus y con todo lo que ellos representan. Propaganda. La terrible propaganda que arrebató el alma de una persona para cambiarla y aborregarla. Ridícula fue la leyenda negra que le hicieron a los españoles cuando fueron fuertes.

SARGENTO.— Nosotros pudimos haber sido más fuertes. El nazismo pudo haber dominado el mundo.

TENIENTE.— Tal vez pudo haber dominado el

SARGENTO.— Cállese de una vez. No habrá ejecución.

ALCALDE.— ¿Cómo? ¿No me van a fusilar? (*Empieza a reaccionar. Es decir, a vivir, a normalizarse*). Gracias, Teniente. (*Comienza a buscarse los cigarrillos que regaló a SOLDADO*). Supongo que puedo irme ya. Creo que no soy necesario aquí.

TENIENTE.— (*Sin volverse*). No, Alcalde. El pueblo tendrá que afrontar los hechos sin sus consejos.

ALCALDE.— ¿Me detiene usted?

TENIENTE.— (*Volviéndose*). Por poco tiempo. Mientras dure el saqueo.

ALCALDE.— ¡Ah! Hay saqueo.

TENIENTE.— Cuando nos marchemos podrá salir y consolar a sus vecinos. No me gusta derramar sangre innecesariamente. Será breve lo que nos queda estar sobre estas tierras francesas. . . o quizá sea mucho, si no podemos salir. (*Cambiando de tono*). Quedará custodiado, no le queremos hacer un mártir, ni siquiera un héroe.

ALCALDE.— Gracias, Teniente. A pesar de ello nadie le agradecerá su debilidad.

TENIENTE.— Cuando actúo no espero el agradecimiento de nadie. Me guía mi conciencia.

ALCALDE.— Es triste que para unas cosas seamos tan meticulosos, cuando para otras carecemos de la más mínima sensibilidad.

TENIENTE.— Sé es siempre fuerte, o siempre débil. Los términos medios terminan siempre trágicamente. Pero en esta ocasión le ha tocado la peor parte.

ALCALDE.— No es la peor parte. Es la más heroica y por ello la más desgraciada. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. De ninguna manera es la peor parte, desengañese.

TENIENTE.— Merecía ser alemán. A veces le encuentro buena madera.

ALCALDE.— El hombre de bien, el que tiene sentido de la libertad y del honor, no tiene patria. Su patria es toda tierra donde haya un rayo de sol y de justicia.

TENIENTE.— Dedíquese a la política. Merece algo más que la alcaldía de este pueblucho.

ALCALDE.— Cuando todos los buenos párrocos sean obispos, habrá llegado un mal momento para la Iglesia. No quedará un buen sacerdote.

TENIENTE.— (*Hace una seña al SARGENTO el cual abre la puerta y llama. Entra SOLDADO*). Llévalo abajo. Creo es innecesario decirle que no intente escapar, porque mis hombres nunca disparan en falso.

ALCALDE.— ¿No asiste usted al espectáculo? Creí que escogería mi casa.

SARGENTO se vuelve por un momento a mirar a ALCALDE.

Desde la ventana no podrá observar todo el ardor que ponen sus soldados en el cumplimiento de sus órdenes.

TENIENTE hace una seña a SOLDADO y éste coge a ALCALDE de un brazo.

Si Dios presencia nuestra angustia, tienen que morir más, muchos más.

Salen ALCALDE y SOLDADO.

mis hijas. Tengo dos hijas, ¿sabes? bonitas como dos soles. No hay mozo en el pueblo con el que las casaría con gusto. O podía estar uno de tus compañeros. Todo dependería de una voz, de una orden: “Tú, con el Alcalde. Y tú, a su casa”.

Pausa.

¿Te gusta el vino? Yo tengo un buen vino. Tengo viñas, cosecho mucha uva. La que sobra la vendo en la ciudad. Tengo de todo, pero saco un buen vino que se paladea con gusto en el invierno al lado del fuego.

Pausa.

¿No dices nada?

SOLDADO.— ¿Qué quiere que le diga?

ALCALDE.— Cualquier cosa. Cualquier cosa. Lo peor es el silencio. Piensas más. El pensamiento a veces es nuestro peor enemigo. Nos tortura como no lo haría el ser más sádico. Te atenaza como una pesadilla y si dejas que se apodere de tí, terminas gritando.

SOLDADO.— Me gusta oírle hablar. Siga.

ALCALDE.— No, habla, tú. Cuéntame cosas de tu Alcalde. ¿Es bueno?

SOLDADO.— Como todos. Nunca sabes lo que piensa.

ALCALDE.— No lo dices con mucho respeto. . .

¿Te hizo algo el Alcalde de tu pueblo?

SOLDADO.— Mi pueblo tuvo más de un Alcalde, y como en su viña hubo de todo. ¿Qué clase de vino cosecha?

Lllaman a la puerta. SOLDADO, si aún fuma, tira el cigarrillo rápidamente, quita la silla y abre la puerta.

Entra TENIENTE, lento y abstraído y se dirige a la ventana desde donde mira a la calle con las manos a la espalda.

ESCENA IV

ALCALDE, TENIENTE y SARGENTO.

Antes de salir SOLDADO, entra SARGENTO que queda en igual postura y un paso detrás del TENIENTE.

ALCALDE los observa.

ALCALDE.— Estoy dispuesto. Sólo quería pedirle que entre esos vecinos que lo van a presenciar no hubiera nadie de mi familia.

TENIENTE y SARGENTO siguen igual, sin contestarle.

Creí que sería mejor despedirme de ellos. Pero me falta valor. Es mejor no verlos.

Pausa larga.

co; independiente y libre. Pensar todos diferentes, aspirar a diferentes fines, amar distinto, vivir distinto y sin falsas aptitudes. No estar de acuerdo con lo dado por los demás si no es sentido y comprendido. La uniformidad en las almas e ideas es monstruoso. Hay que amar la libertad. Todo lo contrario sería amparar las más horribles arbitrariedades.

El SOLDADO coge una silla y poniéndose contra la puerta, se sienta frente al ALCALDE, con la metralleta sobre las rodillas.

El ALCALDE va hacia SOLDADO, metiéndose una mano en el bolsillo.

SOLDADO se hiergue vigilante.

ALCALDE.— No tengas miedo, estoy desarmado. Quería sólo darte un cigarrillo. (*Saca lentamente la mano del bolsillo y le ofrece un cigarrillo. SOLDADO no lo recoge*). No puedes fumar, ya lo sé. Yo también fui soldado y me escondía en la garita para fumar cuando estaba de centinela, para que no me vieses. Pero hace tanto tiempo que ya tengo olvidadas estas cosas. Servicio, disciplina, orden superior, miedo a que te vean, no sabes dónde acaba lo uno para empezar lo otro. Pero aquí no te ve nadie. Estamos encerrados tú y yo solos aquí. Este es ahora nuestro mundo querramos o no y aquí tenemos que vivir. Bueno ¿lo coges? Quizá no los termine; puedes quedarte con todos si quieres.

SOLDADO.— (*Le mira fijamente, agarra el paquete saca un cigarrillo y se guarda el paquete tranqui-*

lamente). Traiga, fumaremos por su soledad, más que por el servicio. Uno está acostumbrado a todo. ALCALDE.— (*Irónico, recitando*). Y en pleno uso de mis facultades mentales, dejo al soldado que me vigila en estos momentos un paquete de cigarrillos... (*Termina el tono de broma*). Mal servicio te ha tocado. Es lo que estás pensando ¿no? O tal vez sea peor formar parte del pelotón.

SOLDADO.— A mí me toca vigilar al Alcalde, esa es mi parte. No haga tonterías, sentiría tener que disparar.

ALCALDE.— Matar a un Alcalde, total no se pierde nada. Una Autoridad menos. Pero no te creas que es tan fácil serlo. Y menos cuando han matado a un alemán. Fíjate, se me exige que diga quién lo hizo. Yo no sé quién lo hizo, te lo aseguro; entonces me ofrezco en víctima, pero descubren mi engaño y no soy aceptado porque no soy el verdadero culpable.

Pausa.

Se quiere hacer justicia, no fusilar a un cualquiera, eso sería un acto arbitrario, condenable, y en el ejército alemán no caben arbitrariedades. Un Alcalde es una Autoridad, pero también es un padre, no lo olvides. Toda Autoridad debe ser como un padre y a él se debe recurrir cuando se le necesite, sin ningún temor. ¿Te vas dando cuenta muchacho de lo difícil que es tener tantos hijos? . . . No, no lo creo. Tú eres alemán y han matado a uno de los tuyos. Pero yo soy el Alcalde y no quiero que maten a uno de los míos. He hecho todo lo que pude por no perder yo también uno de los míos. Podía haber un saqueo. Tú mismo podías estar ahora en mi casa, bebiéndote mi vino y jugando con

dara). ¡Ah! y reúname quince o veinte personas del pueblo para que presencien la ejecución.

El SARGENTO mira fijamente al TENIENTE, luego se vuelve a mirar al ALCALDE.

SARGENTO.— Permítame un momento, Teniente (*Da un paso hacia el ALCALDE*) ¿Dónde estábamos nosotros cuando usted disparó?

ALCALDE.— A la entrada del pueblo.

SARGENTO.— Sí, ya sé. Pero, ¿en qué sitio? Sea más preciso.

ALCALDE.— (*Titubea*). No recuerdo bien. (*Mira a los dos rápidamente y se decide*). Donde acababan los álamos.

El SARGENTO mira al TENIENTE, descubierto el engaño.

SARGENTO.— Pasada la vía del tren, ¿verdad?

ALCALDE.— (*Rápido*). Sí, exacto, pasada la vía del tren.

Pausa.

SARGENTO.— No habíamos llegado todavía a la vía del tren.

TENIENTE.— No investigue más, Sargento. Se ha confesado culpable. Y no ha sido torturado, como dicen que se hace en los interrogatorios. ¿No tiene bastante con un Alcalde?

SARGENTO.— Creo que será imposible descubrir al autor.

TENIENTE.— ¿Qué piensa?

SARGENTO.— No sé; no debimos detenernos; estamos sobre pólvora.

TENIENTE.— Empecemos, pues, Sargento. O pelotón de fusilamiento o saqueo.

Salen el TENIENTE y el SARGENTO

ESCENA III

ALCALDE y SOLDADO.

Entra SOLDADO que cierra la puerta y apoya contra ella las espaldas con el arma entre las manos.

ALCALDE.— (*Yendo hacia la bandera*). ¡Cuántas veces la hemos abandonado y cuántas la hemos recuperado sin merecerlo! (*Habla con naturalidad, triste, sin elevar la voz. Coge la bandera del extremo desclavado y la despliega dispuesto a sujetarla, intentando mejorar el aspecto de abandono del local*). Aquí, en el pueblo, yo soy el único que la ve. Los demás andan por los campos. (*Retrocede dos pasos y la mira*). Pero estas cosas quizá tú no las comprendas. (*Volviéndose al SOLDADO*). Porque no has sido Alcalde nunca. (*Pausa*). Siempre pensé que la individualidad salvaría al hombre. Porque en cuanto un hombre encuentra a otro frente a él, está perdido. Sí, dos hombres enfrentados, no se complementan, se destruyen. Es una mezcla explosiva. Un crimen será el resultado de esta unión. El hombre debe ser espiritualmente solitario y úni-

que ha salido de este pueblo. Usted tiene la obligación de saberlo o de indagarlo. Si no somos informados debidamente, mataremos al que mejor convenga en estas circunstancias antes de marcharnos.

ALCALDE.— En la guerra, nadie sabe quién mata a quién. Ni siquiera el que dispara.

TENIENTE.— No hable usted de guerra. Esto no es una guerra. Usted no sabe lo que es eso. La guerra es una cosa grandiosa, que obsesiona con sus granadas, con el deslizar y chirriar de las cadenas de los tanques, y con el alegre cantar de miles de muchachos que saben que están haciendo una patria. La guerra es hermosa. Lo suyo es la traición, la cobardía, el esconderse y matar por la espalda, sin reglas, sin honor y sin riesgo.

ALCALDE.— Para usted la guerra es hermosa si los cadáveres se cuentan por miles. Para mí, es más hermosa la guerra que hace un individuo solo, con su arma y Dios para mandarle y juzgarle, para vengar y construir. Lo otro es, sencillamente, una carnicería. Aunque en la historia a los asesinos en gran escala se les llame genios.

TENIENTE.— Mentalidad de pueblos. Nosotros lo hacemos todo a lo grande. Y por ello, como un hombre más o menos no nos interesa ahora no vamos a vengar a un soldado muerto, sino a castigar una acción, un crimen cometido. ¿Está decidido a decirnos quién es el autor?

ALCALDE.— No puedo. Es imposible.

Pausa larga.

TENIENTE.— Bien. . . (*Sutil*) en ese caso, dada la imposibilidad de encontrar al autor le perdonaremos la vida.

ALCALDE.— (*Digno*). Gracias, Teniente.

TENIENTE.— No se precipite. Queda el acto. Si esta acción, por no aparecer el autor, podemos decir que lo ha cometido el pueblo en masa, por hacerse solidario de ella, justo es que responda todo el pueblo.

ALCALDE.— (*Extrañado*). No le entiendo.

TENIENTE.— Es muy fácil. Como tampoco soy capaz de fusilar todo el pueblo en masa, aunque nos crean capaces de hacerlo, me limitaré a las estrictas reglas militares. Un saqueo. Inmediatamente, en vista de su negativa, comenzaré el saqueo. Nos distribuiremos por las casas y mis hombres podrán hacer o llevarse todo lo que quieran. Tienen absoluta propiedad sobre personas o cosas. Quizá, cuando nos marchemos, más de una familia hubiera preferido el fusilamiento del culpable.

ALCALDE.— En ese caso me obliga a decirle quién es el autor.

TENIENTE.— Lo esperaba. Creo que obra así más justamente. ¿Quién fue?

ALCALDE.— Yo.

TENIENTE.— ¿Fue usted el que. . . ?

ALCALDE — Tuve ese honor.

TENIENTE.— ¿Por qué no dijo antes que las autoridades también asesinan? ¿Por qué no dijo que las autoridades que gobiernan, son tan asesinas o más, que los soldados y que el ejército?

ALCALDE.— (*Friamente*). Tuve miedo.

TENIENTE.— ¿Y ahora no tiene miedo?

ALCALDE.— Su decisión ha despertado mi conciencia.

TENIENTE.— (*Al SARGENTO*). En ese caso, Sargento, (*SARGENTO, se pone firme al hablarle el TENIENTE*) prepare el pelotón. En cuanto terminemos, seguimos la marcha. (*Como si lo olvi-*

graciado, todos juntos no podrán ser felices. Además serían diferentes medios, pero el mismo final. El retroceder, Teniente.

TENIENTE.— Encuentro ahora más valor en Francia que en los años de ocupación. ¿Será que piensa hacer olvidar a las “girls” de las cantinas americanas su anterior conducta y conquistarlas?

ALCALDE.— Quizá. Ya sabe que al pueblo francés en eso del amor, no es precisamente un alemán quien le vaya a enseñar nada nuevo.

TENIENTE.— Desde luego. Pronto serán vuestras mujeres las que liben la miel en el panal americano, que de eso si sé del pueblo francés. Y quizá sean las mismas que nos amaron a nosotros desde el cuarenta hasta ahora y para las cuales ya hemos perdido nuestra marcialidad.

SARGENTO.— Mi Teniente, este Alcalde, me parece más listo de lo que aparenta. Creo que quiere entretenernos. Ganar tiempo. Sabe que las vanguardias enemigas están cerca del pueblo.

TENIENTE.— Lo sé, Sargento. Todos estos. . . valientes, están informados con equipos de radios que les arrojan con paracaídas los comandos aliados. Se cree que está jugando con nosotros. Pero soy yo el que está jugando con él. Le estoy haciendo creer a nuestro buen Alcalde, que me engaña y que se puede salvar si es astuto.

ALCALDE.— Es la primera noticia que tengo. No sabía que las tropas aliadas estaban cerca de nosotros. Están prohibidos los aparatos de radio y en el pueblo no hay ninguno.

TENIENTE.— Bien, Sargento. Recordemos a qué hemos venido aquí. A vengar un crimen, un tiro por la espalda. Han matado a uno de mis hombres y fusilaré al autor de ello.

SARGENTO.— ¿Y si mientras buscamos, se acerca el ejército enemigo?

TENIENTE.— Tenemos un Alcalde de rehén. Y si le parece poco, todo el pueblo. No le creo torpe en el manejo de las armas. ¿Cree que uno de Tejas lo va a impedir? Esté seguro que mientras tengamos al Alcalde, siempre se podrá vengar a Herman.

ALCALDE.— Me complace morir en la misma habitación que usted, si encuentran mi cadáver. Al fin no todas sus víctimas han gozado de un entierro cristiano.

TENIENTE.— (*Irónico*). Y a nosotros. Nos gusta morir como militares. En el campo de batalla, rodeados de franceses. Es un buen cuadro.

SARGENTO.— Teniente. No prolonguemos morbosamente estos momentos. Todos quisimos a Herman, pero hay más muchachos en la compañía. Por uno no vamos a morir todos. (*Excitado*). Nos han entregado sus vidas para su custodia. Ya no podemos vencer pero tenemos la obligación de salvar todos los hombres posibles, para el día que Alemania los necesite.

TENIENTE.— A pesar de todos los años de guerra sigue inexperto. Alemania ya no nos necesitará jamás. Lo que no ganan con las armas casi nunca los franceses, lo consiguen con sus famosos tratados de paz. Nosotros ya no contamos para nada. Quieren una rendición sin condiciones. Ya se sabe lo que pueden hacer los franceses el día que tengan una Alemania incondicionalmente a sus pies. ¡El sueño dorado de siglos! A usted como a todo alemán, no le queda la esperanza de ver lo que necesitará Alemania algún día. Porque eso no llegará. Nos queda ya únicamente una sola cosa: La obediencia y la venganza. (*Al ALCALDE*). Ya lo ha oído. Uno de nuestros hombres ha muerto por un disparo

de morir por las vaguadas y bosques, dejar las armas y tal vez morir fusilados por unos enemigos que traen ansias de exterminio.

Pausa.

¿Se ha retrasmitido la proximidad del enemigo?
SARGENTO.— Nada más llegar al pueblo. No hemos perdido en ningún momento contacto con el cuerpo de nuestro ejército.

TENIENTE.— ¿Alguna orden?

SARGENTO.— Que sigamos retrasmitiendo el avance del enemigo hasta el último momento.

TENIENTE.— ¿Es que dudan que lo hagamos?

SARGENTO.— Es que no tienen otra orden para nosotros.

TENIENTE.— Ni para nadie.

Pausa larga.

Llaman a la puerta.

SARGENTO.— (*Después de interrogar al Teniente con la mirada*). Adelante.

ESCENA II

DICHOS, ALCALDE y SOLDADO.

Entra SOLDADO, conduciendo al ALCALDE.

SOLDADO.— (*Firme*). El Alcalde de la localidad.

Sale SOLDADO cerrando la puerta.

TENIENTE.— (*Dejando la ventana y yendo hacia él*). Y sin descubrirse. . . (*Con el revés de la mano le tira el sombrero al suelo*) Ahora encuentro a los franceses desconocidamente valientes. (*Ante el silencio del Alcalde prosigue*). Le hemos hecho venir hoy para. . .

ALCALDE.— Me lo figuro. Hace cinco años pasaron por aquí, pero en dirección contraria y también me llamaron.

TENIENTE.— ¿Es cierto? Entonces, en el año cuarenta sería el único pueblo que tenía paisanos tan valientes que . . . nos mataba a traición. Porque todos los demás franceses arrojaban las armas al suelo para, bueno, digamos, ser más ágiles en sus movimientos de alejamiento del enemigo.

ALCALDE.— Dije en sentido contrario, lo cual prueba que son ustedes los que corren ahora.

TENIENTE.— (*Arrógante, dejando el juego cortés*). Con una diferencia fundamental, monsieur, el alemán no arroja al suelo las armas, muere con ellas, o se le ordena que se repliegue para proteger otras líneas, y obedece la orden.

ALCALDE.— Lo cual prueba, solamente, que el pueblo alemán no tiene capacidad para pensar individualmente, y que representa más realmente la guerra que la vida misma.

TENIENTE.— Nuestra guerra es la vida de millones de hermanos. Luchamos por ellos. No podemos pensar individualmente.

ALCALDE.— Esos millones de seres, serán lo que cada uno de ellos sea, y si cada uno de ellos es des-

CUADRO SEGUNDO

La misma mañana, poco tiempo después. Salón del Ayuntamiento. Al fondo, colgado en la pared, un cuadro del Mariscal Petain. Debajo, sujeta por un extremo y desclavada y desgarrada del otro, la bandera de Francia. Puerta en el lateral izquierdo. Ventana en el lateral derecho. Una mesa grande. Sillas.

ESCENA I

TENIENTE y SARGENTO.

El TENIENTE también lleva la Cruz de Hierro al pecho. Es muy joven. Es la época en que el ejército alemán estaba escaso de hombres y reclutó a verdaderos niños.

TENIENTE.— Hasta ahora no estamos de acuerdo, Sargento. La vida de Herman hay que vengarla.

SARGENTO.— Muchas veces me pregunto hasta cuando hemos de estar vengando y si nuestra existencia dejará de ser venganzas, represalias y castigos.

TENIENTE.— El día que no sea así, terminará por romperse el único eslabón que nos protege, el miedo.

SARGENTO.— Hay orden de marchar hacia la frontera belga, Teniente.

TENIENTE.— Lo sé. Los canadienses por un flanco y los ingleses por el otro, tienen nuestro cuerpo de ejército completamente reducido. Somos los últimos en la retirada y tenemos orden de no perder un minuto en nuestra misión.

SARGENTO.— La venganza nos puede costar la vida a todos.

TENIENTE.— Es usted un espíritu joven y nervioso. Cuando ve el alud de agua que amenaza sepultarle, pierde la calma. La vida es disciplina, o muerte disciplinada, como prefiera. No olvide las palabras de nuestro Führer. (*Pausa*). Nos hemos detenido en este pueblo para ejecutar a un hombre, vengar a otro y quizá para morir como soldados alemanes que somos.

SARGENTO.— Todos vamos buscando una muerte honrosa, por la patria, que es lo único que podemos ya lograr. Cada uno la ve venir a su modo, como más le agrada, pero sin provocarla. Yo, especialmente, preferiría ser aplastado por el primer tanque enemigo que hollara nuestro suelo. Quisiera quedar incrustado en mi patria, tierra de mi tierra, y que mis ojos no vieran su rendición incondicional.

TENIENTE.— Habrá rendición incondicional, no lo dude. Nos lo han exigido. Somos unos derrotados desde hace mucho tiempo, pero hay que esperar del Alto Comando el día que nos ordene en vez

ESCENA V

HANS, luego SARGENTO.

HANS, ve marchar a OLGA, y enciende un cigarrillo. Luego, lentamente, se acerca a la fuente, se sienta y fuma. Tira el cigarrillo y se levanta dispuesto a recogerlo todo y partir.

Entra SARGENTO alemán, joven con la Cruz de Hierro en el pecho.

SARGENTO.— ¡Malditos buscones! Ya se largaron tus amigos.

HANS.— (*Quedándose firme*). Iban buscando provisiones, mi sargento.

SARGENTO.— No les defiendas, granuja. Os conozco bien a todos. Por lo visto ya no se acuerdan de Herman.

HANS.— Creo que están ya al volver.

SARGENTO.— Dije que no os separáseis de esta fuente, si no era para ir al Ayuntamiento. Lo dije desde aquella esquina (*Señala hacia afuera como si divisara el lugar*). Vete a buscarlos y llévalos a la puerta del Ayuntamiento y no os separéis de los demás. ¿Queréis que os maten uno a uno?

HANS.— (*Saluda al recibir la orden*). A la orden, Sargento. (*Se inclina dispuesto a recoger los equipos*).

SARGENTO.— Espera. ¿Dónde vas a ir con todo

eso? Un soldado alemán no debe parecer en ningún momento un mercachifle judío. Quédate aquí y cuando vengan, infórmale de la orden.

Sale SARGENTO.

HANS, vuelve a sentarse en las piedras. Abre su morral, saca el libro de HERMAN y lo ojea pensativo moviendo la cabeza de vez en cuando, luego lee atento apoyando la barbilla en la mano. De repente se levanta rígido y arroja violentamente el libro al suelo. En breves momentos se le pasa toda la energía y queda desmadejado.

HANS.— Tu libro. Ese es tu libro, Herman. (*Pausa*). Debí habértelo dejado en las manos. . . tú querías morir entre tus libros, no con un fusil. Pero tú ya has arrojado el uniforme. Te lo quitaron de un tiro. Ya eres libre.

HANS oculta la cara entre las manos.

T E L O N

OLGA se detiene en medio de la escena y lo mira interrogadora.

(*HANS, habla más rápido, ahora que es escuchado*). Siempre hacen lo mismo. En todos los pueblos. . . empiezan buscando vino, o algo para beber, es el pretexto que se dan a ellos mismos, luego no hay quien los detenga. Son veteranos como ellos dicen. Han visto tanto que ya no sienten. Cada vez que se ve morir a un hombre se lleva algo con él.

OLGA da unos pasos hacia HANS.

OLGA.— Esto es espantoso. ¿Cuándo acabará la guerra?

HANS.— Ahora sí se acaba. . .

OLGA.— Cinco años ya. . .

Pausa larga.

¿Estarán mucho tiempo aquí?

HANS.— (*Dudando sin saber qué decir*). No sé. Se han reunido los jefes en el Ayuntamiento. Creo que quieren hablar con el Alcalde.

OLGA.— ¿Van a fijar alojamiento aquí?

HANS.— Tal vez. Depende del tiempo que nos quedemos en el pueblo.

OLGA.— Y saquearán las casas y se llevarán todo lo que encuentren.

HANS.— Si me toca su casa, no tiene por qué preocuparse. Ni yo ni nadie cogerá sus cosas.

OLGA.— Ya no me fío de nadie. He oído hablar tanto de estos momentos.

HANS.— (*Alarmado*). ¿Con qué clase de gente ha tratado?

OLGA.— (*Irónica*). Vamos, no sea niño. Ahora me explico por qué le llaman trompeta.

HANS.— Es cierto. No sólo se pasa mal en la trinchera. Cuando salí de Hamburgo deseaba con toda mi alma ir al frente. Era una obsesión que me dominaba día y noche. Todos mis amigos se habían marchado; me sentí un cobarde y decidí escaparme de casa. (*Pensativo*). Herman también se escapó dejando sus libros. Los quería más que a su novia. Decía en broma que ella estaba celosa de sus cochinos libracos.

OLGA.— ¿Quién es Herman?

HANS.— Era nuestro radiotelegrafista. Lo mataron a la entrada del pueblo, junto a los álamos. No pensábamos detenernos, quizá, ni entrar en el pueblo. Pero después de eso, el teniente se dirigió hacia aquí.

OLGA.— Pobre muchacho.

HANS.— Siempre llevaba un libro en el morral. Tenía verdadera obsesión por ellos. En cuanto disponía de tiempo se ponía a leer. Todos nos reíamos de él, pero no nos hacía ni caso. Yo creo que ni nos oía cuando empezaba a leer.

OLGA.— No me enteré del combate.

HANS.— No hubo combate. Fue sólo un tiro. Allá por los álamos, pasada la vía del tren. Allí abajo, a la entrada de este pueblo ha venido a caer el pobre Herman. Ahora guardo yo su libro, aunque sé que no me servirá para nada. Lo llamábamos su “misal” porque lo leía hasta con devoción.

OLGA.— Lo siento, tengo que marcharme.

HANS.— Quisiera que. . .

OLGA.— Qué.

HANS.— Nada. Espero que nos volvamos a ver. Enciérrese en su casa, estará más segura.

Sale OLGA.

Pausa.

WERNER.— Un fusilamiento no lleva mucho tiempo.

JEANNETTE.— ¿A quién vais a fusilar?

LERSE.— Ni lo sé, ni me importa. Al que lo haya hecho.

JEANNETTE.— ¿Pero, hecho, el qué?

LERSE.— Matar a nuestro radiotelegrafista. (*Mira a todos lados*). ¿Ves este pueblo tan tranquilito donde has vivido toda tu vida? ¿Este pueblo tan aburrido seguramente para tí, donde nunca pasa nada? Pues, de aquí, ha salido un puerco cobarde a acecharnos. (*Para sí*). Y ese puerco ha matado a Herman. (*Normal, después de una pausa*). Y eso hay que pagarlo, mi bella. La guerra es la guerra.

JEANNETTE.— (*Pensativa*). Comprendido.

WERNER.— Este día podía haber sido para vosotros igual que ayer y mañana igual que hoy, tranquilo, luminoso quizá, pero unos imbéciles han querido jugar, quieren tener también su guerra y lo que van a sacar es un pataleo ante el pelotón.

LERSE.— (*Subiendo la voz a OLGA que está en el otro extremo*). ¿Pero muchacha, te hemos hecho algo? Con las mujeres somos muy complacientes. Vente con nosotros. (*Levanta el cántaro. A JEANNETTE*) Vamos, enséñanos esa taberna.

JEANNETTE.— (*Olvidándose de OLGA, se dirige en sentido contrario a ella hacia la segunda calle del lateral izquierdo, como pensando en otra cosa*). Venir, os enseñaré la mejor del pueblo. Pero de prisa no puedo perder tiempo. (*Se apresura*).

*JEANNETTE, camina entre
WERNER y LERSE.*

WERNER.— Nosotros tampoco, muchacha. Estamos en campaña. Forma parte de la táctica. Se divisa el objetivo, se sitia, se toma y se explota el éxito de la operación.

JEANNETTE.— ¿Y siempre se toma? Estás hecho un general.

HANS.— (*A OLGA con delicadeza*). La encuentro preocupada. ¿Puedo hacer algo por usted?

*OLGA le mira con indiferencia
y vuelve la cabeza.*

Me recuerda a mi hermana. Ahora que hace tanto que no la veo es muy fácil confundir los rostros.

*OLGA se vuelve en forma lenta
hacia él y le mira fijamente.*

WERNER.— (*Volviéndose le dice a HANS*). ¡Trompeta, cuida esos morrales!

*WERNER y LERSE sólo con
las metralletas bajo el brazo, salen
por el lateral izquierdo con JEAN-
NETTE, dejando los morrales.*

*OLGA se dispone a seguir a su
amiga yendo hacia la izquierda.*

ESCENA IV

HANS y OLGA.

HANS.— (*Inquieto*). ¡Espere. . . no se marche con ellos! Les conozco. Usted sobra allí.

JEANNETTE, ríe con *LERSE*
y *WERNER*.

HANS.— (*A OLGA*). ¿Cómo te llamas?

OLGA le mira fijamente y vuelve la cabeza sin hacerle caso.

JEANNETTE.— No tengo tiempo para beber vino.

HANS.— (*A OLGA*). ¿Y tu amiga, cómo se llama?

OLGA, sigue indiferente.

LERSE.— Es el problema de todos, el tiempo. (*A JEANNETTE*) Aligeremos, pues. Te llevo el cántaro a tu casa y luego si hay allí mucha gente nos vamos a la taberna.

LERSE coge el cántaro.

HANS.— (*A OLGA*, siempre). ¿Vives muy lejos?

WERNER.— (*Quedó a medio gesto de coger el cántaro*). Me lo has quitado de la mano. Bueno, vente detrás de nosotros. Ya te diremos dónde tienes que dejarlo.

JEANNETTE.— (*Ríe*). Me estáis resultando muy simpáticos.

Por la segunda calle del lateral izquierdo entra ALCALDE, conducido por SOLDADO ALEMAN. Es un hombre de mediana edad, va tranquilo, viste de paisano con traje oscuro y sombrero de fieltro negro.

Pasa sin mirar al grupo, por no verlo sumido en sus pensamientos o por no querer notar su presencia

JEANNETTE y OLGA, no apartan la mirada de ALCALDE.

WERNER, HANS y LERSE, no le prestan atención.

Cruzan la escena y salen por el lateral derecho.

JEANNETTE.— (*Seria*). ¿Qué queréis de nuestro Alcalde?

OLGA.— (*Intranquila*). Vámonos, Jeannette.

WERNER.— No me lo han dicho. El teniente anda estos días un poco desmemoriado. Tendré que decirle algo. Aunque supongo que irán buscando otra taberna.

LERSE.— Claro, es tan aburrido beber solo. (*A JEANNETTE*). Brindaremos juntos. Te contaré grandes cosas, como tú no lo has oído jamás. Te advierto que me huele que vamos a estar poco tiempo en este pueblo. Lo justo para arreglar una cuentecita que tenemos pendiente. (*Serio*). Quizá sea en el que menos paremos.

HANS.— (*A OLGA*). ¿Quieres un cigarrillo? (*Sin saber qué decir*). Es americano. Me quedan muy pocos.

OLGA.— (*No dándose por enterada de la existencia de HANS*). Vamos, Jeannette. (*Da unos pasos hacia el lateral derecho esperando a JEANNETTE*).

JEANNETTE.— (*A LERSE*). ¿Por qué vais a parar poco?

Se acercan a la fuente.

WERNER y LERSE, se apartan haciéndolas sitio y ellas ponen un cántaro en la fuente.

Los tres las observan en silencio.

Pausa larga.

LERSE.— (*Ingenuamente*). ¿Es buena este agua?

Pausa.

WERNER.— Debe ser natural, de manantial. ¿He acertado, palomita?

Pausa.

HANS.— (*Levantándose*). Creo que Francia tiene fama por sus aguas. . .

LERSE.— Y por sus mujeres. . .

WERNER.— Eso es cierto. Te lo aseguro.

JEANNETTE, mira a OLGA y sonríe.

LERSE.— ¿Conocéis alguna taberna donde venden buen vino, y el tabernero no conozca esta fuente?

HANS.— Eso va a ser difícil.

JEANNETTE, mira a Hans y sonríe.

WERNER se interpone delante de HANS, ocultándole.

WERNER.— Llevo una semana deseando beberme un litro de vino de un trago. Sin respirar. Como si me purgara.

JEANNETTE, ríe ya, sonora y abiertamente.

LERSE.— Pues estas risas suenan a cerveza espumosa y fresca.

WERNER.— Tienes razón. Prefiero que sea cerveza, y negra. Aunque desde que ando por estas tierras, me voy acostumbrando al vino. Y créeme que no lo siento.

LERSE.— Oye, rubia, ¿ese color es natural o es tinte de propaganda que os arrojan los americanos por avión? Tengo debilidad por las rubias. . . y alegres, como tú. Son más sinceras.

JEANNETTE.— ¿Conoces muchas?

LERSE.— (*Mirando a su alrededor con presunción*). Quizá en esta plaza les faltara sitio a todas. (*Quitándole importancia a lo dicho*). Pero solo por encima. Muy por encima. No tenemos tiempo para más.

WERNER.— Se me está caldeando el paladar.

JEANNETTE.— ¿Pensando en el vino?

Saca el cántaro ya lleno y lo pone en el suelo.

WERNER.— Pensando en el vino que nos podíamos beber juntos.

OLGA, da unos pasos para marcharse y espera a JEANNETTE.

HANS, va hacia OLGA y se forman dos grupos.

- Vamos, siéntate. Eso es lo que se llama asustar una palomita. Ya no bebe más la pobre.
- WERNER.— No te apures, el calor la hará volver.
- HANS.— (*Con presunción*). Apuesto que, dentro de media hora, está aquí.
- LERSE.— Esa no. Sólo tengo esperanza en este maldito calor. Se lo noté en los ojos. Y en este pueblo no hay más que esta fuente. Pero no hay que inquietarse, hay muchas más. Soy veterano. Conozco a las francesas.
- WERNER.— No todo son pérdidas en la guerra. Mucho has aprendido, Lerse. (*Le da un empujón*). ¡Le bon amour!
- HANS.— Saca ese chicle americano que llevas en el morral. Masticaremos un poco. Dicen los gringos que distrae.
- WERNER.— Sí, son capaces de haberle puesto vitaminas para sus muchachitos.
- LERSE.— Mira, ahí vienen dos. (*Cómicamente*). Estaros callados. No hay que espantarlas. (*Se ponen los tres a mirar al lateral derecho*). Aparentar que soís unos caballeros, hacer un esfuerzo. Y dejarlas por lo menos que llenen medio cántaro. Esas no permiten que se metan con ellas sino tienen medio cántaro recogido. . . cuestión de principios.
- WERNER.— ¿Pero me vas a enseñar cómo tengo que hacerlo? Cuando te movilizaron, desgraciado, me olían hasta los calcetines a pólvora. Y mi sudor era puro humo.
- HANS.— Se han parado con una amiga.
- WERNER.— Mejor, así vendrán las tres. Ya tenemos una para cada uno.
- HANS.— Vaya con la tercera. Tiene cara de tonta, debe estar diciendo a las otras que no se acer-

quen. La conozco, pertenece al género púdico. Claro que, gracias a Dios, este género se está extinguiendo rápidamente.

WERNER.— Mira, Hans, la tuya se ha vuelto. Qué mala suerte tienes, muchacho.

Ríen.

LERSE.— (*A Werner*). ¿Te queda algún cigarrillo americano? Eso forma también parte de la técnica. Estas chicas ya querrán irse acostumbrando a los americanos.

WERNER.— Te advierto que no tienes que darme instrucciones, me sobran ideas. (*En burla*). Cigarrillos americanos. Tienes verdadera obsesión gringa. . . Sí, me queda medio paquete.

LERSE.— Pues, búscalos de una vez, nos hará falta.

WERNER, se palpa un momento los bolsillos. Localiza los cigarrillos y cesa en la búsqueda.

Entran JEANNETTE y OLGA.

ESCENA III

DICHOS, JEANNETTE y OLGA.

Por la calle del lateral derecha entran dos muchachas. JEANNETTE, rubia y alegre. OLGA, morena y con aire más retraído.

donde se detiene). Ese bestia se ha largado. Se cree todavía que hay que correrlas como a las perdices. (*Se lleva las manos a la boca y hace bocina gritando*). ¡Lersee!

VOZ DE LERSE.— (*No muy lejana*). ¡Allá voy!

WERNER vuelve a sentarse en las piedras.

Pausa larga.

WERNER.— ¿Quedaba algo de Hamburgo cuando tú saliste?

HANS.— Como algo. . . muy poco. No recuerdo ninguna casa intacta. Cada vez que los aviones norteamericanos bombardeaban se nublaba el sol, de la inmensa cantidad que venía. Incontables, como grullas que emigran.

WERNER.— (*Orgulloso*). Sí, es que al fin y al cabo son de raza germánica como nosotros. Todo lo tienen que hacer igual. A lo grande. No son como los franceses, como los latinos, que sólo saben hacer cositas individuales. Ya verán como levantamos Hamburgo tan fácilmente como lo arrasan nuestros. . . primos.

HANS.— Como tema no me gusta para bromear.

WERNER.— Te lo digo en serio.

HANS.— Al principio de la guerra nos queríamos comer a todo el mundo. Ahora que estamos retrocediendo hacia Alemania, les llamas primos. (*Irónico*). Eso es ir preparando el terreno.

WERNER.— Ya ves. Lo peor que te puede suceder es tener una familia larga. Terminarás por reunir con ella.

HANS.— Pocos vamos a quedar para contarlo.

WERNER.— No tengas miedo, muchacho, ya estamos llegando a casa. Un saltito más que demos y hemos llegado a casa.

HANS.— ¿Sabes lo que haremos cuando lleguemos?

Pausa.

WERNER.— Tú, no sé. Yo, sí. Quitar escombros y buscar mi casa, porque aunque viva por el campo yo también tenía una casa y una familia. . .
(*Cambia de tono alegremente al ver entrar a Lerse*). Pero mira qué solito viene Lerse.

ESCENA II

HANS, WERNER y LERSE.

Entra LERSE, por la primera calle del lateral izquierdo. Término medio entre WERNER y HANS.

LERSE.— ¡Gutten morgen, Werner! ¡Gutten morgen, Hans! (*Les da una palmada en la espalda*).

WERNER.— Cuenta. ¿A qué hora te espera?

LERSE.— ¡Vaya muchacha! Champagne puro. No sé como he tenido valor para volver. ¡Qué francesas! Vosotros no la visteis bien, ¿verdad?

WERNER.— Me da la impresión que se te ha destapado la botella antes de tiempo y el corcho te ha pegado en la nariz.

HANS y WERNER rien.

afeitar y trae un fusil en la mano derecha. Comprueba si es perseguido y luego mira también hacia la otra calle del mismo lateral. Ya tranquilo, va a la fuente, bebe del chorro y se limpia con el dorso de la mano lentamente. De repente, se sobresalta, dirige una mirada al lateral por el cual entró, y sale corriendo por el lateral derecho cruzando la escena.

Se oyen voces y después de unos momentos, por la primera calle del lateral izquierdo entran HANS y WERNER, soldados alemanes con morral y metralleta.

HANS muy joven. WERNER veterano.

De vez en cuando vuelven la cabeza.

WERNER.— (*Volviéndose y a voces*). ¡Lerse! ¡Déjala en paz y vente!

HANS.— (*Ríe*). Mira, esta es la fuente. No iban muy lejos con el cántaro.

WERNER.— (*Volviéndose otra vez*). ¡Lerse! ¡Déjalas que vengan! (*a HANS*). Me gustan estas piedras para sentarme, si no estuvieran al sol, Hans. (*Se sientan*). No son las únicas de este pueblo. Ya vendrán más a llenar sus cántaros.

HANS.— (*Mirando la fuente*). ¿No estará envenenada este agua, eh, Werner?

WERNER.— ¡Gotten namen! ¡Por Dios, Hans! Has venido de Hamburgo creyendo que la guerra es una novela de misterio. Los años que no había oído lo de las fuentes envenenadas. El veneno está en las balas; no lo olvides y vivirás muchos años.

HANS.— De nada te sirve recordarlo. Mira Herman, estará caliente todavía. Debimos haberlo enterrado antes de entrar en el pueblo.

WERNER.— Olvidalo, muchacho. Nosotros cuando nos levantamos no nos saludamos, sino que nos despedimos, por ello no dijo nada. Le quedó tiempo, te lo aseguro, lo que pasa es que no tenía nada que decirnos. Además, pudiste haber caído tú, o yo mismo. Vivimos por casualidad.

HANS.— Sí, tal vez tengas razón. Hay que olvidar a Herman y buscar a las mujeres como hace Lersé, en vez de buscar a su asesino.

WERNER.— Para eso estamos aquí. No, no olvides a Herman, ni a ninguno de nosotros, pero acuérdate sólo cuando tengas un fusil en la mano y un francés delante. Mientras tanto vive. No te destruyas tú solo.

Pausa.

HANS.— Hace un calor horrible. (*Se levanta para beber, cogiéndole Werner de un brazo y lo sienta*).

WERNER.— Mejor es el vino. Y las que vengan por agua nos darán vino.

HANS.— Cuando tú lo dices. . .

WERNER.— Pobre, Hans. Te tengo que enseñar mucho todavía. Nos darán vino y jamón y todo lo que pidamos. En la guerra se pone uno gordo. (*Se levanta y va hacia la calle por la que entró*).

CUADRO PRIMERO

Pequeña plaza de un pueblo francés. Al fondo de la escena, una fuente pública. Mana de un alto paredón, rodeada de grandes piedras, que sirven de asiento, bañadas por el sol.

Dan acceso a la plazuela dos calles por el lateral izquierdo y otra por el lateral derecho.

Posiblemente las diez de la mañana.

ESCENA I

PAUL y después HANS y WERNER.

Por la calle del fondo del lateral izquierdo entra acelerado PAUL, vestido con un jacket de cuero, pantalón campestre y fuertes botas. Representa unos veinticinco años, va sin

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

P E R S O N A J E S

(Por orden de intervención)

PAUL
HANS
WERNER
LERSE
OLGA
JEANNETTE
ALCALDE
SOLDADO ALEMAN
SARGENTO ALEMAN
TENIENTE ALEMAN
PORTER
RICHARD
EDWARD
CAPITAN FRANCES
CAPITAN NORTEAMERICANO
PARTISANO FRANCES

La obra transcurre el mismo día en un pueblecito del norte de Francia, cerca de la frontera alemana, durante la guerra mundial, en el año 1945.

Un alcalde bajo los álamos

COMEDIA DRAMÁTICA
EN CUATRO CUADROS

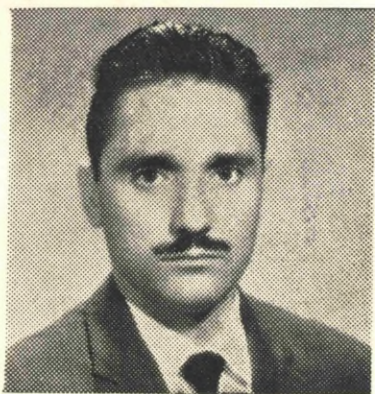
ORIGINAL DE

Carlos de Aguilar Merlo

Obra premiada en el Concurso "Ricardo Miró"

EDICIONES DEL DEPARTAMENTO DE BELLAS ARTES
PANAMA, 1964

A mi hermano Ramón.



Carlos de Aguilar Merlo nace en Málaga en 1930. Esto quiere decir, nada menos, que los ojos y la infancia de este autor están llenos de los horrores de la guerra civil española, y seguramente, y para siempre, también su recuerdo. "Un alcalde bajo los álamos" está sentida, pensada y escrita desde ese estado de alma de quien acaba de llegar de una guerra y ya le aprestan para otra. Y sin embargo el tema de esta obra no es la guerra, sino el hombre en la guerra. Por eso se habla en ella de deber y no de necesidad; de amor y no de economía; de soledad y no de política.

Puede quizá sorprender a nuestro público hispanoamericano el ver a los hombres en medio de una guerra no en la actitud heroica a la que estamos habituados por tanto cine norteamericano, sino pensando y a veces hasta razonando. Pero ése es un mal hábito que tienen los europeos. Por otra parte, esta obra no trata de ser un testimonio ni una fotografía, sino una investigación en un tema. Su forma responde a una voluntad estética no natural. Es literatura con estilo, es decir, con hombre, con humanidad. El autor no trata, pues, de brindar al público, con la seguridad y la comodidad de las butacas del teatro, la emoción de esa guerra a la que el público no ha podido o no se ha atrevido a ir. Trata, eso sí, de hacerle pensar y sentir, pero sin crearle ninguna ilusión. Quiere darle arte de verdad y no vida de mentira.

Carlos de Aguilar Merlo ha estrenado en Madrid con éxito "Comedia de una novela". Fue por mucho tiempo director de la revista literaria *Alne*, de amplia difusión por América y España, y se le ha distinguido por su labor literaria con títulos honoríficos internacionales, tales como Presidente Honorario del Instituto de Cultura Americana, condecoración de Honor de la Rosa Blanca del Libertador Martí y Miembro de Honor del Instituto y Biblioteca Panamericana. Además es colaborador oficial de prensa de su país de origen.

Desde hace un par de años vive, siente, piensa y escribe en Panamá, cuyos temas y problemas aparecen ya en sus últimas obras tratados con una penetración fiel hasta la crueldad. En la actualidad prepara la edición de un tomo de cuentos y otro de piezas teatrales, de los que ya la revista *Tareas* ha dado un anticipo con la publicación de un cuento desconcertante, "Tierra", y de una pieza teatral en un acto, "Sonámbulos", única en la literatura panameña, a la que Carlos de Aguilar Merlo está ya definitivamente incorporado.

UN ATACADO

BAJO

LOS

ALAMOS

Carlos de Aguilar Merlo

